



# BRISINGR

Christopher Paolini



# Brisingr



# Brisingr

Christopher Paolini

Traducción de Jorge Rizzo y Carol Isern



Rocaeditorial

©Título original inglés: *Brisingr*  
© 2008 by Christopher Paolini

This translation published by arrangement with Random House Children's Books, a division of Random House, Inc.

Primera edición: Octubre de 2008

© de la traducción: Jorge Rizzo y Carol Isern  
© de esta edición: Roca editorial de libro, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona  
[correo@rocaeditorial.com](mailto:correo@rocaeditorial.com)  
[www.rocaeditorial.com](http://www.rocaeditorial.com)

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera Villaviciosa – Mostoles, Km. 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN:978-84-92429-37-0  
Deposito legal: M. 43.271-2008

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopias, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Como siempre, este libro esta dedicado a mi familia,  
y también a Jordan, a Nina y a Sylvie,  
las brillantes luces de una nueva generación.  
Atra estreñí ono thelduin.





## *Sinopsis de Eragon y de Eldest*

**E**ragon —un granjero de quince años— va caminando por una cadena de montañas conocida como las Vertebradas cuando, de pronto, se encuentra con una piedra pulida de color azul. Eragon se lleva la piedra a la granja donde vive con su tío, Garrow y su primo, Roran, a las afueras del pueblecito de Carvahall. Garrow y su difunta esposa, Marian, han criado a Eragon. Del padre del chico no se sabe nada; su madre, Selena, era la hermana de Garrow y no se la ha vuelto a ver desde el nacimiento de Eragon.

Días después, la piedra se abre: de su interior sale una cría de dragón. Cuando Eragon la toca, le aparece una marca en la palma de la mano y se crea un vínculo inquebrantable entre la mente de ambos, lo que convierte al chico en uno de los legendarios Jinetes de Dragón. Llama a su dragón Saphira, en recuerdo de un dragón que mencionaba el Cuentacuentos del pueblo.

Los Jinetes de Dragón fueron creados miles de años antes, tras la devastadora guerra entre elfos y dragones, con el fin de evitar que las dos razas volvieran a luchar entre sí. Los Jinetes se convirtieron en guardianes de la paz, educadores, sanadores, filósofos naturales e insuperables hechiceros, ya que el estar vinculados a un dragón les daba el poder de efectuar hechizos. Bajo su guía y su protección, la Tierra vivió una edad dorada.

Al llegar los humanos a Alagaësia, se les incorporó a esta orden de élite. Tras muchos años de paz, los belicosos úrgalos mataron al dragón de un joven Jinete humano llamado Galbatorix. La pérdida le hizo enloquecer; cuando sus ancianos se negaron a conseguirle un nuevo dragón, Galbatorix se propuso acabar con los Jinetes.

Robo otro dragón, al que llamo Shruikan, y le obligo a servirle tras recurrir a la magia negra. Luego consiguió reunir a un grupo de trece traidores: los Apostatas. Con ayuda de estos crueles seguidores, Galbatorix atacó a los Jinetes; mato a su líder, Vrael, y se autopro-

clamo rey de Alagaësia. Sus campanas obligaron a los elfos a retirarse a su bosque de pinos y a los enanos a ocultarse en sus túneles y cuevas, y desde entonces ninguna de estas dos razas se atreve a salir de sus guaridas secretas. La situación de tablas entre Galbatorix y las otras razas se ha prolongado cien años, tiempo durante el cual los Apostatas han ido muriendo por diversas causas. Eragon se encuentra de pronto implicado en esta tensa situación política.

Varios meses después de que Saphira saliera del cascaron, dos extraños de aire siniestro y con aspecto de escarabajo, los Ra'zac, llegan a Carvahall, en busca de la piedra que en realidad era el huevo de Saphira. Eragon y su dragón consiguen escapar de ellos, pero no pueden evitar que destruyan la casa de Eragon y maten a Garrow.

Eragon jura encontrar y matar a los Ra'zac. Cuando se dispone a dejar Carvahall, Brom, el Cuentacuentos, que sabe de la existencia de Saphira, se ofrece a acompañarle. Le entrega a Eragon una espada roja de Jinete de Dragón, Zar'roc, aunque se niega a decirle como la ha conseguido.

El chico aprende mucho de Brom durante sus viajes, entre otras cosas como luchar con la espada y como usar la magia. Cuando pierden el rastro de los Ra'zac se dirigen al puerto de Teirm y van a ver a Jeod, viejo amigo de Brom, del que éste dice que podría ayudarlos a localizar la guarida de los Ra'zac. En Teirm se enteran de que éstos viven en algún lugar próximo a la ciudad de Dras-Leona. Por otra parte, una curandera, Angela, le lee el futuro a Eragon, y su compañero, el hombre gato Solembum, le da dos curiosos consejos.

De camino a Dras-Leona, Brom le revela que es miembro de los vardenos, un grupo rebelde que lucha por derrocar a Galbatorix, y que estaba oculto en Carvahall a la espera de que apareciera un nuevo Jinete de Dragón. Veinte años antes, Brom había participado en el robo del huevo de Saphira de manos de Galbatorix, acción en la que había matado a Morzan, primero y ultimo de los Apostatas. Solo existen otros dos huevos de dragón, y ambos estén en posesión de Galbatorix.

En Dras-Leona se encuentran con los Ra'zac, que hieren mortalmente a Brom mientras éste protege a Eragon. Un joven misterioso llamado Murtagh ahuyenta a los Ra'zac. Agonizante, Brom confiesa que él en su tiempo también fue Jinete y que su dragón, muerto en combate, también se llamaba Saphira.

Eragon y Saphira deciden unirse a los vardenos, pero el chico es capturado en la ciudad de Gil'ead y conducido ante Durza, un malvado y poderoso Sombra al servicio de Galbatorix. Con la ayuda de

Murtagh, Eragon consigue escapar de la prisión, llevándose consigo a la elfa Arya, otra prisionera de Durza y que es embajadora ante los vardenos. Arya ha sido envenenada y necesita tratamiento médico.

Perseguidos por un contingente de úrgalos, los cuatro se dirigen a toda prisa hacia el cuartel general de los vardenos, en las enormes montañas Beor; de más de 15.000 metros de altura. Las circunstancias obligan a Murtagh —que no quiere unirse a los vardenos— a revelar que es hijo de Morzan. Murtagh, no obstante, reniega de la maldad de su padre muerto; si ha viajado a la corte de Galbatorix era para buscar su propio destino. Le cuenta a Eragon que en otro tiempo la espada Zar'roc perteneció al padre de Murtagh. Momentos antes de sucumbir ante el aplastante ataque de los úrgalos, Eragon y sus amigos son rescatados por los vardenos, que viven en Farthen Dûr, una montaña hueca en la que también se encuentra la capital de los enanos, Tronjheim. Una vez en su interior Eragon conoce al rey de los enanos, Hrothgar; y a la hija de Ajihad, Nasuada, y es puesto a prueba por los Gemelos, dos desagradables magos al servicio de Ajihad. Eragon y Saphira también bendicen a un bebé huérfano de los vardenos. Por otro lado, los médicos curan a Arya del envenenamiento.

La tranquilidad de Eragon se ve interrumpida con las noticias de que un ejército de úrgalos se acerca por debajo, usando los túneles de los enanos. En la batalla que sigue, Eragon se ve apartado de Saphira y obligado a luchar contra Durza en solitario. Durza, mucho más fuerte que cualquier humano, derrota sin problemas a Eragon: le raja la espalda desde el hombro hasta la cadera. En ese momento, Saphira y Arya atraviesan el techo de la sala —un zafiro estrellado de veinte metros— distraendo lo suficiente a Durza para que a Eragon le dé tiempo a apuñalarle en el corazón. Liberados de los conjuros de Durza que los tenían sometidos, los úrgalos retroceden.

Mientras Eragon yace inconsciente tras la batalla, un ser que se identifica como Togira Ikonoka, «el Lisiado que está ileso», comunica con él telepáticamente y le apremia a que vaya a encontrarse con él en Ellesméra, la capital de los elfos, para recibir instrucción.

Al despertar, Eragon tiene una enorme cicatriz en la espalda. Decepcionado, se da cuenta de que ha conseguido acabar con Durza por pura suerte, y que necesita desesperadamente un mayor aprendizaje. Al final del primer libro, decide que ira en busca de ese tal Togira Ikonoku y aprenderá de él.

\*\*\*

Eldest empieza tres días después de que Eragon matara a Durza. Los vardenos se están recuperando de la batalla de Farthen Dûr, y Ajihad, Murtagh y los Gemelos han estado dando caza a los úrgalos que han escapado por los túneles situados bajo Farthen Dûr tras la batalla. En un ataque sorpresa por parte de un grupo de úrgalos, Ajihad muere y Murtagh y los Gemelos desaparecen. El consejo de ancianos de los vardenos nombra a Nasuada como sucesora de su padre y nueva líder de los vardenos; Eragon le jura fidelidad y vasallaje.

Eragon y Saphira deciden marcharse a Ellesméra para iniciar su aprendizaje con el Lisiado que esta Ileso. Antes de partir, el rey enano, Hrothgar, se ofrece a adoptar a Eragon en su clan, el Dûrgrimst Ingeitum, y el chico acepta, lo que le da todos los derechos como enano y le permite participar en sus asambleas. Arya y Orík, el hijo adoptivo de Hrothgar acompañan a Eragon y a Saphira en su viaje hasta la tierra de los elfos. Por el camino se detienen en Tarnag, una ciudad de enanos, Algunos de ellos se muestran acogedores, pero Eragon observa que, para un clan en particular, él y Saphira no son bienvenidos: los Az Sweldn rak Anhûin, que odian a los Jinetes y a los dragones debido a las numerosas muertes causadas por los Apostatas entre los de su clan. La compañía llega por fin a Du Weldenvarden, el bosque de los elfos. En Ellesméra, Eragon y Saphira se presentan ante Islanzadí, reina de los elfos, y se enteran de que es la madre de Arya. También conocen al Lisiado que esté Ileso: un antiguo elfo llamado Oromis. El también es Jinete. Oromis y su dragón, Glaedr; han ocultado su existencia a Galbatorix durante los últimos cien años, y en ese tiempo han estado buscando un modo de derrocarlo.

Antiguas heridas impiden luchar tanto a Oromis como a Glaedr: a éste le falta una pata, y el primero, que fue capturado y torturado por los Apostatas, es incapaz de controlar la magia en grandes cantidades y tiene tendencia a sufrir ataques que lo dejan muy debilitado.

Eragon y Saphira empiezan su entrenamiento, tanto juntos como por separado. El aprende la historia de las razas de Alagaësia, esgrima y la lengua antigua, y descubre que cometió un terrible error cuando él y Saphira bendijeron a la niña huérfana de Farthen Dûr quiso decir: «Que te veas protegida ante la desgracia», pero en realidad lo que dijo fue: «Que te conviertas en protectora de la desgracia», de modo que maldijo a la niña a proteger a los demás de todo dolor y desgracia. Saphira aprende rápido de Glaedr, pero la cicatriz que lleva Eragon a resultas de su enfrentamiento con Durza ralentiza su aprendizaje. La marca de la espalda no solo le desfigura, sino que cuando menos se lo espera le incapacita y le provoca dolorosos espasmos. No

sabe como mejorar como mago y espadachín si han de seguir esas convulsiones.

Eragon empieza a notar que siente algo por Arya. Se le confiesa, pero ella le rechaza y muy pronto parte de regreso a la ciudad de los vardenos.

Entonces los elfos celebran un ritual conocido como Agaetí Blödhren, o Celebración del ljuramento de Sangre, durante el cual Eragon sufre una transformación mágica; se convierte en un híbrido entre ello y humano: ni una cosa ni la otra. De este modo, su cicatriz queda curada y adquiere la misma fuerza sobrehumana que tienen los elfos. Sus rasgos también quedan algo alterados y su aspecto tiene algo de elfo.

En esa época llega a oídos de Eragon la noticia de que los vardenos están a punto de iniciar la guerra contra el Imperio y que los necesitan urgentemente a él y a Saphira. En el tiempo que Eragon ha estado lejos, Nasuada ha trasladado la ciudad de los vardenos de Farthen Dûr a Surda, país al sur del Imperio que se mantiene independiente de Galbatorix.

Eragon y Saphira parten de Ellesméra, junto con Orik, después de prometerles a Oromis y Glaedr que volverán para completar su formación en cuanto puedan.

Mientras tanto, Roran, el primo de Eragon, ha vivido sus propias aventuras. Galbatorix ha enviado a los Ra'zac y a una legión de soldados imperiales a Carvahall para capturar a Roran y poder usarlo contra Eragon. Sin embargo, el chico consigue escapar por las montañas cercanas. Junto a otros habitantes del pueblo, intenta ahuyentar a los soldados. Muchos de sus compañeros mueren. Sloan, el carnicero del pueblo —que odia a Roran y se opone a su noviazgo con su hija, Katrina—, traiciona a Roran y lo entrega a los Ra'zac; estas criaturas con aspecto de escarabajo se lanzan sobre él en su dormitorio, pero Roran escapa, a duras penas. Sin embargo, capturan a Katrina. El chico convence al pueblo de Carvahall para que abandone el poblado y busque refugio con los vardenos, en Surda. Inician la marcha hacia el oeste por la costa, con la esperanza de poder embarcar allí en dirección a Surda. Roran demuestra sus habilidades como líder, conduciéndolos a través de las Vertebradas hasta la costa. En el puerto de Teirm encuentran a Jeod, que le cuenta a Roran que Eragon es un jinete y que les explica lo que buscaban los Ra'zac en su primera incursión en Carvahall: a Saphira. Jeod se ofrece a ayudar a Roran y a sus compañeros a llegar a Surda, y le explica que, una vez estén a salvo con los vardenos, el chico podrá pedir a Eragon que le ayude a rescatar

a Katrina. Jeod y los paisanos de Roran roban un barco y parten en dirección a Surda.

Eragon y Saphira llegan con los vardenos, que se preparan para la batalla. Allí él se entera de lo que ha sido del bebé al que bendijo erróneamente: se llama Elva y aunque por edad sigue siendo un bebé, tiene el aspecto de una niña de cuatro años y la voz y el aspecto de un adulto hastiado de la vida. El hechizo de Eragon le obliga a sentir el dolor de toda la gente a la que ve y a protegerlos; si se resiste, sufre más.

Eragon, Saphira y los vardenos parten al encuentro de las tropas del Imperio en los Llanos Ardientes, una vasta extensión de tierra abrasada y humeante a causa de los fuegos subterráneos. Asombrados ven llegar a otro Jinete a lomos de un dragón rojo. El nuevo jinete mata a Hrothgar, el rey enano; después empieza a luchar con Eragon y Saphira. Cuando Eragon consigue arrancar el casco al jinete, observa, sorprendido, que se trata de Murtagh.

Murtagh no había muerto en la emboscada de los úrgalos. Los Gemelos lo arreglaron todo; son traidores que habían planeado la emboscada para matar a Ajihad y poder capturar a Murtagh y llevarlo hasta Galbatorix. El rey ha obligado a Murtagh a jurarle lealtad en el idioma antiguo. Ahora Murtagh y su dragón recién nacido, Espina, son esclavos de Galbatorix. El sostiene que ha jurado fidelidad al rey aunque Eragon le ruega que abandone a Galbatorix y que se una a los vardenos. Murtagh supera a Eragon y a Saphira con una inexplicable exhibición de fuerza. No obstante, decide liberarlos en honor a su antigua amistad. Antes de irse, Murtagh despoja a Eragon de Zar'roc, y afirma que es su Legítima herencia como Hijo mayor de Morzan. Luego revela que no es el único hijo de Morzan: Eragon y Murtagh son hermanos, hijos de Selena, la consorte de Morzan. Los Gemelos han descubierto la verdad al examinar los recuerdos de Eragon el día que llegó a Farthen Dûr.

Aun tambaleante tras la revelación de Murtagh sobre su parentesco, Eragon se retira con Saphira, y por fin llegan con él Roran y los habitantes de Carvahall, que han alcanzado los Llanos Ardientes justo a tiempo para ayudar a los vardenos en la batalla. Roran ha luchado heroicamente y ha conseguido matar a los Gemelos.

Finalmente, Roran y Eragon aclaran los malentendidos sobre la responsabilidad de éste en la muerte de Garrow. Eragon jura ayudar a Roran a rescatar a Katrina de manos de los Ra'zac.

## *Las puertas de la muerte*

**E**ragon contemplo la oscura torre de piedra en la que se ocultaban los monstruos que habían matado a su tío Garrow.

Estaba estirado boca abajo, al borde de una polvorienta colina salpicada de matojos, zarzas y unos cactus redondos. Los ásperos tallos de las plantas muertas le pinchaban en las manos al intentar ganar centímetros para tener una mejor visión de Helgrind, que se alzaba sobre el terreno como una daga negra que surgiera de las entrañas de la tierra.

El sol del atardecer caía sobre las colinas bajas arrojando unas sombras largas y estrechas y, muy al oeste, iluminaba la superficie del lago Leona, que convertía el horizonte en una ondulada franja dorada.

A su izquierda, Eragon oyó la respiración rítmica de su primo Roran, que estaba estirado a su lado. A Eragon, el soplo de la brisa, inaudible en condiciones normales, le parecía un sonido prodigiosamente intenso, gracias al oído excepcional que había desarrollado, uno de los muchos cambios que le había aportado su experiencia durante el Agaetí Blödhren, la Celebración del Juramento de Sangre de los elfos.

No presto demasiada atención a lo que ahora le parecía una columna de personas avanzando lentamente hacia los pies de Helgrind, aparentemente procedentes de la ciudad de Dras-Leona, a kilómetros de allí. Un contingente de veinticuatro hombres y mujeres, vestidos con gruesas túnicas de cuero, encabezaban la columna. El grupo avanzaba con un paso irregular: cojeaban, correteaban, arrastraban los pies y se tambaleaban; se apoyaban en bastones o usaban los brazos para potenciar el avance de sus cortas piernas. Eragon se dio cuenta de que aquellas contorsiones eran obligadas, puesto que a todos y a cada uno de los veinticuatro les faltaba una pierna o un brazo, o alguna combinación de ambas extremidades. El líder estaba sen-

tado, erguido, sobre una parihuela transportada por seis grasientos esclavos, posición que a Eragon le pareció un logro bastante considerable, teniendo en cuenta que el hombre —o la mujer no se distinguía— era únicamente un torso y una cabeza, sobre la que surgía un decorativo penacho de piel de un metro de altura.

—Los sacerdotes de Helgrind —murmuró.

—¿Saben usar la magia? —pregunto Roran.

—Puede que si. No me atrevo a explorar Helgrind con la mente hasta que se vayan, ya que si alguno de ellos «fuera» mago, percibiría mi incursión, por leve que fuera, y eso les revelaría nuestra presencia.

Tras los sacerdotes marchaba penosamente una fila doble de jóvenes envueltos en tela dorada. Cada uno llevaba un marco metálico rectangular atravesado por doce barrotes horizontales de los que colgaban campanas de hierro del tamaño de un colinabo. La mitad de los jóvenes sacudía vigorosamente el marco cuando avanzaba con el pie derecho, y hacían que los Badajoz golpearan las campanas de hierro, que emitían un lúgubre tañido que resonaba por las colinas; la otra mitad sacudía sus marcos al echar adelante el pie izquierdo, lo que provocaba una dolorosa cacofonía de notas. Los acólitos acompañaban el sonido de las campanas con sus propios lamentos, gimiendo y gritando en un arrebato extático.

Cerraba la grotesca procesión una estela de habitantes de Dras-Leona: nobles, mercaderes, comerciantes, varios militares de alto rango y una variopinta colección de ciudadanos menos afortunados, como obreros, vagabundos y soldados de a pie. Eragon se preguntó si el gobernador de Dras-Leona, Marcus Tabor, estaría entre ellos.

Hicieron una parada al borde del escarpado pedregal que bordeaba Helgrind y los sacerdotes se reunieron a ambos lados de una roca de color rojizo con la cima brillante. Cuando toda la columna se hubo colocado, inmóvil, ante el rústico altar, la criatura que iba sobre la parihuela se agitó y empezó a cantar con una voz tan discordante como el tañido de las campanas. Las declamaciones del chaman le llegaban interrumpidas una y otra vez por las ráfagas de viento, pero Eragon captó fragmentos en idioma antiguo —alterado con una curiosa pronunciación— salpicado de palabras en la lengua de los enanos y en la de los úrgalos, todo ello combinado con un arcaico dialecto de la lengua del propio Eragon. Lo que entendió le provocó un escalofrío, ya que el sermón hablaba de cosas de las que más valdría no saber nada, de un odio enconado que había macerado durante siglos en los oscuros recovecos del corazón de las personas para luego, en ausencia de



los Jinetes, desembocar en sangre, en locura y en malsanos rituales celebrados bajo una luna negra.

Al final de aquella depravada oración, dos de los sacerdotes secundarios se adelantaron e izaron a su maestro —o maestra, era difícil saberlo— desde la parihuela hasta la superficie del altar. A continuación, el Sumo Sacerdote emitió una breve orden. Dos hojas de acero idénticas brillaron como estrellas al elevarse y caer. De los hombros del Sumo Sacerdote manaron sendos regueros de sangre, que fluían por el torso cubierto de cuero hasta cruzar la roca y derramarse por entre la grava del suelo.

Otros dos sacerdotes saltaron hacia delante para recoger el líquido escarlata en cálices que, una vez llenos hasta el borde, se distribuyeron entre los miembros de la congregación, que bebieron de ellos con avidez.

—Gar —susurro Roran—. ;Olvidaste mencionar que esos carnívoros errantes, esos chupasangre idolatras y alucinados, eran «cánibales»!

—En realidad no lo son. No se comen la carne.

Cuando todos los asistentes hubieron saciado su sed, los solícitos novicios devolvieron al Sumo Sacerdote a la parihuela y vendaron los hombros de la criatura con tiras de tela blanca. Las vendas enseguida quedaron manchadas de sangre.

No parecía que las heridas tuvieran ningún efecto sobre el Sumo Sacerdote, ya que el mutilado personaje se volvió hacia los devotos con aquellos labios de color rojo grosella y les dijo:

—Ahora sois realmente mis hermanos, al haber probado la savia de mis venas aquí, a la sombra del todopoderoso Helgrind. La sangre llama a la sangre, y si vuestra familia necesitara ayuda, haced todo lo que podáis por la Iglesia y por todo el que reconoce el poder de nuestro Señor del Miedo... Para afirmar y reafirmar nuestra fidelidad al Triunvirato, recitad conmigo los Nueve Juramentos... «Por Gorm, Ilda, y Fell Angvara, juramos rendir homenaje por lo menos tres veces al mes, en la hora previa al ocaso, y efectuar luego una ofrenda de nosotros mismos para aplacar el hambre implacable de nuestro grande y terrible Señor. .. Juramos observar las Escrituras tal como se nos presentan en el libro de Tosk... Juramos llevar siempre a nuestro Bregnir en el cuerpo y abstenernos por siempre de los doce de doce y del contacto de una cuerda de nudos, por si estuviera corrupta...».

Una violenta ráfaga de viento oscureció el resto de la declaración del Sumo Sacerdote. A continuación, Eragon vio que los que escuchaban sacaban un pequeño cuchillo curvo y, uno por uno, se corta-

ban en la parte interior del codo y mojaban el altar con un chorro de su sangre.

Unos minutos mas tarde, la fuerte brisa remitió y Eragon volvió a oír al sacerdote:

—y esas cosas, todo el tiempo que deseéis, se os darán como recompensa por vuestra obediencia... Nuestra oración ha terminado. ¡No obstante, si alguno de entre vosotros es lo suficientemente valiente como para demostrar la verdadera profundidad de su fe, que se muestre ante nosotros!

La tensión se extendió por entre los presentes, que se echaban hacia delante, absortos: aparentemente, aquél era el momento que estaban esperando. Se hizo un largo silencio en el que parecía que iban a quedar decepcionados, pero de pronto uno de los acólitos se desmarco y grito:

—;Yo lo haré!

Con un rugido de voces complacidas, sus hermanos empezaron a hacer sonar las campanas con un tañido rápido y salvaje, contagiando a toda la congregación de un frenesí tal que empezaron a saltar y aullar descontroladamente. A pesar de la repulsión que le provocaba la escena, en el corazón de Eragon se despertó un atisbo de emoción primitiva y brutal.

El joven, de pelo oscuro, se despojo de su tunica dorada, bajo la que llevaba únicamente unos pantalones de cuero, y salto a lo alto del altar. Chapoteaba entre charcos de color rubí. Se puso de cara a Helgrind y empezó a temblar y a tambalearse como si estuviera poseído, al ritmo del tañido de las crueles campanas de hierro. La cabeza le daba bandazos a ambos lados del cuello. Una espuma le asomo por la comisura de los labios, y agitaba los brazos como serpientes. Estaba bañado en sudor, cosa que le hacia brillar como una estatua de bronce a la luz del ocaso.

Muy pronto las campanas adoptaron un ritmo desquiciante en el que las notas se sobreponían unas a otras, punto en el cual el joven echo una mano hacia atrás. Un sacerdote deposito en ella el mango de un extraño utensilio: un arma de un solo filo, de medio metro de longitud, de espiga completa, con la empuñadura escamada, una corta guarda cruzada y una hoja ancha y plana que se iba ensanchando hasta acabar en un festón al final, forma que recordaba el ala de un dragón. Era una herramienta diseñada con un único fin: atravesar armadura, piel, músculos y huesos como quien corta un odre de vino.

El joven alzo el arma orienténdola hacia el pico mas alto de Hel-

grind. Luego hincó una rodilla y, con un grito incoherente, dejó caer la hoja contra su muñeca derecha. La sangre rocío las rocas tras el altar.

Eragon hizo una mueca y apartó la mirada, pero no pudo evitar oír los penetrantes gritos del joven. No era algo que Eragon no hubiera visto en la batalla, pero le parecía inaceptable la automutilación, cuando era tan fácil de por sí quedar desfigurado en el día a día.

Los hierbajos crujieron entre sí con el movimiento de Roran, que emitió una maldición ininteligible y luego volvió a permanecer en silencio.

Mientras un sacerdote se ocupaba de la herida del joven —conteniendo la hemorragia con un hechizo—, un acólito libero a dos esclavos portadores de la parihuela del Sumo Sacerdote y los encadenó por los tobillos a un aro de hierro incrustado en el altar. A continuación les sacaron una serie de paquetes de debajo de las túnicas y fueron apilándolos en el suelo, fuera del alcance de los esclavos.

La ceremonia se acabó, y los sacerdotes y su séquito partieron de Helgrind en dirección a Dras-Leona, gimoteando y haciendo sonar las campanas durante todo el camino. El fanático manco ahora avanzaba justo por detrás del Sumo Sacerdote.

Una sonrisa beatífica le atravesaba el rostro.

—Bueno —dijo Eragon, y soltó el aire contenido al ver que la columna desaparecía tras una colina a lo lejos.

—¿Bueno qué?

—He viajado con enanos y con elfos y nunca he visto que hicieran nada tan raro como esos humanos.

—Son tan monstruosos como los Ra'zac —dijo Roran, que señaló hacia Helgrind con un gesto de la cabeza—. ¿Puedes ver ya si Katrina está allí?

—Lo intentaré. Pero puede que tengamos que salir corriendo.

Eragon cerró los ojos y fue extendiendo lentamente el alcance de su conciencia, moviéndose de la mente de un ser vivo a otra, como un reguero de agua extendiendo sus tentáculos por entre la arena. Entró en contacto con abigarradas colonias de insectos desarrollando su frenética actividad, lagartos y serpientes ocultos entre las calidas rocas, diversas especies de pájaros cantores y numerosos mamíferos de pequeño tamaño. Todos los animales estaban muy activos, preparándose para el ayuno nocturno, retirándose a sus madrigueras respectivas, o, en el caso de los nocturnos, bostezando, estirándose y preparándose para la caza y la rapiña.

Al igual que los demás sentidos, la capacidad de Eragon de entrar en contacto con el pensamiento de otros seres disminuía con la dis-

tancia. Cuando su sonda psíquica alcanzó la base de HeIgrind, ya solo percibía a los animales mas grandes, y de manera muy leve.

Siguió avanzando con precaución, preparado para retirarse a toda prisa si por casualidad rozaba con el pensamiento la mente de sus presas: los Ra'zac o sus familiares o sus monturas, los gigantescos LethrbIaka. Eragon estaba dispuesto a exponerse de este modo solo porque la raza de los Ra'zac no era capaz de usar la magia, y no creía que fueran quebrantamientos: seres sin poderes mágicos pero entrenados para combatir con telepatía. Los Ra'zac y los LethrbIaka no necesitaban esos trucos cuando sólo con un bufido dejaban aturridos a los hombres mas fuertes, y aunque con su exploración mental Eragon se arriesgaba a que lo descubrieran, él, Roran y Saphira tenían que saber si los Ra'zac habían apresado a Katrina —la amada de Roran— en HeIgrind, ya que la respuesta determinaría si su misión debía ser de rescate o de captura e interrogatorio.

Eragon buscó a fondo y con empeño. Cuando volvió en si, Roran lo contemplaba con la expresión de un lobo famélico. Sus ojos grises ardían con una mezcla de rabia, esperanza y desespero tales que parecía que sus emociones fueran a estallar y prender fuego a todo lo que hubiera alrededor con una llamarada de inimaginable intensidad, capaz de fundir hasta las propias rocas.

Eragon lo entendía muy bien.

El padre de Katrina, el carnicero Sloan, había traicionado a Roran y lo había entregado a los Ra'zac. Estos no habían conseguido capturarlo, pero en su lugar apresaron a Katrina en el dormitorio de Roran y se la llevaron del valle de Palancar sin preocuparse de los habitantes de Carvahall, de los que se ocuparían los soldados de Galbatorix, matándolos o apresándolos. Roran no podía ir tras Katrina, pero convenció justo a tiempo a sus vecinos para que abandonaran sus hogares y le siguieran, atravesando las Vertebradas y siguiendo luego hacia el sur por la costa de Alagaësia, donde unirían sus fuerzas con las de los rebeldes vardenos. Las dificultades que tuvieron que superar habían sido muchas y terribles. Pero por tortuoso que hubiera sido el camino, había acabado reuniendo a Roran con Eragon, que sabía donde se encontraba la guarida de los Ra'zac y que le había prometido ayuda para salvar a Katrina.

Roran lo había conseguido, como le explicaría posteriormente, porque la intensidad de su pasión le había llevado a extremos temidos y evitados por otros, lo que le había permitido confundir a sus enemigos.

Un fervor similar había invadido a Eragon en aquel momento.

Si alguno de sus seres queridos estuviera en peligro se habría lanzado a la acción sin importarle lo mas mínimo su propia seguridad. Quería a Roran como a un hermano, y dado que éste debía casarse con Katrina, Eragon la consideraba también parte de la familia. Ese concepto le parecía aun mas importante teniendo en cuenta que Eragon y Roran eran los últimos representantes de su línea familiar. Había renunciado a todo vinculo con su hermano de sangre, Murtagh, así que los únicos familiares que les quedaban, tanto a él como a Roran, eran ellos mismos, y ahora Katrina.

Los nobles sentimientos de parentesco no eran la única fuerza que impulsaba a la pareja. Otro objetivo les tenia obsesionados la venganza. Incluso cuando planeaban como arrancar a Katrina de las garras de los Ra'zac, los dos guerreros —tanto el hombre mortal como el Jinete de Dragón— pensaban en el modo de matar a los antinaturales siervos del rey Galbatorix por haber torturado y matado in Garrow el padre de Roran, que había sido como un padre también para Eragon.

Así pues, la inteligencia de la que hacia gala Eragon también la había desarrollado Roran.

—Creo que la he sentido —dijo—. Es difícil estar seguro, porque estamos muy lejos de Helgrind y nunca le había tocado el pensamiento antes, pero creo que esta en ese pico abandonado, escondida en algún lugar cerca de la cima.

—¿Esta enferma? ¿Esta herida? Vamos, Eragon, no me lo ocultes: ¿la han hecho daño?

—Ahora mismo no siente dolor. No puedo decirte mas, ya que he tenido que usar toda mi fuerza para reconocer el aura de su conciencia; no he podido comunicar con ella.

Eragon se callo; había detectado otra presencia, cuya identidad sospechaba y que, de confirmarse, supondría un gran problema.

—Lo que no he encontrado ha sido a los Ra'zac o a los Lethrblaka. Aunque de algún modo he evitado a los Ra'zac, su parentela es tan amplia que su fuerza vital debería brillar como mil lámparas, casi como la de Saphira. Aparte de Katrina y otros tenues reflejos de luz, Helgrind esta negro, absolutamente negro.

Roran frunció el ceno, apretó el puno izquierdo y miro hacia la montaña de roca que se desvanecía en la oscuridad envuelta por unas sombras púrpuras. Entonces, con una voz baja y neutra, como si hablara para si, dijo:

—No importa si tienes o no razón.

—¿Y eso?

—Esta noche no debemos atacar: por la noche es cuando los Ra'zac son mas fuertes y, si estén cerca, seria estúpido enfrentarse a ellos estando en desventaja. ¿De acuerdo?

—Si.

—Así que mas vale esperar al amanecer —concluyo. Hizo un gesto hacia los esclavos encadenados al macabro altar-. Si esos pobres desgraciados ya no están, sabremos que los Ra'zac están aquí, y procederemos como hemos planeado. Si no, maldecimos nuestra mala suerte por permitir que se nos escaparan, liberamos a los esclavos, rescataremos a Katrina y volvemos volando con ella junto a los vardenos antes de que Murtagh nos atrape. De cualquier modo, dudo que los Ra'zac dejen a Katrina sola mucho tiempo, ya que Galbatorix quiere que la mantengan con vida para utilizarla en mi contra.

Eragon asintió. El querría liberar a los esclavos enseguida, pero si lo hacia podía alertar a sus enemigos de que había pasado algo. Y si los Ra'zac acudían en busca de su cena, él y Saphira no podrían hacer nada para evitar que se llevaran a los esclavos. Una batalla a campo abierto entre un dragón y criaturas como los Lethrblaka atraería la atención de todo hombre, mujer o niño en muchas leguas a la redonda. Y Eragon no creía que él, Saphira y Roran pudieran sobrevivir si Galbatorix se enteraba de que se movían a solas por su imperio. Echo un vistazo a los hombres encadenados. «Por su bien, espero que los Ra'zac estén en el otro extremo de Alagaësia o, por lo menos, que los Ra'zac no tengan hambre esta noche», pensó.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, Eragon y Roran empezaron a bajar arrastrándose de la escarpadura de la colina tras la que se ocultaban. A los pies de la colina se pusieron de cuclillas, se giraron y sin levantarse del todo, atravesaron el espacio entre las dos filas de colinas a la carrera. El suave valle fue convirtiéndose gradualmente en una estrecha garganta recortada, flanqueada por inestables losas de pizarra.

Eragon levanto la mirada por entre los retorcidos enebros que crecían en la garganta y, a través de sus agujas, vio las primeras estrellas que decoraban un cielo aterciopelado. Parecían frías y afiladas, como brillantes témpanos de hielo. Bajo la vista y se dedico a mirar donde ponía los pies, mientras ambos continuaban su carrera al sur en dirección a su campamento.

## *Alrededor de la hoguera*

*L*u pila de brasas palpitaba como el corazón de una bestia gigante.

De vez en cuando, unas chispas doradas aparecían y recorrían la superficie de la madera para desaparecer inmediatamente por alguna grieta incandescente.

Los restos agonizantes de la hoguera que habían encendido Eragon y Roran emitían una tenue luz roja alrededor y dejaban a la vista un trozo de terreno rocoso, unos pocos arbustos grisáceos, la masa informe de un enebro algo mas lejos y, mas allá, nada.

Eragon estaba sentado con los pies descalzos extendidos hacia el nido de brasas de color rubí y el reconfortante calor que desprendían, con la espalda apoyada contra las nudosas escamas de la gruesa pata derecha de Saphira. Frente a él estaba Roran, de pie, apoyado en la carcasa endurecida y blanqueada por el sol de un antiguo tronco erosionado por el viento. Cada vez que se movía, el tronco emitía un desagradable quejido que a Eragon le perforaba los oídos.

De momento reinaba la calma en la hondonada. Incluso las brasas ardían en silencio; Roran solo había cogido ramas muy secas, sin ninguna humedad, para evitar cualquier humo que pudiera resultar visible para ojos hostiles.

Eragon acababa de contarle las noticias del día a Saphira. En situaciones normales no tenia que contarle qué había estado haciendo, ya que los pensamientos, los sentimientos y otras sensaciones fluían entre ellos como el agua de una orilla de un lago a la otra. Pero en este caso era necesario porque Eragon había bloqueado cuidadosamente su mente durante la expedición, salvo para buscar por la guarida de los Ra'zac.

Tras un silencio considerable, Saphira bostezo, dejando al descubierto sus terribles dientes.

*Serán crueles y malvados, pero me impresiona que los Ra'zac hayan podido hechizar a sus presas para que quieran ser comidas.*

*Son grandes cazadores, para hacer eso... Quizá yo deba intentarlo algún día.*

*Pero no con gente* —se sintió obligado a puntualizar Eragon—. Pruébalo con ovejas.

*Personas, ovejas... ¿Qué diferencia hay para un dragón?*

A continuación se rió profundamente, y un intenso murmullo que recordaba el sonido del trueno le recorrió la garganta.

Eragon se echó adelante para retirar su peso de las afiladas escamas de Saphira y cogió el bastón de espino que tenía al lado. Lo hizo girar entre las palmas de la mano, admirando el juego de luces a través de la maraña de raíces pulidas de la parte superior y la puntiaguda contera de metal de la base, muy rayada.

Roran le había lanzado el bastón antes de salir de la ciudad de los vardenos en los Llanos Ardientes y le había dicho: «Aquí tienes. Fisk me lo hizo después de que los Ra'zac me mordieran en el hombro. Sé que has perdido tu espada, y he pensado que quizá podrías necesitarlo... Si quieres conseguir otra arma de filo, muy bien, pero yo he observado que hay pocas luchas que no puedas ganar con unos cuantos golpes bien dados con un sólido bastón». Eragon recordaba el bastón que llevaba siempre Brom, así que había decidido renunciar a una nueva espada en favor del largo alcance de la nudosa vara de espino. Aquella noche había fortificado tanto la nudosa madera de espino como el mango del martillo de Roran con varios hechizos que evitarían que se rompieran, a menos que los sometieran a una presión extrema.

Espontáneamente, Eragon dio paso a una serie de recuerdos: un triste cielo anaranjado y púrpura le rodeaba cuando Saphira se lanzó tras el dragón rojo y su Jinete. El viento le aullaba al oído. .. Tenía los dedos ya insensibles del choque de las espadas en aquel duelo contra el mismo Jinete en el suelo... Arrancando el casco a su enemigo en pleno combate y dejando al descubierto al que había sido su amigo y compañero de viaje, Murtagh, al que creía muerto. .. La mueca burlesca en el rostro de Murtagh al quitarle Zar'roc, reclamando la posesión de la espada roja, que le correspondía como hermano mayor de Eragon..

Parpadeo, desorientado, al sentir que la furia y el fragor de la batalla se desvanecían y que el lugar del olor a sangre lo ocupaba el agradable aroma de la madera de enebro. Se pasó la lengua por los dientes superiores, intentando erradicar el sabor a bilis que llenaba la boca.

Murtagh.



El nombre por sí solo generaba en Eragon un remolino de emociones confusas. Por una parte, le gustaba Murtagh. Los había salvado a él y a Saphira de los Ra'zac tras su primera y desafortunada visita a Dras—Leona; había arriesgado su vida para rescatar a Eragon de Gil'ead; se había desenvuelto con honor en la batalla de Farthen Dûr; y, a pesar de los tormentos que sin duda habría sufrido como consecuencia, había optado por interpretar las ordenes de Galbatorix de modo que le permitieran liberar a Eragon y a Saphira tras la batalla de los Llanos Ardientes en vez de tomarlos presos. No era culpa de Murtagh que los Gemelos lo hubieran abducido, que el dragón rojo, Espina, le hubiera escogido a él como Jinete, ni que Galbatorix hubiera descubierto sus nombres verdaderos, con los que había conseguido obligarles al juramento de fidelidad en el idioma antiguo tanto a Murtagh como a Espina.

A Murtagh no se le podía echar la culpa de nada de aquello. Era una víctima del destino, y lo había sido desde el día en que había nacido.

Y sin embargo... Murtagh serviría a Galbatorix contra su voluntad y renegaría de las atrocidades que el rey le obligaba a cometer, pero una parte de él parecía disfrutar con la ostentación del poder recién adquirido. Durante el reciente enfrentamiento entre los vardeños y el Imperio en los Llanos Ardientes, Murtagh había aislado al rey enano, Hrothgar, y lo había matado, aunque Galbatorix no se lo había ordenado. Había permitido que Eragon y Saphira escaparan, sí, pero solo después de derrotarlos en una brutal exhibición de fuerza y de que Eragon le suplicara la libertad.

Y Murtagh había disfrutado demasiado con la desazón que había provocado en Eragon al revelarle que ambos eran hijos de Morzan, que era el primero y último de los trece Jinetes de Dragón, los Apostatas, que habían traicionado a sus compatriotas al aliarse con Galbatorix. Ahora, cuatro días después de la batalla, a Eragon se le ocurría una nueva explicación: «Quizá lo que le gusto a Murtagh fue ver a otra persona soportando la terrible carga que él había llevado toda la vida».

Fuera cierto o no, sospechaba que Murtagh había adoptado su nuevo papel por el mismo motivo que un perro que ha sido azotado sin motivo acaba algún día atacando a su dueño. Murtagh había recibido golpes y más golpes, y ahora se le presentaba la oportunidad de revolverse contra un mundo que había mostrado poca compasión por él. Sin embargo, por mucho que quedara de noble en el pecho de Murtagh, él y Eragon estaban condenados a ser enemigos mortales,

puesto que las promesas de Murtagh en el idioma antiguo le vinculaban a Galbatorix con unos grilletes inquebrantables y así sería por siempre.

*Ojala no hubiera ido con Ajihad a perseguir a los úrgalos por los subterráneos de Farthen Dûr. Tal vez si hubiera sido algo mas rápido, los Gemelos...*

Eragon —dijo Saphira.

Eragon se contuvo y asintió, agradecido por la intervención. Hizo lo posible por evitar cavilar sobre Murtagh o su parentesco, pero eran pensamientos que a menudo le abordaban cuando menos se lo esperaba.

Respiro hondo y soltó el aire lentamente para aclarar la mente, e intento obligarse a volver a pensar en el presente, pero no lo conseguía. La mañana después de la multitudinaria batalla de los Llanos Ardientes —cuando los vardenos se dedicaban a reagruparse y prepararse para marchar tras el ejército del Imperio, que se había retirado varias leguas por el río Jiet hacia las montañas—, Eragon se había presentado ante Nasuada y Arya, les había explicado la situación de Roran y les había pedido permiso para ayudar a su primo. No lo había obtenido. Las dos se opusieron frontalmente a lo que Nasuada describió como «un plan insensato que, si sale mal, tendrá consecuencias catastróficas para toda Alagaësia».

La discusión se alargó hasta que Saphira la interrumpió con un rugido que hizo temblar las paredes de la tienda de mando. Entonces dijo:

*Estoy dolorida y cansada, y Eragon no parece estar expresándose bien. Tenemos cosas mejores que hacer que pasar el rato aquí refunfuñando como grajos, ¿no? Bien, pues escuchadme.*

Eragon pensó que desde luego era difícil discutir con un dragón.

Los detalles de la exposición de Saphira eran algo complejos, pero la estructura básica de su presentación era directa. Saphira apoyaba a Eragon porque comprendía lo mucho que suponía para él la misión propuesta, mientras que éste apoyaba a Roran por su vínculo afectivo y familiar, y porque sabía que Roran saldría en busca de Katrina con o sin él, y su primo nunca conseguiría derrotar a los Ra'zac por sí solo. Además, mientras el Imperio tuviera cautiva a Katrina, Roran —y a través de él Eragon— era vulnerable a la manipulación por parte de Galbatorix. Si el usurpador amenazaba con matar a Katrina, Roran no tendría otra opción que acceder a sus demandas. Por tanto, lo mejor sería reparar aquella brecha en su defensa antes de que sus enemigos la aprovecharan.

En cuanto al momento, era perfecto. Ni Galbatorix ni los Ra'zac

se esperarían una incursión por el centro del Imperio cuando los vardenos estaban tan ocupados combatiendo a las tropas de Galbatorix cerca de la frontera de Surda. Murtagh y Espina habían sido vistos volando hacia Urû'baen —sin duda para ser reprendidos en persona—, y Nasuada y Arya estuvieron de acuerdo con Eragon en que aquellos dos probablemente seguirían hacia el norte para enfrentarse al la reina Isianzadi y al ejército a su mando cuando los elfos lanzaran su primer ataque y revelaran su presencia. Y dentro de lo posible, sería conveniente eliminar a los Ra'zac antes de que empezaran a aterrorizar y a desmoralizar a los guerreros vardenos.

A continuación, Saphira, en el tono más diplomático posible, señaló que si Nasuada ejercía su autoridad como señora de Eragon y le prohibía participar en aquella campaña, mancharía su relación con un rencor y una discordia que podrían acabar minando la causa de los vardenos.

*Pero la elección es vuestra —dijo Saphira—. Retened a Eragon si queréis. No obstante, sus compromisos no son los míos; yo, personalmente he decidido acompañar a Roran. Me parece una buena aventura..*

Eragon esbozo una sonrisa al recordar la escena.

El peso combinado de la declaración de Saphira y de su lógica incontestable había convencido a Nasuada y Arya, que, aunque a regañadientes, habían dado su aprobación.

Posteriormente, Nasuada había dicho:

—Confiamos en vuestro buen juicio al respecto, Eragon y Saphira. Por vuestro bien y por el nuestro, espero que esta expedición tenga éxito. —Su tono hizo dudar a Eragon de si sus palabras comunicaban un deseo sentido o una sutil amenaza.

Se había pasado el resto del día reuniendo provisiones, estudiando mapas del Imperio con Saphira y lanzando los hechizos que consideraba necesarios, entre ellos uno destinado a frustrar los intentos de Galbatorix o de sus siervos de rastrear el paradero de Roran.

A la mañana siguiente, Eragon y Roran se habían subido a lomos de Saphira y habían emprendido el vuelo: se habían elevado por encima de las nubes anaranjadas que cubrían los Llanos Ardientes y se habían dirigido al nordeste. La dragona voló sin parar hasta que el sol hubo atravesado la bóveda celeste para extinguirse tras el horizonte y luego acabar de nuevo en una espléndida explosión de rojos y amarillos.

El primer tramo de su viaje les llevo hacia los confines del Imperio, donde vivía poca gente. Allí giraron hacia el oeste, hacia Dras-Leona y Helgrind. Desde allí, viajaron de noche para evitar que los

vieran desde los numerosos pueblecitos dispersos por las praderas que se extendían entre ellos y su destino.

Eragon y Roran tuvieron que taparse con túnicas y pieles, mitones de lana y gorros de fieltro, ya que Saphira decidió volar por encima de las cumbres heladas de muchas de las montañas —donde el aire era fino y seco y les punzaba en los pulmones—, de modo que si a un granjero que estuviera atendiendo a un ternero enfermo en el campo o a un vigía con buena vista se les ocurría levantar la mirada a su paso, viera a Saphira de un tamaño no superior al de un águila.

Allá donde iban, Eragon observaba muestras de que la guerra ya era una realidad: campamentos de soldados, carros llenos de provisiones amontonadas para la noche y filas de hombres con grilletes en el cuello sacados de sus casas para luchar por Galbatorix. La cantidad de recursos desplegados en su contra era realmente impresionante.

Hacia el final de la segunda noche, Helgrind apareció a lo lejos: una masa de columnas puntiagudas que no presagiaba nada bueno, apenas visible a la luz grisácea que precedía al alba. Saphira había aterrizado en la hondonada en la que ahora se encontraban, y se habían pasado la mayor parte del día anterior durmiendo, antes de iniciar su exploración.

El fuego se agito y escupió motas de color ámbar cuando Roran echo una nueva rama a las quebradizas brasas. Cruzo una mirada con Eragon y se encogió de hombros.

—Hace frío —dijo.

Antes de que Eragon pudiera responder oyó el sonido de un roce metálico, parecido al de una espada al desenvainar.

No pensó: se lanzo en dirección contraria, dio una voltereta y quedo en cuclillas, con el bastón de espino levantado para contener el golpe que se le venia encima. Roran fue casi igual de rápido: en pocos segundos, cogió su escudo del suelo, se echo atrás y saco el martillo del cinturón.

Se quedaron inmóviles, esperando el ataque.

El corazón de Eragon latía con fuerza y los músculos le temblaban mientras escrutaba la oscuridad en busca del mínimo rastro de movimiento.

*Yo no huelo nada* —dijo Saphira.

Tras unos segundos en los que no paso nada, Eragon extendió su poder mental por los alrededores.

—Nadie —dijo.

Luego se adentro en las profundidades de si mismo, hasta el lugar donde podía sentir el flujo de la magia, y pronuncio las palabras:

—¡Brisingr raudhr!

Una pálida luz rojiza apareció varios metros más allá y se quedó allí flotando a la altura de los ojos y pintando la hondonada con un brillo acuoso. Eragon se movió ligeramente y la luz siguió su movimiento, como si estuviera conectada a él por una vara invisible.

Acompañado por Roran, se desplazó hasta el punto en el que habían oído el sonido, por el sinuoso desfiladero que se abría hacia el este. Oyeron resonar el murmullo de sus armas y caminaron deteniéndose tras cada paso, dispuestos a defenderse en cualquier momento. A unos diez metros del campamento, Roran levanta una mano, haciendo que Eragon se detuviera, y luego señaló una placa de pizarra tirada sobre la hierba. Parecía claramente fuera de lugar. Roran se arrodilló y frotó la pizarra con un fragmento más pequeño, creando el mismo sonido de roce metálico que habían oído antes.

—Debe de haberse caído —concluyó Eragon, examinando las paredes del desfiladero.

Dejó que la luz se apagara. Roran asintió, se puso en pie y se sacudió la suciedad de las rodillas.

Mientras volvían junto a Saphira, Eragon analizó la velocidad a la que habían reaccionado. El corazón aun se le contraía en un nudo duro y doloroso a cada latido, le temblaban las manos y sentía la necesidad de echarse a correr varios kilómetros por el bosque sin parar. «Antes no habríamos reaccionado de este modo», pensó. El motivo de tanta tensión no era ningún misterio: cada uno de sus enfrentamientos había ido haciendo mella en su complacencia y dejándole los nervios a flor de piel.

—¿Los ves? —dijo Roran, que debía de estar pensando en algo parecido.

—¿A quiénes?

—¿los hombres que has matado. ¿Los ves en tus sueños?

—A veces.

El brillo irregular de las brasas iluminó el rostro de Roran desde abajo y formó densas sombras sobre la boca y la frente, que le daban a sus penetrantes ojos entrecerrados un aspecto siniestro. Hablaba lentamente, como si le costara pronunciar las palabras.

—Yo nunca deseé ser guerrero. Soñaba con sangre y gloria cuando era pequeño, como todos los chicos, pero lo que me importaba era la tierra. Eso y nuestra familia. Y ahora he matado... He matado una y otra vez, y tu has matado aun más —dijo. Tenía la mirada perdida en algún lugar distante que solo él podía ver—. Estaban aquellos dos hombres de Narda... ¿Te lo he contado alguna vez?

Lo había hecho, pero Eragon sacudió la cabeza y permaneció en silencio.

—Montaban guardia en la puerta principal... Dos, ya sabes, y el hombre de la derecha tenía el cabello de un blanco intenso. Lo recuerdo porque no debía de tener más de veinticuatro o veinticinco años. Llevaban el escudo de Galbatorix, pero hablaban como si fueran de Narda. No eran soldados profesionales. Probablemente no eran más que hombres que habían decidido ayudar a proteger sus casas de los úrgalos, los piratas y los forajidos... NO teníamos intención de levantar un dedo en su contra. Te lo juro, Eragon, aquello nunca formó parte de nuestro plan. Pero no tuve elección. Me reconocieron. Apunálé al hombre de pelo blanco por debajo de la barbilla. .. Fue como cuando padre degollaba a un cerdo. Y luego el otro, le rompí el cráneo. Aún siento el contacto de sus huesos al ceder. .. Recuerdo cada golpe que he dado, desde los soldados de Carvahall a los de los Llanos Ardientes... Ya sabes, cuando cierro los ojos, a veces no puedo dormir por la intensidad de la luz del fuego de los muelles de Teirm. En esos momentos me parece que me voy a volver loco.

Eragon se sorprendió apretando el bastón tan fuerte que tenía los nudillos blancos y los tendones se le marcaban en el interior de las muñecas;

—Es cierto —dijo—. Al principio eran solo úrgalos, luego fueron hombres y úrgalos, y ahora esta batalla final... Sé que lo que hacemos esta bien, pero «bien» no significa «fácil». Al ser quienes somos, A los vardenos esperan que Saphira y yo nos pongamos al frente de su ejército y matemos a batallones enteros de soldados. Y lo hacemos. Lo hemos hecho.

Se le quebró la voz y permaneció en silencio.

*Todo gran cambio viene acompasado de una gran agitación. Y nosotros lo hemos experimentado con creces, ya que somos protagonistas de ese cambio. Yo soy una dragona, y no lamento las muertes de los que nos ponen en peligro. Matar a los guardas de Narda quizá no sea un logro digno de celebración, pero tampoco es algo de lo que sentirse culpable. Tenías que hacerlo. Cuando tienes que luchar Roran, ¿no te da alas la pasión del combate? ¿No conoces el placer de lanzarte contra un digno rival y la satisfacción de ver los cuerpos de tus enemigos apilados ante ti? Eragon, tu lo has experimentado. Ayúdame a explicárselo a tu primo.*

Eragon se quedó mirando las brasas. Saphira había dicho una verdad que a él le costaba reconocer, ya que, si admitía que podía distraer con la violencia, quizá se convirtiera en algo que él mismo des-

preciaba. Así que callé. Al otro lado de la hoguera, Roran parecía igualmente afectado.

Con una voz mas suave, Saphira dijo:

*No te enfades. No pretendía contrariarte. .. A veces me olvido de que aun no estás acostumbrado a estas emociones, mientras que yo he tenido que luchar con uñas y dientes para sobrevivir desde el día que nací.*

Eragon se puso en pie y se dirigió hacia las alforjas, de donde sacó el pequeño frasquito que le había dado Orík antes de su partida, y echó dos buenos tragos de aguamiel de frambuesa. Sintió una calidez reconfortante en el estómago. Con una mueca, Eragon le pasó el frasco a Roran, que también bebió del brebaje.

Varios tragos mas tarde, cuando el aguamiel había hecho su Efecto y les había levantado el animo, Eragon dijo:

—Puede que mañana tengamos un problema.

—¿A qué te refieres?

Eragon dirigió también sus palabras a Saphira:

—¿Te acuerdas de que te dije que nosotros, Saphira y yo, podíamos enfrentarnos sin problemas a los Ra'zac?

—Si.

*Es cierto* —dijo Saphira.

—Bueno, estaba pensando en ello mientras escrutábamos Helgind, y ya no estoy tan seguro. Hay un numero casi infinito de modos de usar la magia Por ejemplo, si quiero encender fuego, podría hacerlo con el calor del aire o del suelo; o podría crear una llama de energía pura; podría crear un rayo ;podría concentrar una ráfaga de rayos de sol en un punto determinado; podría usar la fricción, etcétera

—¿Y entonces?

—El problema es que, aunque pueda idear numerosos hechizos Para realizar esa única acción, para «bloquear»esos hechizos puede bastar con un simple contrahechizo. Si evitas que la acción misma tenga lugar, no tienes que crear un contrahechizo a medida convidando las propiedades específicas de cada hechizo en particular.

—Aún no entiendo qué tiene que ver eso con mañana.

*Yo sí*—dijo Saphira. Había entendido inmediatamente lo que significaba—. *Significa que, en el ultimo siglo, Gulbatorix...*

*... puede haber colocado vigilantes alrededor de los Ra'zac...*

*...que los protejan contra...*

*... un gran número de hechizos. Probablemente yo no pueda...*

*...matarlos con ninguna...*

—... de las palabras de muerte que me enseñaron, ni con ninguno.

... de los ataques que podamos inventarnos ahora o entonces. Puede que...

—... tengamos que confiar...

—¡Parad! —exclamo Roran, con una sonrisa angustiada—. Parad, por favor. Cuando hacéis eso me dais dolor de cabeza.

Eragon se quedo con la boca abierta; hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que Saphira y él habían estado hablando por turnos. Aquello le gusto: significaba que habían estado alcanzando un nuevo nivel de cooperación y que actuaban coordinados como una sola entidad, lo que les hacia mucho mas poderosos de lo que seria cualquiera de los dos por separado. Pero al mismo tiempo le preocupaba el observar que tal coordinación, por su propia naturaleza, reducía la individualidad de ambos.

Cerro la boca y chasqueo la lengua.

—Lo siento. Lo que me preocupa es que, si Galbatorix ha tenido la previsión de tomar ciertas precauciones, quizá la fuerza de las armas sea el único modo de vencer a los Ra'zac. Si eso es así...

—Yo no haré mas que molestaros.

—Tonterías. Puede que seas mas lento que los Ra'zac, pero no tengo duda de que les darás motivos para que teman tu arma, «Roran Martillazos» —dijo Eragon. Parecía que el halago le había gustado a su primo—. El mayor peligro para ti es que los Ra'zac o los Lethrblaka consigan que te separes de Saphira y de mi. Cuanto mas juntos nos mantengamos, mas seguros estaremos. Saphira y yo intentaremos tener ocupados a los Ra'zac y a los Lethrblaka, pero puede que alguno se nos escape. Cuatro contra dos solo es una buena proporción cuando tu estés entre los cuatro.

*Eragon le dijo a Saphira:*

*Si tuviera una espada, estoy seguro de que podría matar a los Ra'zac solo, pero río sé si puedo derrotar a dos criaturas tan rápidas como los elfos, usando únicamente este bastón.*

*Fuiste tu quien insistió en llevar ese palo seco en vez de un arma de verdad —puntué su amiga—. Recuerda que te dije que quizá no bastara contra enemigos tan peligrosos como los Ra'zac.*

Eragon le dio la razón a regañadientes.

*Si mis hechizos nos fallan, seremos mucho mas vulnerables de lo que me esperaba... Mañana podríamos acabar realmente mal.*

—Esto de la magia es algo peliagudo —intervino Roran, que había permanecido ajeno a la ultima fase de la conversación. El tronco



en el que estaba sentado emitió un quejido al echarse adelante y apoyar los codos sobre las rodillas.

—Lo es —confirmo Eragon—. Lo mas difícil es intentar anticiparse cualquier hechizo posible. Paso mucho tiempo preguntándome cómo puedo protegerme si me atacan de este modo, o si otro mago esperaría que le atacara de este otro.

—¿No podrías hacerme tan fuerte y rápido como tu?

Eragon pensó en la sugerencia antes de responder.

—No veo como. La energía necesaria para hacer eso tendría que venir de algún lugar. Saphira y yo podríamos dártela, pero perderíamos tanta velocidad y fuerza como la que ganarías tú.

Lo que no menciono fue que también podría extraer energía de las plantas y animales de alrededor solo que a un precio terrible: la muerte de esos pequeños seres a los que les arrancarían la fuerza. Aquella técnica era un gran secreto, y Eragon sintió que no debía revelarla así como así; en realidad no debía hacerlo bajo ningún motivo. Es má, a Roran no le serviría de nada, ya que en Helgrind había bien poco que pudiera dar energía al cuerpo de un hombre.

—¿Y no puedes enseñarme a usar la magia? —propuso Roran, que al ver dudar a Eragon, añadió—: Ahora no, desde luego. No tenemos tiempo, y no tengo la pretensión de que pueda convertirme en mago de la noche a la mañana. Pero a largo plazo. .. ¿por qué no? Tu y yo somos primos. Tenemos mucha sangre en común. Y sería algo muy útil.

—Yo no sé como aprende a usar la magia alguien que no es Jinete —confeso Eragon—. No es algo que haya estudiado —añadió. Miro a su alrededor levanto una piedra plana y redonda del suelo y se la tiró a Roran, que la cogió al vuelo—. Prueba esto: concéntrate en hacer flotar la piedra un palmo mas o menos y di: «Stenr rīsa».

—¿Stenr rīsa?

—Exacto.

Roran frunció el ceno, mirando la piedra que tenia en la mano, en una pose que recordaba tanto el propio entrenamiento de Eragon que éste no pudo evitar sentir una sensación de nostalgia por los días que había pasado espoleado por Brom. Las cejas de Roran se unieron en una única línea, los labios se le tensaron en una mueca y gritó «Stenr rīsa» con tal fuerza que Eragon casi espero que la piedra saliera volando hasta perderse de vista.

No paso nada.

Con una mueca aun mas tensa, Roran repitió la orden:

—¡Stenr rīsa!

La piedra hizo gala de una profunda y serena inmovilidad.

—Bueno —dijo Eragon—, sigue intentándolo. Es el único consejo que puedo darte. Eso si —le advirtió—, si alguna vez lo consigues, habla conmigo o con otro mago. Podrías morir o matar a otros si empiezas a experimentar con la magia sin comprender las reglas. Como mínimo, recuerda esto: si efectúas un hechizo que requiera demasiada energía, morirás. No te enfrasques en proyectos que queden mas allá de tus capacidades, no intentes resucitar a los muertos y no intentes deshacer ninguna acción.

Roran asintió, sin quitarle el ojo a la piedra.

—Magia aparte, me acabo de dar cuenta de que hay algo mucho mas importante que necesitas aprender.

—¿Eh?

—Sí, tienes que ser capaz de ocultar tus pensamientos a la Mano Negra, a los Du Vrangr Gata y a otros como ellos. Ahora sabes muchas cosas que podrían causarles daño a los vardenos. Por eso es esencial que domines esta técnica en cuando volvamos. Mientras no te puedas defender de los espías, ni Nasuada ni yo ni nadie puede confiarte información que pueda resultar útil a nuestros enemigos.

—Lo entiendo. Pero ¿por qué has incluido a los Du Vrangr Gata en esa lista? Están a tu servicio y al de Nasuada.

—Es cierto, pero incluso entre nuestros aliados hay unas cuantas personas que darían el brazo derecho —se estremeció al pensar en lo apropiado de la frase— por hacerse con nuestros planes y secretos. Y con los tuyos también. Ahora eres «alguien», Roran. En parte por tus hazañas, y en parte por nuestra relación.

—Lo sé. Es una sensación extraña que te reconozca gente que no conoces.

—Sí —convino Eragon. Tenia otras muchas observaciones en la punta de la lengua, pero reprimió la tentación de seguir con el terna; era algo de lo que ya hablarían mas adelante—. Ahora que ya sabes lo que se siente cuando una mente entra en contacto con otra, podrías aprender a extender la mente y buscar el contacto con otras.

—No estoy seguro de que sea algo que quiera saber hacer.

—No importa; también es posible que no seas capaz de hacerlo. En cualquier caso, antes de dedicar tiempo a intentar descubrirlo, deberías dedicarte al arte de la defensa.

—¿Como? —dijo su primo, levantando una ceja.

—Escoge algo: un sonido, una imagen, una emoción, cualquier cosa. Y deja que crezca dentro de tu mente hasta que emborrone todos los demás pensamientos.

—¿Eso es todo?

—No es tan fácil como crees. Ya veras; pruébalo. Cuando estés listo, dímelo, y veré qué tal lo has hecho.

Pasaron unos momentos. Luego Roran hizo un gesto con los dedos y Eragon expandió su conciencia hacia su primo, deseoso de ver los logros del chico.

Eragon lanzó todo su chorro de fuerza mental, que chocó contra un muro compuesto por los recuerdos de Katrina en la mente de Roran, donde tuvo que detenerse. No encontraba donde agarrarse, una entrada o una grieta; no podía socavar la impenetrable barrera que tenía delante. En aquel momento, toda la identidad de Roran se basaba en sus sentimientos por Katrina; sus defensas superaban cualquiera de las que se había encontrado Eragon anteriormente, ya que en la mente de Roran no había nada más a lo que Eragon pudiera agarrarse y usar para dominar a su primo.

Roran movió la pierna izquierda y la madera que tenía debajo emitió un quejido seco.

Aquello hizo que el muro contra el que había chocado Eragon se fracturara en decenas de trozos, y que un montón de pensamientos enfrentados distrajeran a Roran: «Qué ha sido... ¡Demonios! No te fijas en eso o conseguirá entrar. Katrina, recuerda a Katrina. No hagas caso de Eragon. La noche que accedió a casarse conmigo, el olor de la hierba y de su pelo. .. ¿Es él? ¡No! ¡Concéntrate! No...».

Aprovechando la confusión de Roran, Eragon se abrió paso y con la fuerza de su voluntad, inmovilizó a Roran antes de que éste pudiera volver a protegerse.

Entiendes el concepto básico —dijo Eragon.

A continuación se retiró de la mente de Roran y siguió en voz alta:

—Pero tienes que aprender a mantener la concentración aun cuando estés en plena batalla. Tienes que aprender a pensar sin pensar..., a vaciarte de toda esperanza y preocupación, a excepción de una idea, que es tu armadura. Una cosa que me enseñaron los elfos y que me ha resultado útil es recitar un acertijo o un fragmento de un poema o una canción. Si tienes algo que puedes repetir una y otra vez, es mucho más fácil evitar que la mente se distraiga.

—Trabajaré en ello —prometió Roran.

—La quieres mucho, ¿verdad? —dijo Eragon, en voz baja. Era más una constatación que una pregunta, pues la respuesta era evidente, y no estaba muy seguro de hacerla.

El amor no era un tema del que Eragon hubiera hablado con su

primo hasta entonces, a pesar de las largas horas que habían pasado durante años comentando y comparado las cualidades de las diferentes muchachas de Carvahall y alrededores.

—¿Como ocurrió?

—Me gusto. Le gusté. ¿Qué importancia tienen los detalles?

—Venga, hombre —dijo Eragon—. Antes de irte a Therinsford estaba demasiado enfadado como para preguntarte, y no nos hemos visto mas hasta hace cuatro días. Tengo curiosidad.

Roran se masajeo las sienes y la piel de alrededor de los ojos se le tensó y arrugo repetidamente.

—No hay mucho que contar. Siempre me ha gustado. No significaba gran cosa cuando era chico, pero tras mis ritos de iniciación, empecé a preguntarme con quién me gustaría casarme y quién me gustaría que fuera la madre de mis hijos. Durante una de nuestras visitas a Carvahall, vi que Katrina se detenía junto a la casa de Loring para recoger una rosa silvestre que crecía a la sombra del alero. Miraba a la flor y sonreía... Era una sonrisa tan tierna y tan feliz que en aquel mismo momento decidí que quería ver aquella sonrisa hasta el día en que muriera. —Unas lagrimas brillaron en los ojos de Roran, pero no llegaron a caer y un segundo mas tarde parpadé y desaparecieron—. Me temo que en eso he fracasado.

Tras una pausa respetuosa, Eragon prosiguió

—¿La cortejaste? Aparte de usarme a mi para hacerle llegar tus halagos, ¿qué es lo que hiciste?

—Preguntas como si quisieras aprender.

—No es cierto. Imaginaciones tuyas...

—Venga, Eragon —dijo Roran—. Sé cuando estas mintiendo. Pon esa cara de tonto y las orejas se te ponen rojas. Puede que los elfos te hayan dado una nueva cara, pero esa parte de ti no ha cambiado. ¿Qué es lo que hay entre tu y Arya?

Eragon se incomodo.

—¡Nada! La luna te ha alterado el cerebro.

—Sé sincero. Muestras adoración por cada una de sus palabras, como si fueran diamantes, y la mirada se te queda prendida en ella como si estuvieras muriéndote de hambre y ella fuera un banquete dispuesto apenas un centímetro mas allá de tu alcance.

Saphira emitió un ruido parecido a un chasquido y solto una fumarola de humo de color gris oscuro por los orificios nasales.

Eragon hizo caso omiso a la risita contenida de la dragona y dijo:

—Arya es una elfa.

—Y muy guapa. Las orejas en punta y los ojos rasgados son de-

fecto que pasan desapercibidos entre todos sus encantos. Ahora eres tú el que te defiendes como un gato panza arriba.

—Arya tiene mas de cien años.

aquella constatación pilló a Roran por sorpresa; enarcó las cejas y dijo:

—¡Me resulta difícil de creer! ¡Esta en la flor de la vida!

—Pues es cierto.

—Bueno, sea como fuere, eso son motivos racionales, Eragon, y el corazón raramente hace caso a la razón. ¿Fe gusta o no?

*Si le gustara solo un poco más* —les dijo Saphira a ambos—, *yo misma intentaría besarla.*

—¡Saphira! —exclamé Eragon, avergonzado, y le dio un cachete en la pata.

Roran fue lo suficientemente prudente como para no incordiar más a Eragon.

—Entonces responde a mi primera pregunta y dime como están las cosas entre tu y Arya. ¿Le has hablado de esto a ella o a su familia? Por experiencia sé que no es bueno que estas cosas se estanquen.

—Sí —respondió Eragon, con la mirada clavada en el bastón bruñido, hablé con ella.

—¿Y como quedó la cosa? —inquirió Roran, que, al ver que Eragon no respondía enseguida, se lamentó—: Sacarte respuestas es mas difícil que arrastrar a Birka por el barro. —Eragon chasqueó la lengua al oír el nombre de Birka, uno de sus caballos de tiro—. Saphira, ¿me explicas tú este galimatías? Si no, me temo que nunca obtendré una respuesta completa.

—No quedó. De ningún modo. No me quiere —dijo Eragon sin emoción en la voz, como si comentara la desgracia de un extraño, pero de dentro le brotaba un torrente de dolor tan profundo e intenso que sintió que Saphira se retiraba un poco.

—Lo siento —dijo Roran.

Eragon tragó saliva a duras penas, echando hacia abajo el nudo que tenía en la garganta, que le rozó la llaga que sentía en el corazón y se le alojó en el estómago.

—Son cosas que pasan.

—Sé que ahora mismo te pareceré imposible —dijo Roran—, pero estoy seguro de que encontraras a otra mujer que te haga olvidar a esa Arya. Hay muchísimas doncellas, y unas cuantas mujeres casadas, estoy seguro, que estarían encantadas de que un Jinete se fijara en ellas. No tendrás problema para encontrar esposa entre las bellezas de Alagaësia.

—¿Y tú qué habrías hecho si Katrina te hubiera rechazado?

La pregunta dejó a Roran estupefacto; era evidente que no podía imaginarse cómo habría reaccionado. Eragon continuó:

—A diferencia de lo que tú, Arya y todos los demás podéis creer, soy consciente de que existen otras mujeres interesantes en Alagaësia y de que hay gente que se enamora más de una vez. Desde luego, si pasara mis días en compañía de las damas de la corte del rey Orrin, quizá podría decidirme por alguna. No obstante, mi vida no es tan fácil. Independientemente de que el objeto de mi afecto pueda variar algún día o no, y el corazón, como tu dices, es una bestia impredecible, la pregunta sigue ahí: ¿debería?

—Retuerces las frases como las raíces de un abeto —dijo Roran—. No me hables con acertijos.

—Muy bien: ¿qué mujer humana puede llegar a comprender lo que soy o la dimensión de mis poderes? ¿Quién podría compartir mi vida? Muy pocas, y todas ellas magas. Y de ese grupo selecto, o incluso de entre las mujeres en general, ¿cuántas son inmortales?

Roran soltó una sonora carcajada que resonó en el desfiladero.

—Ya puestos, podrías pedir la Luna, o... —Se detuvo y se quedó tenso como si estuviera a punto de dar un salto; luego se quedó paralizado en una pose forzada—. No es posible que lo seas.

—Lo soy.

—¿Es a causa del cambio que sufriste en Ellesméra o por ser Jinete? —dijo Roran, haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras.

—Es por ser Jinete.

—Eso explica por qué Galbatorix no ha muerto.

—Sí.

La rama que Roran había añadido al fuego crepitaba con el calor de las brasas de debajo, que quemaban la nudosa madera. En su interior alguna bolsa de savia o agua que de algún modo había conseguido escapar a los rayos del sol durante tantos años de sequía explotó en un chasquido sordo al contacto con el fuego, convirtiéndose en vapor.

—La idea es tan... «enorme» que es casi inconcebible —dijo Roran—. La muerte es parte de lo que somos. Nos guía. Nos moldea. Nos vuelve locos. ¿Puedes seguir siendo humano sin ser mortal?

—No soy invencible —señaló Eragon—. Pueden matarme igualmente con una espada o una flecha. Y también puedo contraer alguna enfermedad incurable.

—Pero si evitas esos riesgos, vivirás para siempre.

—Si es así, sí. Saphira y yo resistiremos.

—Suenan a la vez como una bendición y una maldición.

—Sí. No puedo, en conciencia, casarme con una mujer que vaya a envejecer y morir mientras para mí no pasa el tiempo; esa experiencia sería cruel para los dos. Además, la idea de tomar una esposa tras otra durante siglos me resulta bastante deprimente.

—¿Puedes hacer inmortal a otra persona con la magia? —preguntó Roran.

—Puedes oscurecer las canas, puedes suavizar las arrugas y eliminar las cataratas, y yendo muy muy lejos, puedes darle a un hombre de sesenta años el cuerpo que tenía a los diecinueve. Pero los elfos aún no han descubierto un modo de rejuvenecer la mente de una persona sin destruir sus recuerdos. ¿Y quién quiere borrar su identidad cada varias décadas a cambio de la inmortalidad? Sería un desconocido, aunque siguiera viviendo. Y un cerebro viejo en un cuerpo joven tampoco es la respuesta, ya que en las mejores condiciones de salud, los humanos estamos hechos para durar como mucho un siglo, quizás un poco más. Tampoco puedes evitar que alguien envejezca. Eso provocaría muchos otros problemas. .. Si, los elfos y los hombres han probado mil y un modos de engañar a la muerte, pero ninguno ha tenido éxito.

—En otras palabras —dijo Roran—, para ti es más seguro amar a Arya que dejar que tu corazón vague libremente y que pueda enamorarse de una mujer humana.

—¿Con quién puedo casarme yo si no es con una elfa? Sobre todo teniendo en cuenta el aspecto que tengo ahora —dijo, y reprimió el deseo de levantar la mano y tocarse las puntas curvadas de las orejas, hábito que ya había adquirido—. Cuando vivía en Ellesméra, era fácil para mí aceptar el nuevo aspecto que me habían dado los dragones. Al fin y al cabo, aquello me había aportado muchas cosas buenas. Por otra parte, los elfos se mostraban más amables conmigo tras el Agaeti Blödhren. Hasta que no volví con los vardenos no me di cuenta de lo diferente que me he vuelto... Eso también me preocupa. Ya no soy del mundo humano, ni tampoco un elfo. Soy algo a medio camino, una mezcla, un híbrido.

—¡Anímate! Puede que no tengas que preocuparte por la vida eterna. Galbatorix, Murtagh, los Ra'zac o incluso alguno de los soldados del emperador pueden rebanarnos el pescuezo en cualquier momento —bromeó Roran—. Lo que haría un hombre sabio es no hacer caso del Futuro y beber y gozar de la vida mientras tuviera ocasión de disfrutar de este mundo.

—Sé que padre diría eso.

—Y nos daría una buena paliza para empezar.

Se rieron juntos, y luego el silencio que tan a menudo había interrumpido su conversación volvió a hacer acto de presencia, creando un vacío compuesto de preocupación, intimidación y al mismo tiempo, de las muchas diferencias que había creado el destino entre dos personas que en otro tiempo vivían vidas que no eran mas que variaciones de una misma melodía.

*Deberíais dormir* —les dijo Saphira—. *Es tarde, y mañana tenemos que levantarnos pronto.*

Eragon miro la negra bóveda celeste, calculando la hora por la rotación de las estrellas. La noche había avanzado mas de lo que creía.

—Sabio consejo —admitió—. Ojala tuviéramos unos días mas para descansar antes de atacar Helgrind. La batalla de los Llanos Ardientes nos dejó agotados, a mi y a Saphira, y aun no estamos recuperados del todo, después de volar hasta aquí, y con la energía que transferí al cinturón de Beloth *el Sabio*, las dos ultimas noches. Aun me duelen piernas y brazos, y tengo mas moratones de los que puedo contar. Mira... —Se soltó los nudos del puno de la manga izquierda, se arremango la suave tela de lámarae, fabricada por los elfos tejiendo lana y hebras de ortiga, y dejé al descubierto una mancha amarillenta justo en el lugar en que le había golpeado el escudo contra el antebrazo.

—¡Ja! —dijo Roran—. ¿A esa marca minúscula la llamas moratón? Yo me he hecho mas daño con el golpe que me he dado en el dedo del pie esta mañana. Mira, te enseñaré un moratón del que puede estar orgulloso un hombre. —Se desató la bota izquierda, se la quito y se levanto los pantalones, dejando a la vista una franja negra de la anchura del pulgar de Eragon, que le cruzaba los cuadriceps—. Me di con el mango de una lanza al echármese encima un soldado.

—Impresionante, pero tengo algo aun mejor —contesto Eragon. Se quito la tunica, se sacó los faldones de la camisa de dentro de los pantalones y se giro hacia un lado para que Roran pudiera ver la gran mancha sobre las costillas y el mismo tono sobre el vientre—. flechas

—explicó. Luego se descubrió el antebrazo derecho, y mostré un moratón a juego con el del otro brazo, que había recibido al repeler el ataque de una espada con la guarda del brazo.

Roran, a su vez, descubrió una serie irregular de manchas azules verdosas, cada una del tamaño de una moneda de oro, que se extendían desde la axila izquierda hasta la base de la columna y que se había hecho al caer por entre unas rocas, clavándose la armadura.



Eragon inspecciono las lesiones, chasqueo la lengua y dijo:

—¡Bah, eso son pinchacitos! ¿Te perdiste y te metiste entre las zarzas? Yo tengo una que deja eso en nada. —Se quito ambas botas, se puso de pie y se bajo los pantalones, quedándose sólo con la camisa y los calzoncillos de lana—. Supera esto si puedes —dijo, y señaló el interior de sus muslos. Una variopinta combinación de colores le salpicaba la piel, como si Eragon fuera una fruta exótica que maduraba a manchas irregulares, del verde manzana al morado de la fruta podrida.

—¡Vaya! —dijo Roran— ¿Cómo te lo hiciste?

—Salté desde el lomo de Saphira mientras luchábamos contra Murtagh y Espina por el aire. Así es como herí a Espina. Saphira consiguió colarse por debajo y agarrarme antes de que diera contra el suelo, pero aterricé sobre su espalda algo mas violentamente de lo que me habría gustado.

Roran hizo un gesto de dolor; estremeciéndose al mismo tiempo.

—¿Sigue hasta...? —preguntó, resiguiendo la marca con el dedo y haciendo un gesto hacía arriba.

—Desgraciadamente.

—Tengo que admitir que es una marca considerable. Deberías estar orgulloso; es un logro considerable lesionarse como lo hiciste tu y en ese lugar... «particular».

—Me alegro de que lo valores.

—Bueno —dijo Roran—, quizá tu tengas el moratón mas grande, pero los Ra'zac me dejaron una herida que no puedes igualar, ya que tengo entendido que los dragones te eliminaron la cicatriz de la espalda—dijo, al tiempo que se quitaba la camisa y se alejaba en dirección a la temblorosa luz de las brasas.

En un primer momento, Eragon puso unos ojos como platos; luego supo disimular y ocultó su asombro tras una expresión mas neutra, Se reprocho interiormente por su reacción, pensando «No puede ser tan grave», pero cuanto mas estudiaba la cicatriz, mas aumentaba su preocupación.

Una larga cicatriz arrugada, roja y brillante, cubría el hombro derecho de Roran, desde la clavícula hasta alcanzar casi el codo. Era evidente que los Ra'zac le habían cortado parte del músculo y que las dos partes no se habían vuelto a unir con la cicatrización, ya que la marca formaba un desagradable bulto que deformaba la piel en el punto en que las fibras musculares se habían replegado sobre si mismas. Mas arriba, la piel estaba hundida, y formaba una suerte de depresión de un centímetro de profundidad.

—¡Roran! Deberías de haberme enseñado esto hace días. No tenía ni idea de que los Ra'zac te hubieran provocado una herida tan grave. .. ¿Tienes algún problema para mover el brazo?

—Hacia los lados o hacia atrás no —dijo, haciendo una demostración—. Pero hacia delante solo puedo levantar la mano hasta... el pecho. —Con una mueca, bajó el brazo—. E incluso eso me cuesta; tengo que mantener el pulgar en horizontal, de lo contrario pierdo la fuerza en el brazo. Lo que mejor me funciona es lanzar el brazo desde atrás y dejarlo caer en lo que quiero agarrar. Me pelé los nudillos varias veces practicando hasta que le cogí el tranquillo.

Eragon apretaba el bastón entre las manos.

*¿Debería?* —le pregunto a Saphira.

*Creo que debes.*

*Puede que mañana lo lamentemos.*

*Tendrás mayor motivo para lamentaciones si Roran muere por no poder atacar con el martillo cuando lo exija la ocasión. Si utilizas los recursos de la naturaleza, puedes evitar fatigarte mas todavía.*

*Ya sabes que odio hacer eso. Solo hablar de ello me pone enfermo.*

*Nuestras vidas son mas importantes que la de una hormiga* —contraatacó Saphira.

*La hormiga no pensaría lo mismo.*

*Pero tu no eres una hormiga, ¿no? No seas simplista, Eragon. No es lo tuyo.*

Con un suspiro, Eragon dejó el bastón y se dirigió a Roran:

—Ven, te curaré,

—¿Puedes hacerlo?

—Claro que si.

El rostro de Roran se ilumino de pronto ante la perspectiva, pero luego dudo y puso cara de preocupación.

—¿Ahora? ¿Crees que es conveniente?

—Tal como ha dicho Saphira, mejor curarte mientras pueda, no sea que tu lesión te cueste la vida o nos ponga en peligro a los demás.

Roran se acerco, y Eragon colocó la mano derecha sobre la roja cicatriz, extendiendo al mismo tiempo su conciencia para llegar a los árboles, plantas y animales que habitaban en el desfiladero, salvo los que temía que fueran demasiado débiles para sobrevivir a su hechizo.

Entonces empezó a recitar en el idioma antiguo. El hechizo que pronuncio era largo y complejo. La reparación de una herida así suponía mucho mas que la creación de piel nueva y como poco, resul-

taba complicado. Eragon recurrió a las formulas curativas que había estudiado en Ellesméra; había dedicado semanas a memorizarlas. La marca plateada en la palma de la mano de Eragon, la gedwëy ignasia, emitió un brillo blanco incandescente al liberar la magia. Un segundo mas tarde, emitió un gruñido involuntario y se sintió morir tres veces, una por cada uno de los dos pajarillos posados en un enebro cercano y otra por una serpiente oculta entre las rocas. Frente a él, Roran echo la cabeza atrás y abrió la boca en un aullido contenido al sentir el músculo del hombro desplazarse y retorcerse por debajo de la superficie de la piel.

Entonces todo acabo.

Eragon cogió aire fatigosamente y apoyó la cabeza entre las manos, aprovechando al mismo tiempo para secarse las lagrimas sin que lo vieran, antes de dedicarse a examinar el resultado de su obra. Roran encogía los hombros repetidamente y luego estiraba los brazos y los agitaba en rotaciones. Tenia el hombro grande y redondeado a causa de los años que se había pasado cavando huecos para los postes de las vallas, cargando rocas y paleando heno. A pesar suyo, Eragon sintió una pizca de envidia. Podría ganar fuerza, pero nunca había tenido los músculos de su primo.

—¡Está como nunca! ¡Mejor, incluso! ¡Gracias! —exclamó.

—De nada.

—Ha sido de lo mas raro. En realidad he sentido como si fuera a salirme de la piel. Y me picaba terriblemente; tenia unas ganas locas de rascarme...

—Dame un poco de pan de las alforjas, ¿quieres? Tengo hambre.

—Acabamos de cenar.

—Necesito tomar un bocado después de usar tanta magia —explicó Eragon. Se sorbió las Lagrimas y luego sacó el pañuelo para sonarse. Volvió a sorber.

Lo que había dicho no era del todo cierto. Lo que le turbaba era el precio que se había cobrado su hechizo sobre la vida silvestre, y se temía que le dieran ganas de vomitar a menos que tomara algo para asentar el estómago.

—No estarás enfermo, ¿verdad? —preguntó Roran.

—No —respondió su primo. Con las muertes que había provocado aún en la memoria, cogió la jarra de aguamiel que tenia al lado, esperando que le sirviera para eludir la marea de pensamientos malos.

Algo muy grande, pesado y afilado le dio en la mano, que fue a golpear contra el suelo. Hizo un gesto de dolor y giró la cabeza; vio

una de las garras de marfil de Saphira que se le clavaban en la carne. El gran ojo de la dragona parpadeo y aquel enorme iris brillante le miro fijamente. Tras un largo momento, Saphira levanté la garra, del mismo modo que una persona levantaría un dedo, y Eragon retiro la mano. Tragó saliva y agarro de nuevo el bastón de espinos, haciendo un esfuerzo por olvidarse del aguamiel y concentrándose en lo mas inmediato y tangible, en vez de sumirse en una introspección nada beneficiosa.

Roran sacó un trozo irregular de pan de sus bolsas, se quedo inmóvil y, esbozando una sonrisa, dijo:

—¿No preferirías un poco de venado? Yo no me he acabado el mío.

Le mostró la brocheta improvisada de madera de enebro chamuscada, que atravesaba tres trozos de carne tostada. Eragon, con su sensible olfato, sintió aquel olor como algo intenso y penetrante; le recordó las noches que había pasado en las Vertebradas y las largas cenas de invierno en las que él, Roran y Garrow se reunían alrededor de la estufa y disfrutaban de la compañía mutua mientras oían el rugido de la ventisca en el exterior. Se le hizo la boca agua.

—Aún esta templado —dijo Roran, que agitaba la carne frente a Eragon.

Haciendo un esfuerzo por resistirse, Eragon negó con la cabeza:

—Dame solo el pan.

—¿Estas seguro? Esta en su punto: ni demasiado dura ni demasiado tierna, y cocinada con la cantidad perfecta de especias. Esta tan jugosa que, cuando le des un mordisco, te parecerá un bocado del mejor guiso de Elain.

—No, no puedo.

—Sabes que te gustaría.

—¡Roran, deja de jugar y pásame ese pan!

—Ah, mira, ya tienes mejor aspecto. A lo mejor lo que necesitas no es pan, sino que alguien te toque las narices, ¿eh?

Eragon le miro con cara de pocos amigos y luego, a la velocidad del rayo, le arranco el pan de las manos.

Aquello pareció divertir a Roran aun mas. Mientras Eragon arrancaba un pedazo del pan, le dijo:

—No sé como puedes sobrevivir sólo con fruta, pan y verduras. Un hombre tiene que comer carne si quiere mantener la fuerza. ¿No la echas de menos?

—Mas de lo que te imaginas.

—Entonces, ¿por qué insistes en torturarte de este modo? Todas las criaturas de este mundo tienen que comer otros seres vivos, aun-

que solo sean plantas, para sobrevivir. Así es como somos. ¿Por qué te empeñas en desafiar el orden natural de las cosas?

*Yo le dije prácticamente lo mismo en Ellesméra —observo Saphira—, pero no me escucho.*

Eragon se encogió de hombros.

—Ya hemos hablado de ello. Tu haz lo que quieras. Yo no te diré a ti ni a nadie como tenéis que vivir. No obstante, por conciencia, no puedo comerme a un animal cuyos pensamientos y sentimientos he compartido.

Saphira movió la punta de la cola y sus escamas chocaron contra una roca redondeada que sobresalía del suelo.

*Es un caso perdido.*

Levanto y estiro el cuello y cogió el venado de un mordisco, con brocheta y todo, de la otra mano de Roran. La madera crujió entre los afilados dientes de la dragona al morder y luego la carne se desvaneció en las oscuras profundidades de su estomago.

Mmm. *No exagerabas* —le dijo a Roran—. *Qué bocado más delicado y succulento; tan tierno, tan: sabroso, tan delicioso. Me dan ganas de contonearme del gusto. Deberías cocinar para mí más a menudo, Roran Martillazos. Sólo que la próxima vez deberías preparar varios ciervos a la vez. Si no, para mí no será una comida.*

Roran dudo, como si no fuera capaz de decidir si la petición de Saphira iba en serio y de ser así, como podía librarse de una tarea tan inesperada como onerosa. Le echo una mirada de socorro a Eragon, que se echo a reír tanto por la expresión de Roran como por su apuro.

El breve estruendo de la sonora risa de Saphira se unió a la de Eragon y reverbero por todo el despeñadero. Sus dientes brillaron a In luz rojiza de las brasas.

Una hora después de que los tres se echaran a dormir Eragon estaba tumbado boca arriba junto a Saphira, envuelto en varias capas de mantas para protegerse del frío de la noche. Todo estaba tranquilo. Era como si un mago hubiera lanzado un hechizo sobre la Tierra y todo el mundo se hubiera sumido en un sueño eterno y se hubiera quedado inmóvil e inmutable para siempre bajo la mirada escrutadora de las titilantes estrellas.

Sin moverse, Eragon susurro en pensamientos:

*¿Saphira?*

*¿Sí, pequeño?*

*¿Y si yo tengo razón y él esta en Helgrind? No sé qué tendría que hacer... Dime qué debería hacer.*

*No puedo, pequeño. Ésa es una decisión que tienes que tomar tu. Los caminos de los hombres no son los caminos de los dragones. Yo le arrancarí la cabeza y me daría un festín con su cuerpo, pero supongo que eso a ti te parecería mal.*

*¿Te tendré a mi lado, decida lo que decida?*

*Siempre, pequeño. Ahora descansa. Todo se arreglara.*

Reconfortado, Eragon dejó vagar la mirada por el vacío entre las estrellas y respiró mas lento, sumiéndose en el trance que había ocupado el lugar del sueño en su vida. Mantenía la conciencia del entorno, pero, como ya era habitual, los personajes de sus sueños pasaban ante sus ojos en confusas y enigmáticas transformaciones en aquel escenario que tenía a las blancas estrellas como telón de fondo.

## *El ataque a Helgrind*

Sólo habían pasado quince minutos desde el amanecer cuando Eragon se puso en pie. Chasqueó los dedos dos veces para despertar a Roran y luego recogió sus mantas y las ató en un fardo apretado. Roran, a su vez, se puso en pie e hizo lo propio con sus mantas.

Se miraron el uno al otro, estremeciéndose de emoción.

—Si yo muero —dijo Roran—, ¿te ocuparás de Katrina?

—Desde luego.

—Dile que fui a la batalla con el corazón alegre y con su nombre en mis labios.

—Lo haré.

Eragon murmuró una frase corta en idioma antiguo. La pérdida de fuerza que sufrió por ello fue casi imperceptible.

—Eso filtrará el aire frente a nosotros y nos protegerá de los efectos paralizantes del aliento de los Ra'zac.

De entre sus bultos, Eragon sacó su cota de malla y desenrolló la tela de esparto en la que estaba envuelta. La prenda, antes reluciente, aún conservaba manchas de sangre de la batalla de los Llanos Ardientes, y la combinación de sangre seca, sudor y falta de limpieza había provocado que el óxido hiciera su aparición por entre los eslabones. No obstante, la cota estaba perfectamente integra, ya que Eragon la había reparado antes de salir en busca de las tropas del Imperio.

Eragon se puso la camisa con cuero por detrás, haciendo una mueca al sentir el hedor a muerte y desesperación que tenía prendido, y luego se puso unos puños de metal y grebas en las espinillas. En la cabeza se colocó un pasamontañas, una toca de malla y un casco de acero liso. Había perdido el suyo —el que llevaba en Farthen Dûr—, en el que los enanos le habían grabado el emblema del Durgrimst Ingeitum, junto al escudo, durante el duelo aéreo entre Saphira y Espina. En las manos llevaba guantes de malla. Roran se vistió de un modo parecido, aunque además se armó con un escudo de madera.

Una banda de hierro pulido cubría todo el borde del escudo, para soportar mejor los envites de la espada del enemigo. Eragon no llevaba ningún escudo en el brazo izquierdo: necesitaba ambas manos para manipular el bastón de espino correctamente.

A la espalda, Eragon se colgó el carcaj que le había dado la reina Islanzadí. Además de veinte gruesas flechas de roble decoradas con plumas de ganso gris, el carcaj contenía el arco de madera de tejo con remaches de plata que la reina le había entregado, tenso y listo para su uso.

Saphira pateo el terreno con suavidad.

¡Vámonos!

Eragon y Roran dejaron sus bolsas y provisiones colgadas de la rama de un enebro y subieron a lomos de Saphira. No perdieron tiempo ensillándola; había dormido con los arreos puestos. Eragon sintió el cuero curtido templado, casi caliente, bajo sus piernas. Se agarró al cuerno de la silla para no perder el equilibrio con los repentinos cambios de dirección, y Roran le paso uno de sus gruesos brazos alrededor de la cintura, mientras con el otro agarraba el martillo.

Un trozo de pizarra crujió bajo el peso de Saphira al encogerse y, con un único y rápido salto, se encaramo al borde del despeñadero, donde recupero un momento el equilibrio y luego desplegó sus enormes alas. Las finas membranas retumbaron al aletear contra el aire. Las estiro hacia arriba y adoptaron el aspecto de dos velas de un azul traslucido.

—No aprietes tanto —refunfuño Eragon.

—Lo siento —dijo Roran, que redujo la presión de su abrazo. Ya no pudieron seguir hablando, puesto que Saphira volvió a saltar. Cuando alcanzo la cima, bajo las alas con un *whuuush* y los tres se elevaron aun mas. A cada batir de alas se acercaban mas a las nubes finas y lisas.

Al virar hacia Helgrind, Eragon echo un vistazo hacia su izquierda y descubrió un amplio brazo del lago Leona a unos kilometros de distancia. Una gruesa y lúgubre capa de bruma, grisácea a la luz del amanecer se levantaba sobre el agua, como si un fuego misterioso ardiera en la superficie del liquido. Eragon lo intento, pero ni siquiera con su visión de halcón consiguió llegar a la orilla mas alejada, ni a las estribaciones al sur de las Vertebradas, del otro lado del agua, y lo lamento. Hacia mucho tiempo que no veía las montañas de su infancia.

Al norte se levantaba Dras-Leona, una enorme y caótica masa maciza recortada contra el muro de niebla que bordeaba su flanco



occidental. El único edificio que pudo identificar fue la catedral donde le habían atacado los Ra'zac; su chapitel, con un reborde característico, se alzaba por encima del resto de la ciudad, como una afilada lanza.

Y Eragon sabía que, en algún lugar del paisaje que pasaba a toda velocidad por debajo, se encontraban los restos del campamento donde los Ra'zac habían herido mortalmente a Brom. Dejo salir toda su rabia y su dolor por los episodios de aquel día —así como por el asesinato de Garrow y la destrucción de su granja— para reunir el valor o más bien el deseo de enfrentarse en combate a los Ra'zac.

*Eragon —dijo Saphira—. Hoy no tendremos que cerrar la mente y mantener nuestros pensamientos ocultos el uno al otro, ¿verdad?*

*No, a menos que aparezca otro mago.*

Un abanico de luz dorada hizo su aparición cuando el sol rebasó el horizonte. En un instante, todo el espectro de colores llenó de vida a un mundo antes mortecino: la bruma adquirió un brillo blanco, el agua se volvió de un azul intenso, la muralla de adobe que rodeaba el centro de Dras mostró sus deslucidas superficies amarillentas, los árboles se cubrieron de diversos tonos de verde y la tierra se tino de rojo y de naranja. Helgrind, no obstante, conservó su color de siempre: el negro.

La montaña de piedra fue ganando tamaño a gran velocidad según se acercaban. Incluso desde el aire, resultaba imponente.

Al bajar en picado hacia la base de Helgrind, Saphira vió tanto a la izquierda que Eragon y Roran se habrían caído si no se hubieran atado previamente las piernas a la silla. Luego pasó rozando el pedregal y el altar donde celebraban sus ceremonias los sacerdotes de Helgrind. El viento, al pasar se coló por la ranura del casco de Eragon y produjo un aullido que casi los dejó sordos.

—¿Y bien? —grito Roran. No veía nada por delante.

—¡Los esclavos ya no están!

Eragon sintió como si un gran peso lo anclara a la silla; Saphira alzó el vuelo y rodeó Helgrind en una espiral, buscando una entrada a la guarida de los Ra'zac.

*No hay ni un hueco para una rata —declaro.*

Redujo la velocidad y se quedó flotando ante una escarpadura que conectaba el tercer pico más bajo de los cuatro con el promontorio superior. El saliente recortado magnificaba el sonido producido por su aleteo hasta que alcanzó el volumen de un trueno. Eragon sintió que los ojos le lloraban con aquel chorro de aire contra la piel.

Una telaraña de vetas decoraba la parte posterior de peñascos y

columnas, donde la escarcha se había concentrado en grietas que recorrían la roca. No había nada más que alterara la impenetrable oscuridad de las murallas de Helgrind, azotadas por el viento. Entre las piedras inclinadas no crecían árboles, ni matorros, ni hierba, ni líquenes; ni siquiera las águilas osaban anidar sobre los salientes recortados de la torre. Helgrind hacía honor a su fama: era un lugar de muerte enclavado entre los afilados pliegues recortados de las escarpaduras y las hendiduras que lo rodeaban como los huesos de un espectro que quisiera sembrar el terror sobre la Tierra.

Escrutando el panorama con la mente, Eragon confirmó la presencia de las dos personas cautivas en Helgrind que había detectado el día anterior, pero no encontró rastro de los esclavos y peor aun, seguía sin poder localizar a los Ra'zac ni a los Lethrblaka. «Si no están aquí, ¿dónde están?», se preguntó. Volvió a buscar y observé algo que se le había pasado por alto: una única flor una genciana, que despuntaba a menos de quince metros ante ellos, donde, por lógica, debía haber roca maciza. «¿De dónde sacara la luz para vivir?»

Saphira le dio la respuesta posándose en un saliente medio desmoronado, unos metros a la derecha. Al hacerlo, perdió el equilibrio un momento y agitó las alas para recuperarlo. En vez de rozar la masa rocosa de Helgrind, la punta de su ala derecha se hundió en la roca y volvió a salir.

*Saphira, ¿has visto eso?*

*Lo he visto.*

Inclinándose hacia delante, Saphira acercó la punta del hocico hacia la pared de roca, se detuvo a unos centímetros —como si esperaba que saltara una trampa— y luego siguió avanzando. Escama a escama, fue metiendo la cabeza en el interior de Helgrind, hasta que Eragon sólo pudo verle el cuello, el torso y las alas.

*¡Es una ilusión óptica!* —exclamó Saphira.

Con un empujón de sus poderosas ancas, salto del saliente, e introdujo el resto de su cuerpo tras la cabeza. Eragon tuvo que recurrir a todo el autocontrol del que pudo hacer acopio para no cubrirse la cabeza en un gesto desesperado de protección al ver como el risco se le acercaba.

Un instante después se encontré frente a una amplia gruta abovedada, iluminada por la cálida luz de la mañana. Las escamas de Saphira refractaban la luz, emitiendo miles de brillos azules sobre la roca. Al girarse, Eragon vio que tras ellos no había pared alguna; sólo la entrada de la cueva y una vista panorámica del paisaje. Hizo una mueca. Nunca se le había ocurrido que Galbatorix hubiera podido

ocultar la guarida de los Ra'zac con magia. «¡Idiota! Tengo que estar mas despierto», pensó. Infravalorar los recursos del rey era un modo seguro de conseguir que los matara a todos.

Roran soltó un exabrupto y dijo:

—¡Avísame antes de hacer algo parecido otra vez!

Tras echarse hacia delante, Eragon empezó a desatarse las piernas de la silla al tiempo que miraba a su alrededor atento a cualquier peligro.

La abertura de la cueva era un ovalo irregular, de unos quince metros de altura y de veinte metros de ancho. Daba a una cámara del doble de su tamaño, que acababa mucho mas allá en una irregular pared de gruesas losas de piedra apoyadas unas contra otras en diferentes ángulos. El suelo presentaba numerosas marcas, prueba de las muchas veces que habían despegado, aterrizado y trotado por encima los Lethrblaka. Cinco túneles bajos, como misteriosas cerraduras, se cubrían a los lados de la cueva, al igual que un pasaje ojival lo suficientemente grande como para que cupiera Saphira. Eragon examinó los túneles atentamente, pero estaban oscuros como una boca de lobo y parecían vacíos, hecho que confirmo con rápidas incursiones con la mente. Unos extraños murmullos inarticulados llegaban retumbando de las entrañas de Helgrind, lo que sugería la presencia de «cosas» desconocidas que correteaban por la oscuridad, y de un goteo incesante de agua. A este coro de susurros se le sumaba la respiración constante de Saphira, que resonaba especialmente dentro de aquella cámara vacía.

El rasgo mas distintivo de la caverna, no obstante, era la mezcla de olores que la impregnaban. Dominaba el olor de la piedra fría, pero por debajo Eragon distinguió efluvios de humedad y moho, y algo mucho peor: el empalagoso y enfermizo hedor de la carne en descomposición. Eragon se soltó las ultimas correas, paso la pierna derecha sobre el lomo de Saphira, con lo que quedo sentado de lado, y se preparo a saltar al suelo. Roran hizo lo mismo pero hacia el lado contrario.

Antes de soltarse, entre los numerosos sonidos que le llegaban al oído, Eragon oyó una serie de sonidos metálicos simultáneos, como si alguien hubiera golpeado la roca con una batería de martillos. El sonido se repitió medio segundo mas tarde.

Miro en dirección al ruido, al igual que Saphira.

Una enorme forma se asomo, retorciéndose por el pasaje ojival. Informe, con los ojos negros y un pico de mas de dos metros de largo. Alas de murciélago. El torso desnudo, sin pelo, musculoso. Garras como lanzas de hierro. Saphira dio una sacudida intentando evitar al

Lethrblaka, pero no le valió de nada. La criatura se lanzó contra su costado derecho con una fuerza y una furia que a Eragon le pareció propia de un alud.

No se enteró exactamente de lo que pasó después, pues el impacto lo lanzó, lo que hizo que diera tumbos. Su vuelo a y ciegas acabó tan bruscamente como había empezado, cuando algo duro y lisa le golpeó en la espalda: cayó al suelo y se golpeó la cabeza por segunda vez. Esta última colisión le dejó sin aire en los pulmones. Aturdido, quedó hecho un ovillo, jadeando y esforzándose por recuperar el mínimo control sobre sus miembros.

*¡Eragon!* —gritó Saphira.

La preocupación en la voz de la dragona fue el mejor revulsivo. Sus brazos y sus piernas volvieron a la vida, se estiró y agarró su bastón del suelo, a su lado. Clavó el extremo inferior en una grieta cercana y balanceándose, se apoyó en la vara de espino para ponerse en pie. Veía un enjambre de chispas escarlata bailando ante sus ojos.

La situación era tan confusa que apenas sabía adónde mirar en primer lugar.

Saphira y el Lethrblaka rodaban por la cueva, pateándose, clavándose las garras y mordiéndose con tanta fuerza que hacían saltar esquirlas de la roca bajo sus pies. El fragor de la lucha debía de ser inimaginablemente estruendoso, pero para Eragon era una batalla silenciosa; los oídos no le respondían. Aun así, sentía las vibraciones a través de las plantas de los pies, mientras las bestias colosales daban bandazos de un lado al otro, amenazando con aplastar a cualquiera que se acercara.

De entre las mandíbulas de Saphira salió un torrente de fuego azul que cubrió el lado derecho de la cabeza del Lethrblaka. Las voraces llamaradas, que habrían podido fundir el acero, pasaron alrededor de su enemigo sin hacerle daño. Impertérrito, el monstruo le picoteó el cuello a la dragona, lo que la obligó a parar y defenderse.

Rápido como una flecha disparada por un arco, el segundo Lethrblaka salió velozmente del pasaje ojival, se lanzó sobre el flanco de Saphira y abriendo su estrecho pico, emitió un horrible e hiriente chillido que le puso el pelo de punta y un nudo en la garganta a Eragon. Soltó un gruñido malhumorado; aquello lo había oído.

Ahora que estaban presentes los dos Lethrblaka, el olor recordaba al insoportable hedor que se obtendría lanzando tres kilos de carne rancia a un colector de aguas residuales en verano y dejándola fermentar una semana.

Eragon apretó los labios, cerró la garganta y buscó otro punto donde fijar la atención para evitar las arcadas.

A unos pasos de allí, Roran yacía encogido junto a la pared de la cueva donde había aterrizado. En el mismo momento que Eragon le miraba, su primo levanto un brazo y no sin esfuerzo, se puso a cuatro patas y finalmente de pie. Tenía los ojos vidriosos, y trastabillaba como si estuviera borracho.

De un túnel próximo, por detrás de Roran, emergieron los dos Ra'zac. En sus deformadas manos blandían largas hojas de color claro y antiguo diseño. A diferencia de sus progenitores, los Ra'zac tenían aproximadamente el mismo tamaño y la misma forma que los humanos, Un exoesqueleto del color del ébano los cubría de arriba abajo, aunque poco se veía de él, ya que incluso en Helgrind los Ra'zac vestían túnicas y capas oscuras.

Avanzaron con una agilidad sorprendente, con movimientos rápidos y entrecortados, como los de un insecto.

Sin embargo, Eragon no los detectaba, ni a ellos ni a los Lethrblaka. «¿También serán una ilusión?», se pregunté. Pero no, aquello era una tontería: la carne que rasgaba Saphira con sus espolones era absolutamente real. Se le ocurrió otra explicación: a lo mejor era imposible detectar su presencia. Quizá los Ra'zac podían ocultarse de la mente de los humanos, sus presas, del mismo modo que las arañas se escondían de las moscas. Si era así, aquello explicaba por fin por qué los Ra'zac habían tenido tanto éxito dando caza a magos y Jinetes por cuenta de Galbatorix, pese a que no supieran usar la magia.

—¡Cuernos!

Eragon podía haber recurrido a una mayor profusión de improperios, pero era momento de actuar; no de maldecir su mala suerte. Brom afirmaba que los Ra'zac no eran rivales para él a la luz del día, y aunque quizás aquello fuera cierto, dado que Brom había tenido décadas para inventar hechizos que usar contra ellos, Eragon sabía que, sin el factor sorpresa a su favor él, Saphira y Roran tendrían difícil salir de allí con vida, por no hablar de rescatar a Katrina.

Tras levantar la mano derecha por encima de la cabeza, Eragon grito  
—¡Brisingr!

Y lanzo una crepitante bola de fuego hacia los Ra'zac. La esquivaron, y la bola de fuego fue a dar contra el suelo de roca, ardió un momento y luego se desvaneció. El hechizo era tonto y algo infantil, y no era de suponer que provocara ningún daño si Galbatorix había protegido a los Ra'zac como a los Lethrblaka, Aun así, a Eragon le satisfizo enormemente el resultado. También distrajo a los Ra'zac lo suficiente como para que Eragon pudiera correr junto a Roran y apretar la espalda contra la de su primo.

—Contenlos un minuto —gritó, con la esperanza de que Roran le oyera. Fuera así o no, le entendió, puesto que se cubrió con el escudo y levanto el martillo, presto para el combate.

La cantidad de fuerza desplegada en cada uno de los terribles golpes de los Lethrblaka ya había ido consumiendo la protección física que Eragon había dispuesto alrededor de Saphira. Al ceder ésta, los Lethrblaka habían conseguido infligirle varios arañazos —largos pero poco hondos— en los muslos y tres picotazos que le habían provocado heridas cortas pero profundas, muy dolorosas.

A su vez, Saphira le había dejado las costillas al descubierto a un Lethrblaka y le había arrancado de un mordisco el ultimo metro de la cola al otro. Para asombro de Eragon, la sangre de los Lethrblaka era de un azul verdoso metálico, no muy diferente del oxido que se forma en el cobre viejo.

En aquel momento, los Lethrblaka habían interrumpido su ataque y estaban rodeando a Saphira, embistiéndole de vez en cuando para mantenerla a distancia mientras esperaban que se cansara o hasta poder matarla con un picotazo.

Saphira estaba mejor preparada para el combate a campo abierto que los Lethrblaka gracias a sus escamas —que eran mas duras y resistentes que la piel gris de aquellos seres— y a sus dientes —que en distancias cortas eran mucho mas letales que los picos de los Lethrblaka—, pero, a pesar de todo, le costaba mantener a distancia a ambas criaturas a la vez, sobre todo porque el techo le impedía saltar y volar por encima de sus contrincantes. Eragon temía que, aunque ella consiguiera imponerse, los Lethrblaka consiguieran lisiarla antes de morir. Respiró hondo y formulo un único hechizo que contenía las doce técnicas mortales que le había enseñado Oromis. Tomó la precaución de pronunciarlo en una serie de fórmulas, de modo que si la barrera defensiva de Galbatorix lo repelía, pudiera detener el flujo mágico. Si no, cabía la posibilidad de que el hechizo le consumiera toda la fuerza y lo matara.

Hizo bien en tomar aquella precaución. Al emitir el hechizo, Eragon enseguida se dio cuenta de que la magia no surtía ningún efecto sobre los Lethrblaka, y abandonó el ataque. no es que esperase triunfar con las tradicionales formulas de ataque, pero tenia que intentarlo, por si se daba el caso —improbable— de que Galbatorix hubiera cometido algún descuido o torpeza al proveer de barreras a los Lethrblaka y a su prole.

Tras él, Roran gritó « ¡Yah! ». Un instante mas tarde, una espada golpeo contra su escudo, seguida del sonido metálico de una malla

rota y del tañido de un segundo golpe de espada contra el casco de Roran. Eragon se dio cuenta de que estaba recuperando el oído.

Los Ra'zac volvieron a golpear, pero en cada ocasión sus armas pasaban rozando la armadura de Roran o se quedaban a pocos centímetros de la cara o las extremidades del chico, por muy rápido que agitaran la espada. Frustrados, emitieron una especie de siseo y un chorro continuo de invectivas, que sonaban aún peor en boca de aquellas criaturas de duras mandíbulas que entrechocaban y deformaban el lenguaje.

Eragon sonrió. La barrera mágica que había dispuesto alrededor de Roran había surtido efecto. Esperaba que la invisible red de energía aguantara hasta que él hubiera encontrado un modo de detener a los Lethrblaka.

Eragon sintió un estremecimiento general y vio que todo se tenía de gris cuando los dos Lethrblaka empezaron a chillar a la Vez. Por un momento, su determinación le abandono, dejándolo sin capacidad de movimiento, pero al momento se recupero y se sacudió como lo habría hecho un perro, repeliendo aquella influencia maligna. El sonido le recordaba mas que nada al de un par de niños llorando de dolor. Eragon empezó a recitar todo lo rápido que pudo, atento a no cometer errores en el idioma antiguo. Cada frase que pronunciaba, y eran muchísimas, tenía el potencial de provocar la muerte instantánea, y cada tipo de muerte era diferente. Mientras recitaba su improvisado soliloquio, Saphira recibió otro corte en el flanco izquierdo. A su vez, rompió el ala de su atacante, rasgando la fina membrana voladora en tiras con sus garras. Eragon recibió una serie de duros impactos procedentes de la espalda de Roran, que sufría los ataques y embestidas frenéticos de los Ra'zac. El mayor de los dos Ra'zac empezó a rodearlo para poder atacar a Eragon directamente.

Y entonces, en el fragor de los choques de acero contra acero, y de acero contra madera, y de garras contra piedra, se oyó el corte de una espada a través de una malla, seguido de un crujido húmedo. Roran grito, y Eragon sintió la sangre que le corría por la pantorrilla derecha.

Por el rabillo del ojo, Eragon vio una figura contrahecha que le saltaba encima, lanzando la hoja de su espada con la intención de ensartarlo. El mundo se redujo a aquel estrecho y fino punto; la punta del arma brillaba como una esquirla de cristal, y cada arañazo en el metal parecía un reguero de mercurio brillando a la luz del alba.

Solo tenía tiempo para un hechizo mas, o tendría que dedicarse a detener la embestida del Ra'zac, que buscaba clavarle la espada entre

el hígado y los riñones. Desesperado, dejó de lanzar ataques directos contra los Lethrblaka y grito <¡Garjzla, letta! ».

Era un hechizo burdo, creado a toda prisa y de léxico pobre, pero funciono. Los ojos hinchados del Lethrblaka del ala rota se convirtieron en un par de espejos semiesféricos que reflejaban la luz que de otro modo habría entrado por las pupilas del Lethrblaka. La criatura, cegada, trastabilló y aleteó torpemente en un vano intento de golpear a Saphira.

Eragon agitó el bastón de espino en sus manos y desvió la espada del Ra'zac cuando estaba ya a un par de centímetros de sus costillas. El Ra'zac aterrizo frente a él y estiro el cuello. Eragon retrocedió, viendo un corto y grueso pico que aparecía del interior de la capucha. El quitinoso apéndice se cerró con un chasquido a unos centímetros de su ojo derecho. Como si aquello no fuera con él, Eragon fijo su atención en la lengua de los Ra'zac, que era morada y peluda, y que se retorció como una serpiente sin cabeza. Tras juntar las manos hacía el centro del bastón y extender los brazos, Eragon dio un golpe seco en el pecho al Ra'zac, que salio despedido varios metros hacia atrás. El monstruo cayo de cuatro patas. Eragon se giró hacia Roran, que tenia el flanco izquierdo manchado de sangre y que rechazaba los ataques de la espada del otro Ra'zac. Hizo un amago, golpeo contra la hoja de la espada del Ra'zac y cuando éste arremetió hacia su garganta, cruzo el bastón frente al cuerpo y rechazo el envite. Sin perder un momento, Eragon se lanzo hacia delante y clavo el extremo del bastón de madera en el abdomen de su enemigo.

Si Eragon hubiera tenido en sus manos a Zar'roc, habría matado al Ra'zac en aquel mismo momento. Pero el resultado fue que algo crujió en el interior de aquella criatura y que ésta salio rodando por la cueva unos cuantos metros. Inmediatamente se puso de nuevo en pie, dejando un reguero de sangre azul sobre la roca.

«Necesito una espada», pensé Eragon.

Miro hacia los lados y vio que los dos Ra'zac se lanzaban sobre él; no tenia otra opción que mantener la posición y enfrentarse a su ataque combinado, porque era lo único que se interponía entre aquellos insaciables carroñeros y Roran. Empezó a formular el mismo hechizo que había surtido efecto contra los Lethrblaka, pero los Ra'zac lanzaron ataques por alto y por bajo con sus espadas antes de que pudiera pronunciar una silaba.

Las espadas rebotaban en el bastón de espino con un ruido sordo, No dejaban siquiera marca en la madera encantada.

Izquierda, derecha, arriba, abajo. Eragon no pensaba: actuaba y



reaccionaba en un intercambio frenético de golpes con los Ra'zac. El bastón era ideal para combatir con múltiples rivales, ya que podía golpear y bloquear con ambos extremos, y en muchos casos a la vez, lo que en aquel preciso momento le estaba resultando muy útil. Jadeaba, con la respiración acelerada. El sudor le caía por la frente, se le acumulaba en los extremos de los ojos y le bañaba la espalda y la parte interior de los brazos. El fulgor de la batalla le había reducido el campo de visión y la luz rojiza parecía palpitar con los latidos de su corazón.

Nunca se había sentido tan vivo, o tan asustado, como cuando luchaba.

El también iba quedándose sin defensas; dado que había centrado su atención en incrementar las defensas de Saphira y Roran, sus propias defensas mágicas iban mermando, y el Ra'zac mas pequeño consiguió herirle en la rodilla izquierda. Aquella herida no suponía una amenaza letal, pero aun así era grave, ya que le impediría aguantar todo el peso del cuerpo con la pierna izquierda.

Agarrando el bastón por la punta de la base, Eragon lo balanceo como una maza y golpeó a uno de los Ra'zac sobre la cabeza. Este cayó al suelo, pero no podía estar seguro de si estaría muerto o inconsciente. Avanzo hacia el otro, aporreándolo en los brazos y los hombros y con un giro repentino del cuerpo, le arrancó la espada de la mano.

Antes de que Eragon pudiera acabar con los Ra'zac, el Lethrblaka del ala rota, cegado, emprendió el vuelo por la cueva y fue a chocar contra la pared contraria, lo que provocó un desprendimiento de cascotes del techo. La imagen y el estruendo eran tan impresionantes que hicieron que Eragon, Roran y el Ra'zac se encogieran y se giraran por puro instinto. Saphira salto sobre el Lethrblaka tullido, al que acababa de patear; y clavo los dientes en el dorso del duro cuello de aquella bestia. El Lethrblaka se revolvió en un ultimo esfuerzo por liberarse, pero Saphira agito la cabeza de lado a lado y le rompió el espinazo. Se aparto de su presa ensangrentada y lleno la cueva con un salvaje rugido de victoria.

El Lethrblaka que quedaba no lo dudo un instante. Embistió a Saphira y le clavo las garras bajo los bordes de las escamas, lo que provocó que se revolcara descontroladamente. Juntos, rodaron hasta el borde de la cueva, se tambalearon medio segundo y luego cayeron, perdiéndose de vista, sin dejar de pelear. Fue una táctica inteligente, puesto que sirvió para apartar al Lethrblaka del alcance de los sentidos de Eragon, y si no podía detectarlo, difícilmente podría lanzarle un hechizo.

¡Saphira! —gritó Eragon.

Ocúpate de lo tuyo. Este no se me escapa.

Eragon se giro justo a tiempo para observan con un respingo, como los Ra'zac desaparecían en las profundidades del túnel mas proximo, el mas grande apoyado en el pequeño. Tras cerrar los ojos, Eragon localizo las mentes de los prisioneros de Helgrind, murmuro algo en el idioma antiguo y luego le dijo a Roran:

—He sellado la celda de Katrina para que los Ra'zac no puedan usarla como rehén. Ahora solo tu y yo podemos abrirla.

—Bien —dijo Roran entre dientes—. ¿Puedes hacer algo con esto? —añadió, señalando con la barbilla la herida que se cubría con la mano derecha. Por entre los dedos le manaba la sangre. Eragon examino la herida. En cuanto la toco, Roran se estremeció y dio un paso atrás.

—Has tenido suerte —dijo Eragon—. La espada ha dado contra una costilla. —Coloco una mano sobre la herida y la otra sobre los doce diamantes ocultos en el interior del cinturón de Beloth *el Sabio*, que llevaba en la cintura, y recurrió al poder que había almacenado en el interior de las gemas—. ¡Waíse heill! —grito, y una onda mágica recorrió el costado de Roran, recomponiendo la piel y el músculo.

A continuación, Eragon se curo su herida, el profundo corte en la rodilla izquierda.

Cuando hubo acabado, se enderezo y miro en dirección al lugar por donde había desaparecido Saphira. Su conexión iba haciéndose mas tenue a medida que la dragona se acercaba al lago Leona persiguiendo al Lethrblaka. Habría querido ayudarla, pero sabia que, de momento, tendría que arreglárselas sola.

—Date prisa —advirtió Roran—. ¡Se escapan!

—Tienes razón.

Tras levantar el bastón, Eragon se acerco al oscuro túnel y recorrio con la vista cada saliente de la roca, a la espera de que los Ra'zac aparecieran de un salto tras cualquiera de ellos. Avanzo despacio, para que sus pasos no resonaran por la sinuosa galería. Puso la mano sobre una roca para apoyarse y noto que estaba cubierta de un limo viscoso.

Tras unos cuantos metros, curvas y quiebros, la caverna principal quedo fuera del alcance de su vista y la oscuridad se hizo tan intensa que ni siquiera Eragon veía nada.

—A lo mejor tu si, pero yo no puedo luchar a oscuras —susurro Roran.

—Si enciendo una luz, los Ra'zac no se nos acercaran, ahora que

sé un hechizo que funciona con ellos. Se ocultaran hasta que nos vayamos. Tenemos que matarlos mientras podamos.

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo? Es mas probable que me dé contra un muro y me rompa la nariz antes de que encuentre a esas dos cucarachas. .. Podrían colocarse detrás de nosotros y apuñalarnos por la espalda.

—¡Shhh! Tú agarrote a mi cinturón, sígueme y estate preparado para agacharte.

Eragon no veía nada, pero aun así conservaba el oído, el olfato, el tacto y el gusto, y tenia estos sentidos lo suficientemente desarrollados como para hacerse una idea bastante exacta de lo que tenia alrededor. El mayor peligro era que los Ra'zac los atacaran a distancia, quizá con un arco, pero confiaba en que sus reflejos bastarían para que ambos se salvaran de cualquier proyectil.

Una corriente de aire acarició la piel de Eragon, se detuvo y luego se invirtió con el cambio de presión del exterior. El ciclo se repitió a intervalos irregulares, creando remolinos invisibles que le rozaban como chorros de agua.

Su respiración, y la de Roran, eran fuertes y entrecortadas, comparadas con el variado conjunto de sonidos que se propagaban por el túnel. Por encima del sople de su respiración, Eragon distinguía el ruido de alguna piedra rodando por entre el laberinto de túneles y el continuo repiqueteo de las gotas de agua condensada que resonaban contra la superficie de un estanque subterráneo como un tambor. También oía el crujido de la grava que aplastaba con las botas al caminar. Muy por delante percibía un misterioso y sostenido lamento. De los olores que le llegaban, ninguno era nuevo: sudor, sangre, humedad y moho. Paso a paso, Eragon fue abriendo camino por las entrañas de Helgrind. El túnel empezó a descender y en muchos casos se dividía o giraba, por lo que Eragon se habría perdido enseguida si no hubiera tenido la mente de Katrina como referencia. Los diversos agujeros recortados que encontraban eran bajos y estrechos. En un momento dado, Eragon se golpeo la cabeza contra el techo, y un repentino ataque de claustrofobia puso a prueba sus nervios.

*Ya estoy aquí* —anunció Saphira justo cuando Eragon puso el pie sobre un irregular escalón tallado en la roca bajo sus pies. Se detuvo un momento. Saphira no había sufrido mas heridas, lo que le aliviaba.

*¿Y el Lethrblaka?*

*Florando panza arriba en el lago Leona. Me temo que algunos pescadores nos vieron luchar. Cuando los vi por ultima vez estaban remando hacia Dras-Leona.*

*Bueno, no se puede evitar. Mira a ver qué encuentras en el túnel por el que salieron los Lethrblaka. Y atenta a los Ra'zac. Puede que intenten esquivarnos y huir de Helgrind por la entrada que usamos nosotros. Probablemente tengan un refugio a nivel del suelo.*

*Probablemente, pero no creo que corran ya dernasiado.*

Tras lo que les pareció una hora atrapados en la oscuridad —aunque Eragon sabía que no podían haber sido mas de diez o quince minutos— y después de descender mas de treinta metros por el interior de Helgrind, Eragon se detuvo en una plataforma de piedra nivelada. Transmitiendo sus pensamientos a Roran, le dijo:

*La celda de Katrina esta aquí delante, a unos quince metros, a la derecha.*

*No podernos arriesgarnos a sacarla hasta que los Ra'zac estén muertos o hayan huido.*

*¿Y si se ocultan hasta que la saquemos? Por algún motivo, no los detecto. Podrían esconderse eternamente. Así pues, ¿esperarnos indefinidamente o liberamos a Katrina ahora que tenemos la posibilidad? Puedo protegerla de la mayoría de los ataques con algunos hechizos.*

Roran se quedo pensando un segundo.

*Liberárnosla, entonces.*

Volvieron a ponerse en marcha, tanteando el bajo pasillo de suelo áspero. Eragon tenia que dedicar casi toda su atención a colocar bien los pies para no perder el equilibrio, por lo que casi se le pasa por alto el ruido del roce de una tela sobre otra y el leve ruido elástico que se produjo a su derecha. Se echo contra la pared, empujando a Roran. Al mismo tiempo, algo le paso frente al rostro, rozándole la mejilla derecha y dejándole un surco en la piel. La fina herida le quemaba como una cauterización.

—¡Kveykva! —gritó Eragon.

De pronto se creo una luz roja, brillante como el sol de mediodía. No tenia una fuente concreta, por lo que iluminaba todas las superficies por igual y sin sombras, dándoles a las cosas un curioso aspecto liso. El repentino resplandor sorprendió al propio Eragon, pero hizo algo mas que eso con el Ra'zac solitario que tenia delante; la criatura bajo el arco, se cubrió el rostro encapuchado y soltó un agudo quejido. Un chillido parecido le indico a Eragon que el segundo Ra'zac estaba tras ellos.

*¡Roran!*

Eragon se giro justo a tiempo para ver a Roran, que cargaba contra el otro Ra'zac, martillo en ristre. El monstruo, desorientado, retrocedió a trompicones, pero fue demasiado lento. El martillo cayó:

—¡Por mi padre! —grito Roran. Volvió a golpear—. ¡Por nuestra casa! —insistió. El Ra'zac ya estaba muerto, pero el chico levanto el martillo una vez mas—. ¡Por Carvahall!

Su golpe definitivo rompió el caparazón del Ra'zac como la cascara de una calabaza seca. Con aquella luz implacable de color rubí, el charco de sangre que se iba formando parecía morado. Girando el bastón en un círculo para protegerse de la flecha o la espada que esperaba encontrarse de frente, Eragon volvió a girarse de cara al otro Ra'zac. El túnel que se abría ante él estaba vacío. Soltó una maldición.

Eragon se abalanzo sobre la desfigurada bestia tirada en el suelo. Hizo girar el bastón sobre la cabeza y lo clavo como una estaca en el pecho del Ra'zac muerto con un golpe sordo.

—Hacia mucho tiempo que quería hacer esto —dijo Eragon.

—Igual que yo —respondió Roran. Los dos se miraron.

—¡Ahh! —grito Eragon, y se llevo la mano a la mejilla, que le dolía cada vez mas.

—¡Sale espuma! —exclamo su primo—. ¡Haz algo!

«Los Ra'zac deben de haber mojado la cabeza de la flecha con aceite de Seithr», pensó Eragon. Recordó su entrenamiento, se limpio la herida y el tejido de alrededor con un hechizo y luego reparo la lesión del rostro. Abrió y cerro la boca varias veces para asegurarse de que los músculos funcionaban correctamente. Con una sonrisa forzada, dijo:

—imagínate en qué estado estaríamos sin la magia.

—Sin la magia, no tendríamos que preocuparnos de Galbatorix.

*Dejad la charla para mas tarde —intervino Saphira—. En cuanto esos pescadores lleguen a Dras-Leona, el rey puede enterarse de nuestra incursión por boca de uno de sus magos de la ciudad; y no queremos que Galbatorix se ponga a buscar por Helgrind mientras aún estamos aquí*

Sí sí —dijo Eragon.

Apagó la luz roja que lo cubría todo y prosiguió:

—¡Brisingr raudhr!

Apareció una luz roja como la de la noche anterior; solo que ésta quedo colgada a quince centímetros del techo en vez de acompañar a Eragon allá donde fuera.

Ahora que tenia ocasión de examinar el túnel con detalle, vio que la galería de piedra daba a una veintena de puertas de hierro, unas cuantas a cada lado. Señalo y dijo:

—La novena de la derecha. Ve a buscarla. Yo comprobaré las otras celdas. Puede que los Ra'zac hayan dejado algo interesante en ellas.

Roran asintió. Se agacho y registro el cadáver que tenía a sus pies, pero no encontré ninguna llave.

—Tendré que hacerlo a lo bruto —dijo, encogiéndose de hombros.

Fue corriendo a la puerta indicada, dejó el escudo y se puso a golpear las bisagras con el martillo. Cada golpe producía un ruido espantoso. Eragon no se ofreció a ayudarlo. Su primo no quería que le ayudaran en aquel momento, y además Eragon tenía otras cosas que hacer. Fue hasta la primera celda, susurro tres palabras y al oír un chasquido, empujó la puerta. Lo único que contenía la pequeña cámara era una cadena negra y un montón de huesos putrefactos. No esperaba encontrar nada más que aquellos tristes restos; ya sabía donde se encontraba el objeto de su búsqueda, pero siguió fingiendo ignorancia para evitar despertar las sospechas de Roran.

Dos puertas más se abrieron y se cerraron al contacto de los dedos de Eragon. Luego, en la cuarta celda, la puerta se abrió y dejó paso a los rayos de la mágica luz. Tras ella apareció el hombre que menos habría querido encontrarse: Sloan.

## *Caminos separados*

**E**l carnicero estaba sentado, desplomado contra la pared izquierda, con ambos brazos encadenados a una anilla de hierro sobre la cabeza.

Sus harapos apenas le cubrían el cuerpo, pálido y descarnado; los huesos se le marcaban bajo la piel apergaminada, que también dejaba a la vista unas prominentes venas azules. En las muñecas se le habían formado llagas con el contacto de las argollas. Las úlceras supuraban una mezcla de sangre y un liquido claro. Lo que le quedaba de pelo se le había vuelto gris o blanco y se caía en mechones lacios y grasientos sobre el rostro picado de viruelas.

Sloan reacciona ante el estruendo del martillo de Roran y levanta la barbilla hacia la luz. Con una voz temblorosa, pregunta:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

El cabello se le separa y le resbala hacia atrás, con lo que dejó al descubierto las cuencas de los ojos. Allí donde debían de estar los párpados, solo le quedaban unos jirones de piel destrozada colgando sobre unas cavidades que se adentraban en el cráneo. Los tejidos de alrededor estaban llenos de heridas y costras.

Eragon se quedó impresionado al darse cuenta de que los Ra'zac le habían arrancado los ojos.

No podía decidir qué hacer. El carnicero había contado a los Ra'zac que Eragon había encontrado el huevo de Saphira. Es más, Sloan había matado a Byrd, el guardia, y había entregado Carvahall al Imperio. Si lo llevaba ante sus vecinos, sin duda lo juzgarían culpable y lo condenarían a morir en la horca.

Le parecía indudable que el carnicero debía pagar por sus delitos. Aquél no era el motivo de sus dudas, sino más bien el hecho de que Roran amara a Katrina y que ésta, pese a todo lo hecho por Sloan, debía de albergar cierto cariño por su padre. Observar a un árbitro denunciando públicamente las ofensas de Sloan y verlo colgado en la horca no debía de ser nada fácil para ella ni, por extensión, para Roran.

Aquello podría incluso crear un enfrentamiento entre ambos que quizá bastara para poner fin a su compromiso. De cualquier modo, Eragon estaba convencido de que llevarse a Sloan consigo sembraría la discordia entre él, Roran, Katrina y sus vecinos, y que podría provocar diferencias que les distrajeran de su lucha contra el Imperio.

«La solución mas fácil —pensó Eragon— sería matarlo y decir que me lo he encontrado muerto en la celda...» Los labios le temblaron; la lengua le pesaba con aquellas palabras de muerte.

—¿Qué queréis? —preguntó Sloan, agitando la cabeza de lado a lado en un intento por oír mejor—. ¡Ya os he dicho todo lo que sé!

Eragon se maldijo por dudar. Sobre la culpabilidad de Sloan no cabía duda; era un asesino y un traidor. Cualquier tribunal habría ordenado su ejecución.

Pero a pesar de lo irrefutable de sus argumentos, el que tenía hecho un ovillo ante sí era Sloan, un hombre al que Eragon conocía desde siempre. Quizás el carnicero fuera una persona despreciable, pero el montón de recuerdos y experiencias que Eragon compartía con él le creaban una sensación de intimidad que le remordía la conciencia. Matar a Sloan sería como levantar la mano contra Horst, Loring o cualquiera de los ancianos de Carvahall.

Una vez mas Eragon se dispuso a pronunciar la palabra definitiva.

Una imagen se le apareció en la mente: Torkenbrand, el esclavizador con el que él y Murtagh se habían encontrado durante su travesía hacia la ciudad de los vardenos, de rodillas sobre el polvo, y Murtagh que se le acercaba con paso firme y lo decapitaba. Eragon recordó como se había opuesto a la iniciativa de Murtagh y lo que le había afectado días después.

«He cambiado tanto —se preguntó— que ahora soy capaz de hacer yo lo mismo? Tal como ha dicho Roran, he matado, si, pero solo en el calor de la batalla... Nunca así.»

Miro por encima del hombro al tiempo que Roran reventaba la ultima bisagra de la puerta de la celda de Katrina. El chico dejo el martillo en el suelo y se preparo para cargar contra la puerta y derribarla, pero aparentemente se lo pensó mejor e intento arrancarla del marco. La puerta se levanto apenas un centímetro, luego se bloqueo y se tambaleo sin soltarse.

—¡Échame una mano! —gritó—. ¡No quiero que se caiga encima de ella!

Eragon miro de nuevo hacia el carnicero, hecho un despojo. No tenía tiempo para mas divagaciones. Tenía que elegir. Una cosa o la otra, tenía que elegir...



—¡Eragon!

«No sé que es lo correcto», reconoció Eragon. Su propia inseguridad le convenció de que estaría mal matar a Sloan o llevarlo ante los vardenos. No se le ocurría que otra cosa podía hacer salvo encontrar un tercer camino, uno que fuera menos obvio y menos violento.

Levantando la mano, como si fuera a bendecirlo, Eragon murmuró:

—Slytha.

Las cadenas de Sloan tintinearón al desplomarse, cayendo en un profundo sueño. En cuanto se hubo asegurado de que el hechizo había funcionado, cerró la puerta de nuevo y volvió a protegerla con su magia.

*¿Que te propones, Eragon?—le pregunto Saphira.*

*Espera a que estemos juntos de nuevo. Entonces te lo explicaré.*

*¿Explicarme qué? No tienes un plan.*

*Dame un minuto y lo tendré.*

—¿Que había ahí dentro? —preguntó Roran, cuando Eragon ocupó su lugar frente a él.

—Sloan —respondió su amigo, agarrando bien su lado de la puerta—. Está muerto.

Roran puso unos ojos como platos.

—¿Como?

—Parece que le han roto el cuello.

Por un instante, temió que Roran no le creyera. Su primo soltó un grunido.

—Supongo que es mejor así. ¿Listo? Uno, dos, tres. ..

Entre los dos sacaron la enorme puerta de su marco y la tiraron en mitad del corredor. El pasaje de piedra devolvió el eco del ruido creado al desplomarse una y otra vez. Roran no perdió un momento y se adentró en la celda, que estaba iluminada por una única vela de cera. Eragon le siguió, un paso por detrás.

Katrina estaba encogida en el extremo de un catre de hierro:

—¡Dejadme en paz, bestias desdentadas! Yo... —empezó, pero se quedó paralizada cuando vio entrar a Roran. Tenía el rostro blanco por la falta de sol y estaba cubierta de suciedad, pero en aquel momento aquella mirada maravillada y llena de amor y ternura iluminó sus rasgos. Eragon pensó que pocas veces había visto a alguien tan bello.

Sin quitarle los ojos de encima a Roran, Katrina se puso en pie y con una mano temblorosa, le tocó la mejilla.

—Has venido.

—He venido.

Con una risa entrecortada por el llanto, Roran la cogió entre sus brazos, apretándola contra su pecho. Se quedaron perdidos en el abrazo durante un largo rato.

Roran se echo atrás y la beso tres veces en los labios, Katrina arrugo la nariz.

—¡Te has Dejado barba! —exclamó.

Con todas las cosas que podía haber dicho, aquello fue tan inesperado que Eragon chasqueo la lengua. Ella se dio cuenta de su presencia en aquel momento. Lo miró y se fijo en su cara, que estudió con evidente asombro.

—¿Eragon? ¿Eres tu?

—Si.

—Ahora es Jinete de Dragón—dijo Roran.

—¿Jinete? Quieres decir... —Katrina se quedo sin palabras; aparentemente aquella revelación la dejo sobrecogida. Miro a Roran, como si buscara protección, estrecho el abrazo y lo interpuso entre ella y Eragon—. ¿Como..., como nos has encontrado? ¿Quién mas te acompaña?

—Todo eso mas tarde. Tenemos que salir de Helgrind antes de que todo el Imperio acuda tras nosotros.

—¡Espera! ¿Y mi padre? ¿Lo habéis encontrado?

Roran miro a Eragon y luego devolvió la mirada a Katrina.

—Hemos llegado tarde —le dijo, suavemente.

Un escalofrío recorrió a Katrina. Cerro los ojos y una lagrima solitaria le surcó la mejilla.

—Así sea.

Mientras hablaban, Eragon intentaba pensar frenéticamente qué hacer con Sloan, aunque ocultaba sus deliberaciones a Saphira; sabia que ella no estaría de acuerdo con la dirección que estaban tomando sus pensamientos, Empezó a pensar en cierta solución. Era un concepto descabellado, lleno de peligros e incertidumbres, pero era la única salida viable, dadas las circunstancias.

Abandono sus reflexiones y se puso en acción. Tenia mucho que hacer y poco tiempo.

—¡Jierda! —gritó, señalando las argollas de los tobillos de Katrina, que se abrieron con una explosión de chispas azules y fragmentos que salieron volando.

Katrina se puso en pie de un salto, sorprendida.

—Magia... —murmuró.

—Es un simple hechizo.

Ella se encogió, evitando el contacto con él cuando se le acercó.

—Katrina. tengo que asegurarme de que Galbatorix o alguno de sus magos no te ha hechizado con alguna trampa ni te ha obligado a realizar juramentos en el idioma antiguo.

—El idioma...

—¡Eragon! —la interrumpió Roran—. Hazlo cuando acampemos. No podemos quedarnos aquí.

—No —dijo Eragon, cortando el aire con el brazo—. Lo hacemos ahora.

Con el ceño fruncido, Roran se apartó dejando que Eragon pusiera las manos sobre los hombros de Katrina.

—Tú sólo mírame a los ojos —le dijo. Ella asintió y obedeció.

Aquella fue la primera vez que Eragon tenía motivo para usar los hechizos que Oromis le había enseñado para detectar el trabajo de otros hechiceros, y le costaba recordar cada palabra de los tratados de Ellesméra. Las lagunas en su memoria eran tan grandes que en tres momentos diferentes tuvo que confiar en algún sinónimo para completar un hechizo.

Durante un buen rato, Eragon se quedó mirando fijamente los brillantes ojos de Katrina y pronunció frases en el idioma antiguo, examinando ocasionalmente —y con su permiso— alguno de sus recuerdos en busca de pruebas de cualquier intromisión. Fue lo más delicado posible, a diferencia de los Gemelos, que habían escrutado en su mente mediante un procedimiento similar el mismo día de su llegada a Farthen Dûr.

Roran montó guardia, caminando adelante y atrás frente a la puerta. A cada segundo que pasaba aumentaba su agitación; hacia girar el martillo y se daba golpecitos con la punta del arma en el muslo, como si siguiera el ritmo de una música.

—Ya esta —dijo por fin Eragon, que soltó a Katrina.

—¿Qué has encontrado? —susurró ella, cubriéndose con los brazos y frunciendo el ceño con expresión preocupada a la espera de su veredicto. Roran se quedó inmóvil y el silencio llenó la celda.

—Nada mas que tus propios pensamientos. Estas libre de cualquier hechizo.

—Claro que lo esta —gruñó Roran, y volvió a rodearla con sus brazos. Los tres salieron juntos de la celda.

—Brisingr, iet tauthr —dijo Eragon, haciendo un gesto hacia el punto de luz que aún flotaba junto al techo del pasillo. En respuesta, la esfera se trasladó a un punto justo sobre su cabeza y allí se quedó, oscilando como un trozo de madera sobre las olas.

Eragon se puso a la cabeza y retrocedieron por el laberinto de

túneles hacia la caverna por la que habían entrado. Mientras corrían por la lisa roca, mantuvo la guardia por si aparecía el Ra'zac restante, al tiempo que levantaba barreras de protección para Katrina. Tras él, oía que Roran y ella intercambiaban una serie de frases cortas y palabras sueltas: «Te quiero... Horst y los otros están bien". Siempre. Por ti... Sí. Sí. Sí. Sí». La confianza y el cariño que compartían eran tan evidentes que le provocaban una dolorosa nostalgia en su interior. Cuando estaban a unos diez metros de la caverna y empezaban a vislumbrar la luz frente a ellos, Eragon apago la esfera de luz. Un par de metros mas allá, Katrina redujo el paso, y luego se apretó contra la pared del tunel, cubriéndose el rostro.

—No puedo, hay demasiada luz; me duelen los ojos.

Roran enseguida se le puso delante, cubriéndola con su sombra.

—¿Cuándo fue la ultima vez que viste el sol?

—No lo sé... —respondió, con voz asustada—. ¡No lo sé! No he vuelto a salir desde que me metieron aquí. Roran, ¿me estoy quedando ciega? —sollozo, y se echo a llorar.

Sus lagrimas sorprendieron a Eragon. La recordaba como una persona muy fuerte. Pero había pasado muchas semanas encerrada en la oscuridad, temiendo por su vida. «En su lugar yo tampoco estaría entero», pensó.

—No, no te pasa nada. Solo tienes que acostumbrarte de nuevo al sol —la consoló Roran, que le paso la mano por el cabello—. Venga, no dejes que esto te agite. Todo va a ir bien... Ahora estas segura. Segura, Katrina. ¿Me oyes?

—Te oigo.

Aunque odiaba tener que romper una de las túnicas que le habían dado los elfos, Eragon arranco una tira de tela de la parte baja de su prenda. Se la paso a Katrina y le dijo:

—Átatela alrededor de los ojos. Deberías poder ver lo suficiente a través para evitar caerte o chocarte con algo.

Ella le dio las gracias y se tapo los ojos. Volvieron a ponerse en marcha y salieron a la caverna principal, iluminada por el sol y salpicada de sangre por todas partes. Apeataba mas incluso que antes, debido a los nocivos vapores que emitía el cuerpo del Lethrblaka. Saphira apareció de las profundidades del túnel ojival que tenían enfrente. Al verla, Katrina soltó un gemido y se aferro a Roran, clavandole los dedos en los brazos.

—Katrina, permíteme que te presente a Saphira —dijo Eragon—. Yo soy su Jinete. Si le hablas, te entenderá.

—Es un honor, señora dragona —consiguió decir Katrina, que flexiono las rodillas en una débil imitación de una reverencia.

Saphira a su vez inclino la cabeza. Luego se giro hacia Eragon.

*He buscado el nido de los Lethrblaka, pero lo único que he encontrado son huesos, huesos y más huesos, entre ellos algunos que olían a carne fresca. Los Ra'zac debieron de comerse a los esclavos anoche.*

*Ojala los hubiéramos podido rescatar.*

*Si, pero no podemos proteger a todo el mundo en esta guerra.*

Haciendo un gesto hacia Saphira, Eragon dijo:

—Venga, subid. Yo vendré dentro de un momento.

Katrina dudo; luego echo una mirada a Roran, que asintió.

—No pasa nada —le susurro—. Saphira fue quien nos trajo aquí. La pareja rodeo el cadáver de Lethrblaka y se acerco a Saphira, que se estiro sobre el vientre para que pudieran montar. Juntando las manos en forma de estribo, Roran izo a Katrina lo suficiente para que pudiera trepar a la parte superior de la pata izquierda de Saphira. desde allí trepo por las tiras de cuero de la silla, como si fuera una escalera de cuerda, hasta conseguir sentarse sobre los hombros de Saphira. Como una cabra montés saltando de un risco a otro, Roran trepo tras ella.

Eragon atravesó la caverna después de ellos y examino a Saphira, evaluando la gravedad de sus diversos arañazos, heridas, rasguños, golpes y picotazos. Para hacerlo, se baso mas en lo que sentía ella que en lo que veía él mismo.

*Por Dios —dijo Saphira—, guárdate tus cuidados para cuando estemos fuera de peligro. No voy a desangrarme.*

*Eso no es cierto del todo, y lo sabes. Tienes una hemorragia interna. A menos que la detenga ahora, puede que sufras complicaciones que no puedo curar; y entonces no podremos volver nunca con los vardenos. No discutas; no puedes hacerme cambiar de opinión, y no tardaré ni un minuto.*

En realidad, Eragon tardo varios minutos en curar a Saphira. Sus lesiones eran tan graves que, para llevar a cabo sus hechizos, tuvo que agotar la energía del cinturón de Beloth *el Sabio*, y además, recurrir a las grandes reservas de fuerza de Saphira. Cada vez que pasaba de una gran herida a otra menor ella protestaba, y le decía que era un inconsciente y que por favor lo dejara, pero él hacia caso omiso a sus quejas, lo que la contrariaba cada vez mas.

Por fin, Eragon quedo exhausto de tanta magia y tanto combate. Indicando con el dedo los puntos en los que le habían clavado el pico los Lethrblaka, dijo:

*Deberías ir a que Arya u otro elfo supervisara la cura que te he practicado en esos puntos. He hecho lo que he podido, pero puede que se me haya pasado algo.*

*Te agradezco que te preocupes por mi bienestar —replico ella—, pero éste es el lugar menos indicado para demostraciones de afecto. ¡Vamonos de una vez por todas!*

*Si. Hora de irse.*

Eragon dio un paso atrás y se fue alejando de Saphira en dirección al tunel que se abría tras él.

—¡Venga! —le apremio Roran—. ¡Date prisa!

¡Eragon! —exclamo Saphira.

—No, me quedo aquí —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Pero... —protesto Roran, a quien interrumpió un feroz gruñido de Saphira, que golpeo la cola contra la pared de la cueva y que rasco el suelo con los espolones, con lo que creo un chirrido agónico al rozar el hueso con la roca.

—¡Escuchad! —grito Eragon—. Uno de los Ra'zac sigue suelto. Y pensad qué mas puede esconderse en Helgrind: manuscritos, pociones, información sobre las actividades del Imperio... ¡Cosas que pueden sernos útiles! A lo mejor incluso hay huevos de Ra'zac almacenados en este lugar. Si es así, tengo que destruirlos antes de que Galbatorix los reclame.

A Saphira, Eragon también le dijo:

*No puedo matar a Sloan. No puedo dejar que Roran y Katrina lo vean, y no puedo dejar que muera de hambre en su celda o que los hombres de Galbatorix vuelvan a capturarlo. Lo siento, pero tengo que ocuparme de Sloan a mi manera.*

—¿Como escarpas del Imperio? —le pregunto Roran.

—Correré. Ahora soy tan rápido como un elfo, ya sabes.

Saphira agito la punta de la cola. Fue el único aviso que recibió Eragon antes de que la dragona saltara en su dirección, extendiendo una de sus brillantes patas. El echo a correr, metiéndose en el túnel una fracción de segundo antes de que la pata de Saphira pasara por el espacio en el que se encontraba. Saphira freno al llegar a la boca del túnel y gruño de rabia por no poder seguirle por el pequeño pasadizo. Su volumen prácticamente bloqueaba la entrada de luz. La piedra que rodeaba a Eragon se agito cuando Saphira rasco la entrada con unas y dientes, arrancando gruesos pedazos de roca. Su fiero hocico y la vision de las acometidas de su morro, poblado de dientes mas largos que el antebrazo de Eragon, le provocaron una sacudida de miedo que le recorrió el espinazo. Entonces entendió como debía de sentirse un

conejo oculto en su guarida mientras un lobo excava en la boca de la madriguera.

—¡Gánga! —gritó.

¡No! —Saphira apoyo la cabeza en el suelo y emitió un lamento desconsolado, mirándole con sus ojos grandes y llenos de pena.

—¡Gánga! Te quiero, Saphira, pero tienes que irte.

Ella retrocedió unos metros y resoplo, maullando como un gato.

*Pequeño...*

Eragon odiaba darle un disgusto, y odiaba separarse de ella; era como si se arrancara una parte de si mismo. La tristeza de Saphira le llevo a través de su vinculo mental y, combinada con su propia angustia, lo dejó casi paralizado. De algún modo encontró la entereza para decir:

—¡Ganga! Y no vuelvas a buscarme ni envíes a nadie. Estaré bien. ¡Gánga! ¡Gánga!

Saphira soltó un aullido de frustración y, a pesar suyo, caminó hasta la boca de la cueva. Desde su puesto, montado en la silla, Roran dijo:

—¡Venga, Eragon! No seas bobo. Eres demasiado importante como para arriesgar...

Una combinación de ruido y movimiento eclipsó el resto de su frase en el momento en que Saphira se lanzó desde la cueva. En el cielo azul que se abría ante ellos, sus escamas brillaban como un manto de brillantes diamantes azules. Eragon pensó que era majestuosa: orgullosa, noble y mas bella que ninguna otra criatura viva. Ningún ciervo ni ningún león podían competir con la majestuosidad de un dragón volando.

Una semana: eso es lo que esperé. Luego volveré a por ti, Eragon, aunque tenga que enfrentarme a Espina, a Shruikan y a mil magos más.

Eragon se quedó de pie, mirando hasta que la perdió de vista y la conexión mental desapareció. Entonces, con un gran peso en el corazón, se encogió de hombros y dio la espalda al sol, a la luz y a los seres vivos, y se introdujo una vez mas por entre las tinieblas de aquellos túneles.

## *Jinete y Ra'zac*

**E**ragon se sentó, bañado por la luz fría de su esfera de luz carmesí, en la sala flanqueada por celdas, cerca del centro de Helgrind. Tenía el bastón atravesado sobre el regazo.

La roca devolvía el eco de su voz, que iba repitiendo una frase en idioma antiguo una y otra vez. No era magia, sino más bien un mensaje al Ra'zac restante. Lo que decía significaba esto: «Ven, comedor de carne humana, acabemos con nuestra lucha. Tu estás herido, y yo estoy cansado. Tus compañeros están muertos, y yo estoy solo. Es una pelea justa. Te prometo que no usaré la magia ni te heriré ni te atraparé con los hechizos formulados antes. Ven, comedor de carne humana, acabemos con nuestra lucha...».

El rato que paso pronunciando aquellas palabras le pareció interminable: un periodo indefinido en una lúgubre cámara en la que nada cambiaba con el paso de aquella repetición cíclica de palabras cuyo orden y significado dejó de tener sentido para él. Al cabo de un tiempo, sus vociferantes pensamientos dieron paso al silencio y una extraña sensación de calma se apoderó de él.

Por un momento se quedó con la boca abierta, atento a lo que tenía delante.

Ante él, a diez metros, se encontraba el Ra'zac. Por el borde de las ropas de la criatura, hechas jirones, goteaba sangre.

—Mi maessstro no quiere que te mate —siseó.

—Pero eso a ti ahora no te importa.

—No. Si muero bajo tu bastón, Galbatorix que haga lo que quiera contigo. Tiene más corazonesss que tu.

—¿Corazones? —replicó Eragon, riéndose—. Yo soy el defensor del pueblo, no él.

—Niño tonto —dijo el Ra'zac, ladeando ligeramente la cabeza y mirando tras él, hacia donde se encontraba el cadáver del otro Ra'zac, algo más allá. Ecllosionamos de la misma puesta de huevos. Te has



vuelto fuerte desde que nos vimos la primera vez, Asesino de Sombra,

—No tenía opción.

—¿Quieres hacer un pacto conmigo, Asesino de Sombra?

—¿Qué tipo de pacto?

—Yo soy el último de mi raza, Asesino de Sombra. Somos antiguos, y no querría que nos olvidaran. ¿Querrías, en tus canciones y tus historias, recordar a los otros humanos el terror que inspiramos en vuestra raza...? ¡Recuérdanos como criaturas «temibles»!

—¿Por qué iba a hacer eso?

Inclinando el pico hacia su estrecho pecho, el Ra'zac chasqueó y emitió un gorjeo unos momentos.

—Porque te diré algo secreto. Sí, lo haré —respondió.

—Pues dímelo.

—Primero dame tu palabra, no seas que me engañes.

—No. Dímelo, y decidiré si acepto el trato o no.

Paso más de un minuto y ninguno de los dos se movió, aunque Eragon mantuvo los músculos tensos y preparados, por si recibía un ataque por sorpresa. Tras otra serie de chasquidos cortantes, el Ra'zac dijo:

—Cassi ha encontrado el «nombre».

—¿Quién?

—Galbatorix.

—¿El nombre de qué?

—¡No puedo decírtelo! —siseo, furioso, el Ra'zac—. ¡El nombre! ¡El nombre real!

—Tendrás que darme más información.

—¡No puedo!

—Entonces no hay trato.

—¡Maldito seas, Jinete! ¡Maldito seas! Que no encuentres hogar ni casa, ni paz en esta tierra tuya. ¡Que tengas que abandonar Alagaësia para nunca volver!

El vello de la nuca de Eragon se erizo ante el contacto frío del miedo. Recordó las palabras de Angela, la herbolaria, que le había lanzado los huesos de dragón y le había leído el futuro y predicho aquel mismo destino.

Un reguero de sangre separaba a Eragon de su enemigo; el Ra'zac echó atrás su capa empapada y dejó a la vista un arco que levanto, con la flecha ya encajada ante la cuerda. Levanto el arma, tiro y disparo en dirección al pecho de Eragon.

El desvió la flecha con su bastón.

Como si aquel intento no fuera mas que un consabido gesto preliminar que marcara la tradición antes de iniciar el combate real, el Ra'zac se detuvo, dejo el arco en el suelo, se ajusto la capucha y saco la hoja de su espada de entre los pliegues de tela. Al mismo tiempo, Eragon se puso en pie de un salto y separo las piernas, asiendo el bastón con fuerza.

Se lanzaron uno contra otro. El Ra'zac intento rajarlo desde la escápula a la cadera, pero Eragon se giro y evito el golpe. Empujo el extremo del bastón hacia arriba y clavo la punta de metal bajo el pico del Ra'zac, a través de las placas que protegían la garganta de la criatura.

El Ra'zac se estremeció por un momento y luego cayo desplomado.

Eragon se quedo mirando a su enemigo mas odiado, observo sus ojos negros sin parpados y de pronto cayo de rodillas y vomito contra la pared del pasillo. Se seco la boca, libero el bastón y susurro:

—Por nuestro padre. Por nuestra casa. Por Carvahall. Por Brom... He conseguido vengarme. Púdrete, Ra'zac.

Volvió a la celda de Sloan y lo encontró aun sumido en un sueño profundo. Cargo al carnicero en su hombro y empezó a deshacer el camino hacia la cueva principal de Helgrind. Por el camino tuvo que dejar a Sloan en el suelo varias veces para explorar alguna cámara o desvío que no había visitado anteriormente. En ellos descubrió muchos instrumentos del mal, entre ellos cuatro frascos metálicos con aceite de Seithr, que se apresto a destruir para que nadie mas pudiera usar aquel acido destructor con retorcidos fines.

La cálida luz del sol golpeo a Eragon en las mejillas cuando salio, trastabillando, del laberinto de túneles. Aguantando la respiración, paso a toda prisa junto al cadáver del Lethrblaka y se dirigió al borde de la enorme caverna. Una vez allí se quedo mirando la ladera vertical de Helgrind, en las colinas que quedaban por debajo. Al oeste vio una columna de humo anaranjado que surgía del camino que conectaba Helgrind con Dras-Leona, y que indicaba que se acercaba un grupo de jinetes.

El costado derecho le dolía ya de soportar el peso de Sloan, así que Eragon se cambio el peso al otro hombro. Parpadeo para quitarse las gotas de sudor que le colgaban de las pestañas e intento pensar en como iban a bajar hasta el suelo, casi dos mil metros por debajo.

—Hay casi dos kilómetros hasta el suelo —murmuro—. Si hubiera un camino, podría recorrer la distancia sin problemas, incluso con Sloan. Así que tendré que buscar la fuerza para bajar usando la magia... Sí, pero lo que normalmente llevaría cierto tiempo puede resultar demasiado agotador si se quiere hacer al instante, quizá letal. Tal como

dijo Oromis, el cuerpo no puede convertir sus reservas de combustible en energía lo suficientemente rápido como para soportar ciertos hechizos mas que unos segundos. Solo puedo disponer de cierta cantidad de energía en cada momento, y si acabo con ella, tengo que esperar a recuperarme... De todos modos, hablar solo tampoco me va a servir de nada.

Agarró bien a Sloan y fijo la vista en una estrecha cornisa unos treinta metros por debajo. «Esto va a doler», pensó, preparándose para el salto. Luego grito:

—¡Audr!

Eragon sintió que ascendía unos centímetros por encima del suelo de la caverna.

—¡Pram! —añadió, y el hechizo le impulso desde Helgrind al espacio abierto, donde quedo flotando, como una nube meciéndose por el aire. Pese a estar acostumbrado a volar con Saphira, el no ver nada más que aire bajo sus pies le provoco cierta inquietud.

Manipulando el flujo de magia, Eragon descendió enseguida desde la guarida de los Ra'zac —que volvía a ocultar la insustancial pared de roca— hasta la cornisa. Al aterrizar piso con la bota un trozo de roca suelta y durante unos segundos de infarto se tambaleó, buscando un lugar estable donde poner el pie pero sin poder mirar hacia abajo, ya que solo con mover la cabeza podía provocar que cayeran hacia delante. Pero la pierna izquierda perdió apoyo y con un grito entrecortado, empezó a caer. Antes de que pudiera recurrir a la magia para salvarse, se detuvo de pronto al conseguir apoyar el pie izquierdo en una grieta. Los bordes de la hendidura se le encajaron alrededor de la pantorrilla, tras la protección para la espinilla, pero no le importó, puesto que le servía de sujeción.

Eragon apoyo la espalda contra Helgrind para sujetar mejor el cuerpo de Sloan.

—No ha ido tan mal —observó. Le había supuesto un esfuerzo, pero no tanto como para que no pudiera seguir adelante—. Puedo hacerlo...

Volvió a fijarse en los jinetes. Estaban considerablemente mas cerca que antes y cruzaban el árido terreno al galope, a una velocidad preocupante. «Es una carrera entre ellos y yo —pensó—. Tengo que escapar antes de que lleguen a Helgrind. Seguro que hay magos entre ellos, y no estoy en condiciones de enfrentarme a los hechiceros de Galbatorix.» Miro a la cara a Sloan.

—Quizá podrías ayudarme, ¿eh? —dijo—. Es lo mínimo que puedes hacer teniendo en cuenta que me estoy jugando la vida y algo mas por ti.

La cabeza del carnicero rodó a un lado. Seguía perdido en el mundo de los sueños.

Con un gruñido, Eragon se separó de la pared.

—¡Audr! —volvió a decir, y de nuevo floto.

Esta vez recurrió a la fuerza de Sloan —por escasa que fuera—, no solo ala suya. Juntos se lanzaron como dos extraños pájaros por la escarpada ladera de Helgrind, hasta otra cornisa de anchura suficiente como para descansar.

Así fue como Eragon fue dirigiendo el descenso. No procedió en línea recta, sino que fue virando hacia la derecha, de modo que rodearon la ladera de Helgrind, ocultándose de los jinetes tras la masa de dura roca.

Cuanto mas cerca estaban del suelo, mas lentos iban. Eragon estaba absolutamente exhausto, y cada vez era menor la distancia que podía cubrir en cada tramo y mayor el tiempo que necesitaba para recuperarse durante las pausas entre saltos. Incluso levantar un dedo se convirtió en una tarea que le irritaba en extremo, además de resultar insoportablemente trabajosa. Iba sumiéndose en un calido y acogedor letargo que insensibilizaba su cuerpo y su mente hasta el punto de que la mas dura de las rocas le parecía blanda como una almohada al contacto con sus doloridos músculos.

Cuando por fin se dejó caer en el árido suelo —demasiado debilitado como para evitar que Sloan y él mismo se revolcaran en el polvo—, Eragon se quedó tendido, con los brazos doblados en un ángulo forzado bajo el pecho, y contemplo con los ojos entrecerrados los brillos amarillentos del cuarzo citrino incrustado en la pequeña roca que tenía a unos centímetros de la nariz. Sloan, a su espalda, le pesaba como un montón de lingotes de hierro. El aire salía de los pulmones de Eragon, pero no parecía que volviera a entrar. Su campo de visión se oscureció como si el sol estuviera cubriéndose de nubes. Un silencio mortal cubría el espacio entre cada latido de su corazón, y los latidos en si no eran mas que una leve palpitación. Eragon ya no era capaz de pensar con coherencia, pero en algún rincón de su mente tuvo conciencia de que estaba a punto de morir. Aquello no le asusto; al contrario, la perspectiva le reconforto, puesto que estaba agotado hasta un limite inimaginable, y la muerte le liberaría de la maltrecha carcasa de su cuerpo y le permitiría descansar para siempre. Desde arriba, por detrás de la cabeza, se acercó un abejorro gordo como su dedo pulgar. Revoloteo alrededor de su oreja y se quedó flotando junto a la roca, analizando los puntos de cuarzo, que eran del mismo tono amarillo intenso que las flores que salpicaban las colinas. Los co-

lores del abejorro brillaban a la luz de la mañana —cada pelo destacaba entre los otros a los ojos de Eragon— y sus alas en movimiento generaban un suave repiqueteo, como un tamborileo. Una capa de polen le recubría las puntas de las patas.

El abejorro era algo tan dinámico, tan vivo y tan bello que su mera presencia le devolvió a Eragon las ganas de vivir. Un mundo que contenía una criatura tan asombrosa como aquel abejorro era un mundo en el que valía la pena vivir.

Haciendo un esfuerzo supremo, saco la mano izquierda del pecho y se agarro al tallo leñoso de un arbusto cercano. Como una sanguijuela, una garrapata u otro parasito, extrajo toda la vida a la planta, dejándola seca y marrón. La energía que le atravesó de pronto le agudizó los sentidos. Tuvo miedo. Ahora que había recuperado el deseo de seguir viviendo, solo encontraba terror en la oscuridad de lo que se le presentaba por delante.

Arrastrándose, llego hasta otro arbusto y absorbió su fuerza vital; luego vino un tercer y un cuarto arbusto, y así hasta que consiguió recuperar toda su fuerza. Se puso en pie y miro atrás, hacia el rastro de plantas marrones que se extendían tras él; un sabor amargo le lleno la boca al ver lo que había provocado.

Eragon sabia que había sido descuidado con la magia y que su inconciencia podía haber condenado a los barrednos a una derrota segura si hubiera muerto. Al analizar lo ocurrido, su torpeza le hizo arrugar la nariz. «Brom me timaría de las orejas por haberme metido en este lío», pensó.

Volvió junto al demacrado carnicero y lo levanto del suelo. Luego se giro hacia el este y emprendió a paso ligero el camino que le alejaba de Helgrind, en busca de algún lugar donde ocultarse. Diez minutos mas tarde, cuando se detuvo para ver si lo seguían, vio una nube de polvo que surgía de la base de Helgrind, con lo que interpreto que los jinetes habían llegado a la oscura torre de piedra.

Sonrió. Los esbirros de Galbatorix estaban demasiado lejos para que uno de aquellos magos de poca entidad detectara su mente o la de Sloan. «Para cuando descubran los cuerpos de los Ra'zac, ya habré corrido una legua o mas. Dudo que para entonces sean capaces de encontrarme. Además, busaran a un dragón con su Jinete, no a un hombre viajando a pie», pensó.

Satisfecho de no tener que preocuparse ante un ataque Inminente, Eragon retomo el paso normal: una zancada constante y ligera que podría mantener todo el día.

En lo alto, el sol emitía brillos dorados y blancos. Ante él, un te-

reno silvestre y sin caminos se extendía a lo largo de muchas leguas hasta llegar a las casas mas apartadas de algún pueblecito. Y en su corazón renacieron una alegría y una esperanza nuevas.

¡Por fin habían muerto los Ra'zac!

Por fin su venganza era completa. Por fin había cumplido con su deber para con Garrow y Brom. Por fin podía desterrar el velo de miedo y rabia que se había ido creando desde la primera aparición de los Ra'zac en Carvahall. Le había llevado mas tiempo del esperado matarlos, pero ahora había cumplido con su misión, y era una gran misión. Se permitió disfrutar de la satisfacción por haber cumplido con tamaño logro, aunque hubiera sido con la ayuda de Roran y Saphira.

Sin embargo, sorprendentemente, su triunfo era agrídulce e iba acompañado de una inesperada sensación de pérdida. La caza de los Ra'zac había sido uno de sus últimos vínculos con la vida en el valle de Palancar y le pesaba eliminar aquel vinculo, por truculento que fuera. Es mas, la misión le había dado un objetivo en la vida, algo de lo que carecía; era el motivo que le había hecho dejar su hogar. Sin él, solo le quedaba un vacío en el lugar donde había alimentado su odio por los Ra'zac.

El hecho de que pudiera lamentar el fin de una misión tan terrible le consterno, y se juro evitar cometer el mismo error dos veces.

«Me niego a implicarme tan a fondo en mi lucha contra el Imperio, Murtagh y Galbatorix como para que pierda el interés por que pase a algo nuevo si llega la ocasión, o, peor aun, que busque prolongar el conflicto en vez de adaptarme a lo que venga después.» A continuación decidió dejar de darle vueltas a aquel pesar enfermizo y concentrarse en el alivio que sentía: alivio por haberse liberado de las exigencias de la campaña que se había impuesto, y por que sus únicas obligaciones eran las que se derivaban de su posición actual.

La euforia le hizo avanzar mas ligero. Con la desaparición de los Ra'zac, Eragon sintió como si por fin pudiera crearse una vida propia, basada no en lo que había sido, sino en lo que había llegado a ser: un Jinete de Dragón.

Sonrió al recortado horizonte y se ríó mientras corría, indiferente ante la posibilidad de que alguien pudiera oírle. Su voz resonó por el camino, rodeándole, y todo parecía de pronto nuevo, bello y esperanzador

## *Caminando solo*

*É*l estómago le rugía.

Estaba boca arriba, con las piernas dobladas, estirando los muslos después de una carrera más prolongada y con más peso que nunca cuando oyó aquel sonoro murmullo líquido que le surgía de las entrañas.

El ruido le resultó tan inesperado que Eragon se puso en pie de un respingo, agarrando el bastón.

El viento silbaba por el terreno yermo. El sol se había puesto y, en su ausencia, todo se cubrió de azul y púrpura. Nada se movió, salvo las briznas de hierba que se agitaban y Sloan, cuyos dedos se abrían y cerraban lentamente en respuesta a alguna visión que tenía en sueños. Un frío penetrante anunció la llegada de la noche.

Eragon se relajó y se permitió una breve sonrisa.

Su tranquilidad enseguida desapareció, cuando cayó en la cuenta del origen de su malestar. Luchar contra los Ra'zac, formular tantos hechizos y cargar con Sloan sobre los hombros durante la mayor parte del día le había dejado tan hambriento que se imaginó que, si pudiera retroceder en el tiempo, se podría comer el festín entero que habían cocinado los enanos en su honor durante su visita a Tarnag. El recuerdo del aroma del Nagra asado —el jabalí gigante—, caliente, penetrante, sazonado con miel y especias y chorreante de grasa, bastó para que la boca se le hiciera agua.

El problema era que no llevaba provisiones. Encontrar agua sería bastante fácil; podía extraer la humedad del terreno cuando quisiera. Pero encontrar comida en aquel desolado lugar no sólo resultaba mucho más difícil, sino que le planteaba un dilema moral que querría evitar.

Oromis había dedicado muchas de sus lecciones a los diversos climas y regiones geográficas que existían en Alagaësia. Así que, cuando Eragon abandonó el campamento para explorar los alrededores, pudo

identificar la mayoría de las plantas que encontró. Había pocas que fueran comestibles, y de ellas, ninguna era lo suficientemente grande o abundante como para poder elaborar una comida para dos hombres adultos en un tiempo razonable. Seguro que los animales del lugar habrían almacenado reservas de semillas y frutas, pero no tenía ni idea de dónde empezar la búsqueda. Por otra parte, tampoco pensaba que un ratón del desierto hubiera podido almacenar más que unos puñados de comida.

Aquello le dejaba dos opciones, y ninguna de las dos le seducía: podía —como había hecho antes— extraer la energía de las plantas e insectos de los alrededores. El precio sería dejar un rastro de muerte en la tierra, un páramo en el que no quedaría vida, ni siquiera minúsculos organismos en la tierra. Y aunque aquello pudiera servirles para sobrevivir a él y a Sloan, las transfusiones de energía distaban mucho de resultar satisfactorias, ya que no llenaban el estómago.

O podía cazar.

Eragon frunció el ceño y clavó la punta del bastón en el suelo. Después de haber compartido los pensamientos y los deseos de tantos animales, le repugnaba pensar siquiera en comerse uno. No obstante, no podía quedarse sin fuerzas, y quizá permitir que el Imperio lo capturara por saltarse la cena para salvarle la vida a un conejo. Tal como habían señalado Saphira y Roran, todo ser vivo sobrevivía comiéndose a otros. «El nuestro es un mundo cruel —pensó—, y no puedo cambiarlo... Puede que los elfos hagan bien en evitar la carne, pero en este momento tengo una gran necesidad. Me niego a sentirme culpable si las circunstancias me obligan a esto. No es un pecado disfrutar de un pedazo de panceta, de trucha o de lo que tengas a mano.»

Siguió convenciéndose con diversos argumentos, aunque seguía sintiendo la repulsión en el estómago. Durante casi media hora, se quedó inmóvil, incapaz de hacer algo que la lógica le decía que era necesario. Entonces se dio cuenta de lo tarde que era y soltó un exabrupto por el tiempo perdido; necesitaba descansar todo lo que pudiera.

Se armó de valor y extendió los tentáculos de su mente, buscando por el terreno hasta que localizó dos grandes lagartos y, en una madriguera arenosa, una colonia de roedores que le parecieron un cruce entre rata, conejo y ardilla.

—Deyja —dijo Eragon, y mató a los lagartos y a uno de los roedores. Murieron al instante y sin dolor, pero aun así no pudo evitar apretar los dientes al apagar la llama de sus mentes.



Los lagartos los recogió con la mano, tras levantar las rocas bajo las que se ocultaban. El roedor, en cambio, lo extrajo de la madriguera recurriendo a la magia. Durante la extracción del cuerpo a la superficie estuvo atento a no despertar al resto de la colonia; le parecía una crueldad aterrorizarlos viendo que un depredador invisible podía matarlos en lo más recóndito de su guarida.

Destripó, despellejó y dejó limpios los lagartos y el roedor, y enterró las vísceras bien hondo, fuera del alcance de los carroñeros. Recogió unas piedras finas y planas y se construyó un pequeño horno, encendió un fuego en su interior y empezó a cocinar la carne. Sin sal no podía sazonar correctamente ningún alimento, pero algunas de las plantas del lugar emitían un aroma agradable al aplastarlas entre los dedos, así que las usó para frotar la carne y rellenar los cuerpos.

El roedor estuvo listo antes, al ser más pequeño que los lagartos. Eragon lo extrajo del improvisado horno y sostuvo la carne frente a la boca. Hizo una mueca y se habría quedado allí, inmovilizado por el asco, si no fuera porque tenía que seguir atendiendo al fuego y a los lagartos. Aquellas dos actividades le distrajeran lo suficiente como para obedecer a la imperiosa necesidad impuesta por el hambre y para empezar a comer sin pensar.

El primer bocado fue el peor; le golpeó en la garganta, y el sabor de la grasa caliente a punto estuvo de sentarle mal. Se estremeció y tragó dos veces; la sensación de asco desapareció. A partir de aquel momento todo fue más fácil. De hecho, agradeció el hecho de que la carne fuera bastante sosa, ya que la falta de sabor le ayudaba a no pensar en lo que estaba masticando.

Se comió todo el roedor y parte de un lagarto. Mientras arrancaba el último trozo de carne de un fino hueso de una pata, emitió un suspiro de satisfacción y luego dudó, apesadumbrado al darse cuenta de que, a pesar suyo, había disfrutado de la comida. Estaba tan hambriento que aquella cena frugal le pareció deliciosa, una vez superadas sus inhibiciones. «Quizá —reflexionó—, quizá cuando vuelva..., si estoy a la mesa de Nasuada o del rey Orrin y sirven carne..., quizá, si me apetece y resulta maleducado negarse, podría probar algún bocado... No comeré como antes, pero tampoco seré tan estricto como los elfos. La moderación me parece una vía más sensata que el fanatismo.»

A la luz de las brasas del horno, Eragon examinó las manos de Sloan; el carnicero yacía a uno o dos metros, donde lo había dejado Eragon. Un montón de finas cicatrices blancas surcaban sus largos dedos huesudos, con aquellos nudillos exageradamente grandes y sus

largas uñas que tan meticulosamente cuidaba en Carvahall y que ahora estaban rotas y negras de la mugre acumulada. Las cicatrices revelaban los errores —relativamente pocos— que había cometido Sloan durante las décadas que había trabajado con cuchillos. Tenía la piel arrugada y envejecida, con las venas abultadas, pero por debajo los músculos eran finos y duros.

Eragon se puso en cuclillas y cruzó los brazos sobre las rodillas.

—No puedo soltarlo sin más —murmuró.

Si lo hacía, Sloan podría seguir la pista a Roran y a Katrina, perspectiva que resultaba inaceptable. Además, aunque no iba a matar a Sloan, consideró que el carnicero debía ser castigado por sus delitos. Eragon no había sido amigo íntimo de Byrd, pero sabía que era un buen hombre, honesto e inquebrantable, y recordaba a la esposa de Byrd, Felda, y a sus hijos con cierto afecto, ya que Garrow, Roran y Eragon habían comido y dormido en su casa en varias ocasiones. Su muerte le había afectado por su especial crueldad, y sentía que la familia del guardia merecía justicia, aunque nunca lo llegaran a saber.

No obstante..., ¿qué castigo sería el indicado? «Me he negado a hacer de verdugo, y ahora me erijo en juez. ¿Qué sé yo de la ley?»

Se puso en pie, se acercó a Sloan y se inclinó hacia su oreja:

—Vakna.

Sloan se despertó con un respingo, tanteando el suelo con sus nudosas manos. Agitó lo que le quedaba de párpados instintivamente, intentando levantarlos para mirar a su alrededor. Pero seguía atrapado en su propia noche eterna.

—Toma, come esto —le dijo Eragon, acercándole la mitad restante del lagarto al carnicero, que, aunque no podía verlo, sin duda debía de oler el alimento.

—¿Dónde estoy? —preguntó Sloan. Con manos temblorosas, empezó a explorar las rocas y las plantas que tenía delante. Se tocó las muñecas y tobillos magullados. Parecía confuso al notar que las argollas habían desaparecido.

—Los elfos, y también los Jinetes, en otro tiempo, llamaban a este lugar Mirnathor. Los enanos lo llaman Werghadn, y los humanos, el monte Gris. Si eso no responde a tu pregunta, quizá quieras saber que estamos unas cuantas leguas al sudeste de Helgrind, donde estabas preso.

Sloan movió los labios articulando la palabra «Helgrind».

—¿Me has rescatado?

—Sí.

—¿Y... ?

—Deja de preguntar. Primero cómete esto —respondió Eragon con dureza.

Aquello tuvo un efecto fulminante sobre el carnicero; Sloan se acercó arrastrándose y buscó el lagarto con los dedos. Eragon se lo entregó, se retiró a su sitio, junto al horno de piedra, y echó unos puñados de tierra sobre las brasas, apagándolas para que su brillo no revelara su presencia en el improbable caso de que hubiera alguien más por los alrededores.

Tras pasar la lengua tímidamente sobre la pieza para saber qué era lo que le había dado Eragon, Sloan clavó los dientes en el lagarto y arrancó un grueso mordisco de la carcasa. Con cada bocado se metía en la boca toda la carne que podía, y sólo la masticaba una o dos veces antes de tragársela y repetir el proceso. Dejó todos los huesos limpios, con la habilidad de alguien que poseía un conocimiento perfecto de la estructura de los animales y de cuál era el modo más rápido para desmontarlos. Dejó los huesos en un montoncito a su izquierda. Cuando dio cuenta del último bocado de la cola del lagarto, Eragon le pasó el otro reptil, que aún estaba entero. Sloan murmuró un agradecimiento y siguió comiendo con fruición, sin preocuparse de limpiarse la grasa de la boca y la barbilla.

El segundo lagarto resultó ser demasiado grande para él. Se detuvo en la penúltima costilla y dejó lo que quedaba del animal sobre la pila de huesos. Luego estiró la espalda, se pasó la mano por los labios, se sujetó los largos cabellos tras las orejas y dijo:

—Gracias, desconocido, por tu hospitalidad. Hacía muchísimo que no comía tanto. Creo que valoro tu comida incluso por encima de mi libertad... ¿Puedo preguntarte si sabes algo de mi hija, Katrina, y de lo que ha sido de ella? Estaba encarcelada conmigo, en Helgrind. Su voz contenía una compleja combinación de emociones: respeto, miedo y sumisión ante la presencia de una autoridad desconocida; esperanza e inquietud por el destino de su hija; y una determinación tan inamovible como las cimas de las Vertebradas. El único matiz que esperaba oír Eragon y que no detectó fue el desprecio socarrón con que solía hablarle Sloan cuando se encontraban en Carvahall.

—Está con Roran.

Sloan tragó saliva.

—¡Roran! ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿También lo han capturado los Ra'zac? O...

—Los Ra'zac y sus monturas están muertos.

—¿Los has matado? ¿Cómo? ¿Quién...? —Por un instante,

Sloan se quedó bloqueado, como si le temblara todo el cuerpo, y entonces abrió la boca, aturdido, y dejó caer los hombros, sin fuerza. Se agarró a un arbusto en busca de sostén y sacudió la cabeza—. No, no, no... No... No puede ser. Los Ra'zac hablaban de esto; me pedían respuestas que yo no tenía, pero pensé... Es decir, ¿quién iba a decirlo?

Se agitaba con tal violencia que Eragon temió que se pudiera hacer daño. Con un susurro jadeante, como si le acabaran de dar un puñetazo en la barriga, Sloan dijo:

—No puedes ser Eragon...

Eragon se sintió marcado, condenado por el destino, como si fuera el instrumento de aquellos dos caciques implacables. Respondió en consecuencia, pronunciando muy despacio cada palabra, para que cayeran como martillazos y transmitieran todo el peso de su condición, su responsabilidad y su rabia:

—Soy Eragon, pero no sólo eso. Soy Argetlam, Asesino de Sombra y Espada de Fuego. Mi dragón se llama Saphira, también conocida como Bjartskular o Lengua de Fuego. Nos enseñaron Brom, que fue Jinete antes que yo, los enanos y los elfos. Hemos combatido a los úrgalos, a un Sombra y a Murtagh, que es el hijo de Morzan. Servimos a los vardenos y a los pueblos de Alagaësia. Y te he traído aquí, Sloan Aldensson, para llevarte a juicio por el asesinato de Byrd y por haber traicionado a Carvahall y haberla entregado al Imperio.

—¡Mientes! No puedes ser...

—¿Que miento? ¡Yo no miento! —rugió Eragon.

El chico expandió su mente y engulló la conciencia de Sloan en la suya, obligando al carnicero a aceptar los recuerdos que confirmaban la veracidad de sus afirmaciones. También quería que Sloan sintiera el poder que tenía y que se diera cuenta de que ya no era del todo humano. Y aunque le costara admitirlo, Eragon disfrutaba imponiendo su control sobre un hombre que le había creado tantos problemas y que le había atormentado tan a menudo con sus mofas, insultándoles a él y a su familia. Medio minuto más tarde, se retiró.

Sloan seguía temblando, pero no se hundió ni cayó rendido como Eragon pensó que sucedería, sino que adoptó una actitud fría y dura:

—¡Al diablo contigo! —dijo—. No tengo que darte explicaciones a ti, Eragon, Hijo de Nadie. Que te quede claro esto: hice lo que hice por Katrina y nada más.

—Lo sé. Ése es el único motivo por el que aún sigues con vida.

—Haz lo que quieras conmigo, pues. No me importa, siempre que ella esté a salvo... ¡Adelante! ¿Qué va a ser? ¿Una paliza? ¿Una marca a fuego? Ya me han quitado los ojos, así que... ¿Una de mis

manos? ¿O me abandonarás para que muera de hambre o para que vuelva a capturarme el Imperio?

—Aún no lo he decidido.

Sloan asintió con un gesto seco y estiró los jirones de su ropa, cubriéndose las extremidades, para protegerse del frío de la noche. Se sentó con precisión militar, como mirando con las cuencas vacías de los ojos hacia las sombras que rodeaban el campamento. No suplicó. No pidió compasión. No negó sus actos ni intentó aplacar a Eragon. No hizo otra cosa que permanecer sentado y esperar, protegido tras aquella estoica demostración de fuerza interior. Su coraje impresionó a Eragon.

El oscuro panorama que los rodeaba le parecía a Eragon de una inmensidad inimaginable, y sintió como si todo aquello convergiera hacia él, lo que hacía que la decisión que se le planteaba resultara aún más angustiada. «Mi veredicto marcará el resto de su vida», pensó.

Por un momento abandonó la cuestión del castigo y repasó lo que sabía de Sloan: el amor incondicional que sentía por Katrina —por obsesivo, egoísta e insano que fuera, aunque en otro tiempo hubiera sido puro—; su odio y temor hacia las Vertebradas, lugar que le recordaba el pesar por la muerte de su esposa, Ismira, que había fallecido al caerse por las cimas más altas; su distanciamiento de los familiares que le habían quedado; su orgullo por su trabajo; las historias que había oído Eragon sobre la infancia de Sloan; y el conocimiento de primera mano que tenía el chico sobre la vida en Carvahall.

Eragon reunió toda aquella colección de recuerdos dispersos y fragmentados y los fue combinando mentalmente, buscando establecer su significado. Como si fueran piezas de un rompecabezas, intentó encajarlos. No parecía que lo consiguiera, pero insistió y fue trazando gradualmente una miríada de conexiones entre los hechos y las emociones de la vida de Sloan, y desde ahí fue tejiendo una compleja red que representaba lo que era Sloan en realidad. Gracias a aquello, consiguió sentir cierta empatía hacia él.

Aunque más que empatía, sintió que comprendía a Sloan, que había aislado los elementos básicos de la personalidad del carnicero, las cosas que uno no puede eliminar sin cambiar irrevocablemente a la persona. Entonces se le ocurrieron tres palabras en el idioma antiguo que parecían describir a Sloan y, sin pensarlo, Eragon las susurró.

No era posible que el sonido hubiera llegado hasta él, pero el carnicero, con las manos sobre los muslos, se giró y adoptó una expresión de intranquilidad. Un frío hormigueo le recorrió el costado izquierdo, y mientras miraba a Sloan sintió que se le ponía la piel de

gallina en piernas y brazos. Se planteó diversas explicaciones para la reacción de Sloan, a cada cual más elaborada, pero sólo una parecía plausible, e incluso aquella le sorprendió por improbable. Volvió a susurrar las tres palabras. Al igual que antes, Sloan se movió, y Eragon le oyó murmurar:

—... alguien caminando sobre mi tumba.

Eragon soltó un soplando nervioso. Le costaba creérselo, pero su experimento no dejaba lugar a dudas: casi por casualidad, había descubierto el nombre real de Sloan. El descubrimiento le dejó asombrado. Saber el nombre real de alguien era una gran responsabilidad, puesto que proporcionaba un poder absoluto sobre aquella persona.

Debido a los riesgos inherentes, los elfos raramente revelaban sus nombres auténticos, y cuando lo hacían era sólo a alguien en quien confiaran sin reservas.

Era la primera vez que Eragon sabía el nombre real de alguien. Siempre había pensado que, si llegaba la ocasión, sería como un regalo por parte de alguien a quien tuviera un gran afecto. Descubrir el nombre real de Sloan sin su consentimiento suponía un giro en los acontecimientos para el que no estaba preparado y que no estaba seguro de saber gestionar. Se dio cuenta de que para descubrir el nombre real de Sloan debía de haber llegado a comprender al carnicero mejor que a sí mismo, puesto que no tenía la más mínima idea de cuál era el suyo.

Darse cuenta de aquello le resultaba incómodo. Sospechaba que, dada la naturaleza de sus enemigos, desconocer parte de sí mismo podía llegar a suponer un riesgo mortal. Inmediatamente se juró dedicar más tiempo a la introspección y a descubrir su nombre real. «A lo mejor Oromis y Glaedr podrían decirme cuál es», pensó.

Pese a las dudas y a la confusión que le provocó el nombre real de Sloan, también le dio alguna pista sobre cómo tratar al carnicero. Pero incluso con aquel concepto básico de partida, le llevó otros diez minutos trazar el resto de su plan y asegurarse de que funcionaría tal y como él quería.

Sloan giró la cabeza en dirección a Eragon cuando éste se levantó y, alejándose del campamento, empezó a caminar bajo la luz de las estrellas.

—¿Adónde vas? —preguntó Sloan.

Eragon no respondió.

Paseó por el terreno hasta que encontró una roca baja y ancha cubierta de manchas de líquenes y con un hueco cóncavo en el centro.

—Adurna risa —dijo.

Por toda la roca fueron apareciendo minúsculas gotitas de agua que ascendían desde el suelo y que se condensaron en unos chorros plateados homogéneos que superaron el borde de la roca hasta llegar al hueco. Cuando el agua empezaba a rebosar y a caer de nuevo a la tierra, volvía a quedar atrapada por el hechizo. Eragon liberó el flujo mágico y detuvo el ciclo.

Esperó hasta que la superficie del agua quedó perfectamente inmóvil y se convirtió en un espejo. Se colocó ante lo que parecía un cuenco lleno de estrellas.

—Draumr kópa —dijo, y muchas otras palabras después, recitando un hechizo que le permitiría no sólo ver, sino también hablar con otros a distancia. Oromis le había enseñado aquella variación de la visualización dos días antes de que Saphira y él partieran de Ellesméra en dirección a Surda.

El agua se volvió completamente negra, como si alguien hubiera apagado las estrellas como velas. Un momento después, en medio del agua apareció un óvalo de luz. Eragon contempló el interior de una gran tienda blanca, iluminada por la luz fría de un Erisdar rojo, una de las luces mágicas de los elfos.

En condiciones normales, Eragon sería incapaz de comunicarse con una persona o un lugar que no hubiera visto antes, pero el cristal mágico de los elfos estaba encantado de modo que transmitiera una imagen de aquel entorno a cualquiera que contactara con él. A su vez, el hechizo de Eragon proyectaría una imagen de sí mismo y de su entorno a cualquiera que contactara con el cristal. Aquello permitía que dos extraños contactaran entre sí desde cualquier lugar del mundo, algo que resultaba de un valor inestimable en tiempos de guerra.

Un elfo alto con el pelo plateado y una armadura abollada entró en el campo de visión de Eragon, que reconoció al noble Däthedr, asesor de la reina Islanzadí y amigo de Arya. Si a Däthedr le producía alguna sorpresa ver a Eragon, no lo demostró; inclinó la cabeza, se llevó los dos primeros dedos de la mano derecha a los labios y con su voz musical dijo:

—Atra esterní ono thelduin, Eragon Shur'tugal.

Cambiando de patrón mental para conversar en el idioma antiguo, Eragon le devolvió el saludo con los dedos y respondió:

—Atra du evarínya ono varda, Däthedr-vodhr.

—Me alegro de que estés bien, Asesino de Sombra —dijo Däthedr, siempre en su lengua—. Arya Dröttningu nos informó de tu misión hace unos días, y estábamos muy preocupados por ti y por Saphira. Confío en que todo haya ido bien.

—Sí, pero me he encontrado con un problema inesperado, y, si pudiera, querría consultar a la reina Islanzadí y recurrir a su sabiduría para resolver el asunto.

Los ojos felinos de Däthedr se entrecerraron casi del todo, convirtiéndose en dos ranuras inclinadas que le daban una expresión fiera e inescrutable.

—Sé que no lo preguntaría si no fuera algo importante, Eragon-vodhr, pero ten cuidado: un arco tenso puede tanto quebrarse y herir al arquero como disparar la flecha... Ten la cortesía de esperar, y preguntaré por la reina.

—Esperaré. Te estoy muy agradecido por tu ayuda, Däthedr-vodhr.

El elfo se apartó del cristal. Eragon hizo una mueca. Le cansaba la formalidad de los elfos, pero sobre todo odiaba tener que interpretar siempre sus enigmáticas declaraciones. «¿Me estaba advirtiendo de que consultar a la reina puede resultar peligroso o de que Islanzadí es un arco tenso, a punto de quebrarse? ¿O quería decir algo completamente diferente?»

Eragon pensó que por lo menos podía contactar con los elfos. Los guardas de los elfos impedían cualquier intromisión en Du Welden-varden mediante magia, incluidas las visualizaciones. Mientras los elfos permanecieran en sus ciudades, sólo se podía comunicar con ellos enviándoles mensajes por el bosque. Pero ahora que los elfos se habían trasladado y que habían abandonado las sombras de sus pinos de agujas negras, sus grandes hechizos ya no los protegían y se podían usar ingenios como el cristal de visualización.

El nerviosismo de Eragon fue en aumento cuando pasó el primer minuto y luego el segundo.

—¡Venga! —murmuró. Echó un vistazo rápido a su alrededor para asegurarse de que no se le acercaba ninguna persona o animal y volvió a mirar al cuenco de agua.

Con un sonido parecido al de la tela al rasgarse, la lona de entrada de la tienda se abrió y la reina Islanzadí avanzó hacia el cristal. Llevaba un brillante corpiño de armadura dorado con escamas, una cota de malla y grebas sobre las espinillas, así como un bonito casco decorado con ópalos y otras gemas preciosas que ocultaba sus bellas trenzas negras. Una capa roja con el borde blanco le caía desde los hombros; a Eragon le recordó la pared de nubes de una gran tormenta al acercarse. En la mano izquierda, Islanzadí llevaba una espada desnuda. En la mano derecha no llevaba nada, pero la tenía teñida de rojo; un momento después, Eragon se dio cuenta de que tenía los dedos y la muñeca cubiertos de sangre.



Islanzadí encogió sus perfiladas cejas al ver a Eragon. Al adoptar aquella expresión, guardaba un sorprendente parecido con Arya, aunque su estatura y su presencia resultaban aún más impresionantes que las de su hija. Era bella y terrible, como una temible diosa de la guerra.

Eragon se tocó los labios con los dedos, luego giró la mano derecha sobre el pecho en el gesto elfo de lealtad y respeto y recitó la primera frase de su saludo tradicional, abriendo el diálogo, como correspondía al que se dirigía a alguien de rango superior. Islanzadí dio la respuesta de rigor y, en un intento por granjearse su simpatía y demostrar su conocimiento de las tradiciones de los elfos, Eragon concluyó con la tercera frase de saludo, en realidad innecesaria:

—Y que la paz viva en su corazón.

La expresión adusta de Islanzadí disminuyó en cierta medida y esbozó una leve sonrisa como reconocimiento a su deferencia:

—Y en el tuyo también, Asesino de Sombra. —Su voz rica y suave contenía el susurro de las agujas de pino, el gorjeo de los arroyos y el sonido de la música de las flautas de juncos. Envainó la espada, cruzó la tienda hasta la mesa plegable y se apartó un poco para lavarse la sangre de la piel con agua de un cántaro—. Hoy en día es difícil vivir en paz, me temo.

—¿La lucha es dura, Su Majestad?

—Pronto lo será. Mi gente se está concentrando por el extremo oeste de Du Weldenvarden, donde podemos prepararnos para matar o morir, cerca de los árboles que tanto amamos. Somos una raza dispersa y no marchamos en formación como otros, dado el daño que eso supone para la naturaleza, así que nos lleva un tiempo concentrarnos desde los diferentes extremos del bosque.

—Lo entiendo. Sólo que... —Eragon buscó un modo de formular su pregunta sin que resultara maleducada— si el combate aún no ha empezado, no puedo evitar preguntarme por qué tenéis la mano manchada de sangre.

Islanzadí se sacudió las gotas de agua de los dedos y levantó su dorado antebrazo a la vista de Eragon, que se dio cuenta de que ella había hecho de modelo para la escultura de dos brazos entrelazados que había en la entrada de su casa árbol de Ellesméra.

—Sólo es un color. Las únicas manchas de sangre que quedan en una persona son las que lleva en el alma, no en el cuerpo. He dicho que el combate se recrudecería próximamente, no que aún no hubiera empezado —aclaró. Se estiró la manga de la cota y la túnica que tenía debajo hasta la muñeca. Del cinturón engastado con piedras que lle-

vaba alrededor de la fina cintura extrajo un guante cosido con hilo de plata y se lo enfundó en la mano—. Hemos estado observando la ciudad de Ceunon, ya que es donde tenemos intención de atacar primero. Hace dos días, nuestros exploradores descubrieron grupos de hombres con muías que avanzaban desde Ceunon a Du Weldenvarden. Pensábamos que iban a buscar madera en los límites del bosque, ya que suelen hacerlo. Es una práctica que toleramos, puesto que los humanos necesitan madera, y los árboles de los márgenes son jóvenes y prácticamente quedan lejos de nuestro control; además, hasta ahora no queríamos exponernos. Pero la expedición no se detuvo en los límites del bosque. Se adentraron en Du Weldenvarden, siguiendo pistas de caza que evidentemente les eran familiares. Buscaban los árboles más altos y gruesos, árboles antiguos como la propia Alagaësia, árboles que ya eran antiguos y enormes cuando los enanos descubrieron Farthen Dûr. Cuando los encontraron, empezaron a serrarlos. —La voz de Islanzadí estaba llena de rabia—. Por sus comentarios, supimos para qué estaban allí: Galbatorix quería los mayores árboles que pudieran encontrar para reemplazar las catapultas y arietes que habían perdido durante la batalla de los Llanos Ardientes. Si su motivo hubiera sido puro y honesto, podríamos haber permitido la tala de uno de los soberanos de nuestro bosque. Quizás incluso de dos. Pero no de veintiocho.

Eragon sintió un escalofrío.

—¿ Qué hicisteis ? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta. Islanzadí levantó la barbilla y su expresión se endureció.

—Yo estaba presente, con dos de nuestros exploradores. Juntos, «corregimos» el error de los humanos. En el pasado, la gente de Ceunon sabía que no debía penetrar en nuestra tierra. Hoy les hemos recordado por qué. —Sin darse cuenta, se frotó la mano derecha, como si le doliera, y miró algo que pasaba por detrás del cristal—. Tú has aprendido, Eragon-finiarel, lo que significa tocar la fuerza vital de las plantas y los animales que te rodean. Imagina cómo los habrías cuidado si hubieras podido hacerlo durante siglos. Nosotros ponemos de nuestra parte para la conservación de Du Weldenvarden, y el bosque es una extensión de nuestros cuerpos y nuestras mentes. Si sufre cualquier daño, es como si lo sufriéramos nosotros... Nuestro pueblo tarda en levantarse, pero cuando lo hace somos como dragones: enloquecemos de rabia. Hace más de cien años que no derramábamos sangre en la batalla, ni yo ni la mayoría de los elfos. El mundo se ha olvidado de lo que somos capaces. Puede que hayamos perdido fuerzas desde la caída de los Jinetes, pero igualmente vamos a dejar huella en nuestros enemi-

gos; parecerá como si hasta los elementos se hubieran vuelto en su contra. Somos una raza antigua, y nuestras habilidades y conocimientos son muy superiores a los de los hombres mortales. Que Galbatorix y sus aliados se preparen, porque los elfos estamos a punto de abandonar nuestro bosque, y volveremos triunfantes..., o no volveremos.

Eragon sintió un escalofrío. Ni siquiera durante sus enfrentamientos con Durza había observado una determinación tan implacable. «No es humana —pensó, y se sonrió por dentro—. Claro que no. Y haré bien en recordarlo. Por mucho que nos parezcamos, y en mi caso el parecido es mucho, no somos iguales.»

—Si tomáis Ceunon —dijo Eragon—, ¿cómo controlaréis a los humanos? Puede que odien al Imperio más que a la propia muerte, pero dudo de que confíen en vosotros, aunque sólo sea porque son humanos y vosotros sois elfos.

—Eso no es importante —dijo Islanzadí, agitando una mano—. Una vez hayamos atravesado las murallas de la ciudad, tenemos formas de asegurarnos de que nadie nos plantee oposición. No es la primera vez que hemos combatido contra los de tu raza. —En aquel momento se quitó el casco y una cabellera negro azabache le cayó hacia delante, a los lados del rostro—. No me gustó la noticia de tu incursión en Helgrind, pero deduzco que ya acabó y que finalizó con éxito, ¿no?

—Sí, Su Majestad.

—Entonces mis objeciones poco importan. Te advierto, no obstante, Eragon Shur'tugal: no te pongas en peligro en aventuras tan innecesariamente peligrosas. Lo que debo decirte es algo cruel, pero cierto en cualquier caso, y es esto: tu vida es más importante que la felicidad de tu primo.

—Le juré a Roran que le ayudaría.

—Entonces tu juramento fue imprudente, y no tomaste en consideración las consecuencias.

—¿Debo entonces abandonar a mis seres queridos? Si lo hiciera, me sentiría despreciable e indigno de confianza: un vehículo desvirtuado para las esperanzas de la gente que cree que, de algún modo, puedo vencer a Galbatorix. Además, mientras Galbatorix tuviera presa a Katrina, Roran era vulnerable a manipulaciones por su parte. La reina levantó una ceja afilada como una daga.

—Es un punto vulnerable que Galbatorix no podría aprovechar si hubieras enseñado a Roran ciertos juramentos en este idioma, el de la magia... Yo no te aconsejo que te aisles de los amigos o de la familia. Eso sería una locura. Pero ten bien presente lo que está en juego: la

integridad de Alagaësia. Si ahora fracasamos, la tiranía de Galbatorix se extenderá sobre todas las razas, y su reino no tendrá fin. Tú eres la punta de lanza de nuestras fuerzas, y si la punta se rompe y se pierde, nuestra lanza rebotará en la armadura del enemigo, y también estaremos perdidos nosotros.

Una capa de líquenes se desprendió bajo los dedos de Eragon al presionar contra el borde de la roca en un deseo reprimido por hacer una observación impertinente sobre el hecho de que cualquier guerrero bien equipado debería contar con una espada u otra arma en la que apoyarse, además de su lanza. Estaba decepcionado por la dirección que había tomado el diálogo y deseoso de cambiar de tema lo más rápidamente posible; no había contactado con la reina para que pudiera regañarle como si fuera un niño. Sin embargo, permitir que la impaciencia dictara sus acciones no aportaría nada a su causa, así que mantuvo la calma y respondió:

—Creedme, Majestad, que me tomo vuestras preocupaciones muy, muy en serio. Sólo puedo decir que si no hubiera ayudado a Roran me habría sentido tan triste como él, y más aún si él intentaba rescatar a Katrina por su cuenta y moría en el intento. En cualquier caso, me habría quedado tan desolado que en poco podría haber ayudado a nadie. ¿No podemos al menos aceptar que tenemos opiniones diferentes sobre el asunto? Ninguno de los dos podrá convencer al otro.

—Muy bien —decidió Islanzadí—. Dejemos el asunto... de momento. Pero no creas que te librarás de una investigación formal sobre tu decisión, Eragon Jinete de Dragón. Me parece que te muestras algo frívolo con respecto a tus principales responsabilidades, y que esto es un asunto serio. Lo discutiré con Oromis; él decidirá qué hacer contigo. Ahora dime: ¿por qué has pedido esta audiencia?

Eragon apretó los dientes varias veces, recobró la compostura y explicó los sucesos del día, el motivo de sus acciones con respecto a Sloan, y el castigo que había pensado para el carnicero.

Cuando acabó, Islanzadí se puso a caminar en círculo por la tienda con movimientos ágiles como los de un gato, luego se detuvo y respondió:

—Has decidido quedarte solo, en medio del Imperio, para salvar la vida de un asesino y un traidor. Estás solo con ese hombre, a pie, sin provisiones ni armas, salvo la magia, y tienes cerca a tus enemigos. Veo que mis advertencias anteriores estaban más que justificadas. Tú...

—Su Majestad, si debéis enfadaros conmigo, hacedlo más tarde. Quiero resolver esto pronto para poder descansar un poco antes de que se haga de día. Tengo muchos kilómetros que recorrer mañana.

La reina asintió.

—Tu supervivencia es lo único que importa. Ya me pondré furiosa cuando acabemos de hablar... En cuanto a tu consulta, algo así no tiene precedentes en nuestra historia. En tu lugar, yo habría matado a Sloan y me habría librado del problema allí mismo.

—Sé que lo habríais hecho. Una vez vi a Arya sacrificar a un halcón gerifalte maltrecho, diciendo que estaba herido y que la muerte era inevitable, y que matándolo le ahorra horas de sufrimiento.

Quizá tenía que haber hecho lo mismo con Sloan, pero no pude. Creo que habría sido una decisión que habría lamentado el resto de mi vida, o peor aún, que me habría hecho más fácil matar en el futuro. Islanzadí suspiró, y de pronto parecía cansada. Eragon recordó entonces que ella también se había pasado el día combatiendo.

—Puede que Oromis haya sido un buen maestro, pero está demostrado que sigues la estela de Brom, no la de Oromis. Sólo Brom se metía en tantos aprietos como tú. Y como él, parece que sientes la necesidad de buscar las arenas movedizas más profundas para meterse en ellas.

Eragon ocultó una sonrisa, complacido con la comparación.

—¿Y qué hay de Sloan? —preguntó—. Ahora su destino depende de vos.

A paso lento, Islanzadí se dirigió a un taburete que había junto a la mesa plegable y se sentó, apoyó las manos en el regazo y miró a un extremo del cristal. Su semblante era muestra de sus enigmáticas elucubraciones: una bella máscara que ocultaba sus pensamientos y sentimientos, y en la que Eragon no conseguía penetrar, por mucho que lo intentara.

—Ya que tú has considerado oportuno salvar la vida de este hombre —dijo por fin—, afrontando con ello no pocos problemas y un gran esfuerzo por tu parte, no puedo rechazar tu petición haciendo que tu sacrificio resulte vano. Si Sloan sobrevive a la dura travesía que se presenta ante vosotros, Gilderien *el Sabio* le permitirá pasar, y Sloan tendrá una habitación, una cama y alimento para comer. Más no puedo prometer, puesto que lo que ocurra después dependerá del propio Sloan; pero si se cumplen las condiciones que has mencionado, entonces sí, podremos iluminar sus sombras.

—Gracias, Su Majestad. Sois extremadamente generosa.

—No, generosa no. Esta guerra no me permite ser generosa, sino únicamente práctica. Ve y haz lo que debas, y ten cuidado, Eragon Asesino de Sombra.

—Su Majestad —añadió, inclinándose—, si puedo pedirlos un úl-

timo favor... ¿Os importaría no explicarles a Arya, a Nasuada ni a ninguno de los vardenos mi situación actual? No quiero que se preocupen por mí más de lo necesario, y ya se enterarán muy pronto a través de Saphira.

—Consideraré tu petición.

Eragon se quedó esperando, pero al ver que ella permanecía en silencio y que era evidente que no tenía intención de anunciar su decisión, hizo una segunda reverencia y dijo de nuevo:

—Gracias.

La brillante imagen de la superficie del agua tembló y luego desapareció en la oscuridad con el final del hechizo que había usado Eragon para crearla. Se echó atrás y levantó la vista a la multitud de estrellas, dejando que los ojos volvieran a adaptarse a la tenue luz parpadeante que arrojaban. Luego dejó la agrietada roca con la balsa de agua y desanduvo el camino a través de hierbas y matojos hasta el campamento donde Sloan permanecía sentado con la espalda erguida, rígido como el hierro colado.

Eragon golpeó un guijarro con el pie, y el ruido reveló su presencia a Sloan, que se giró inmediatamente, rápido como un pájaro.

—¿Ya te has decidido? —preguntó Sloan.

—Sí —respondió Eragon. Se detuvo y se puso en cuclillas frente al carnicero, apoyando una mano en el suelo para mantener el equilibrio—. Escúchame bien, ya que no tengo intención de repetirlo. Tú hiciste lo que hiciste por amor a Katrina, o al menos eso es lo que dices. Lo admitas o no, yo creo que también tenías otros motivos más viles para querer separarla de Roran: ira..., odio..., afán de venganza... y tu propio dolor.

Los labios de Sloan se endurecieron, fundiéndose en una fina línea blanca:

—Te equivocas conmigo.

—No, no creo. Dado que mi conciencia me impide matarte, tu castigo tendrá que ser el más terrible que se me pueda ocurrir sin llegar a la muerte. Estoy convencido de que lo que has dicho antes es cierto, de que para ti Katrina es más importante que ninguna otra cosa. Por tanto tu castigo será este: no verás, tocarás ni hablarás con tu hija nunca más, ni siquiera en tu lecho de muerte, y vivirás sabiendo que está con Roran y que son felices juntos, sin ti.

Sloan, apretando los dientes, aspiró aire por entre los huecos restantes.

—¿Ese es tu castigo? ¡Ja! No puedes asegurarte de que se cumpla; no tienes ninguna prisión donde encerrarme.

—No he acabado. Me aseguraré de que se cumpla haciéndote jurar en el idioma de los elfos, en la lengua de la verdad y en la de la magia que cumplirás los términos de tu condena.

—No puedes obligarme a dar mi palabra —le espetó Sloan—. Ni siquiera torturándome.

—Sí puedo, y no te torturaré. Es más, te crearé una necesidad de viajar hacia el norte hasta que llegues a la ciudad elfa de Ellesméra, situada en el corazón de Du Weldenvarden. Puedes intentar resistirte a esa necesidad si quieres, pero por mucho que te niegues, el hechizo te atacará los nervios como una picadura cuando no puedes rascarte, hasta que cedas y viajes hasta el reino de los elfos.

—¿No tienes agallas para matarme tú mismo? —preguntó Sloan—. ¿Eres demasiado cobarde como para ponerme un cuchillo en el cuello, hasta el punto de hacerme vagar por la Tierra, ciego y perdido, hasta que el mal tiempo o las bestias acaben conmigo? —le increpó, escupiendo a su izquierda—. ¡No eres más que un gallina, hijo de un leproso putrefacto! Eres un bastardo abandonado, un seboso reconcomido por la rabia y cubierto de mierda; un asqueroso sapo tóxico, un alfeñique llorica. No te daría mi último mendrugo ni que estuvieras muriéndote de hambre, ni una gota de agua si estuvieras muriendo de sed, ni la tumba de un mendigo si estuvieras muerto, ¡Tienes pus en lugar de médula y hongos por cerebro, esmirriado lameculos!

Ahí estaba. Eragon pensó que los obscenos improprios de Sloan tenían algo que impresionaba, pero su admiración no evitaba que sintiera deseos de estrangular al carnicero, o al menos de responderle del mismo modo. No obstante, lo que le hizo contenerse fue la sospecha de que Sloan estaba intentando deliberadamente enfurecerle y provocarle para que le atacara, proporcionándole una muerte tan rápida como inmerecida.

—Puede que sea un bastardo —dijo Eragon—, pero no un asesino. —Sloan aspiró profundamente. Pero antes de que pudiera retomar su retahila de insultos, Eragon prosiguió:— Allá donde vayas, no te faltará la comida ni te atacarán los animales salvajes. Lanzaré unos hechizos que te acompañarán y que harán que no te molesten ni hombres ni bestias, y que los animales te aporten sustento cuando lo necesites.

—No puedes hacer eso —susurró Sloan. Incluso a la luz de las estrellas, Eragon pudo apreciar que su piel, ya de por sí pálida, adquiriría una lividez aún mayor, y lo dejaba blanco como la cal—. No cuentas con los medios necesarios. No tienes derecho.

—Soy un Jinete de Dragón. Tengo tanto derecho como un rey o una reina.

Entonces Eragon, que no tenía ningún interés en seguir dándole lecciones, emitió el nombre real del carnicero con suficiente fuerza como para que él lo oyera. Una expresión de horror y revelación invadió el rostro de Sloan y echó los brazos al cielo, aullando como si le hubieran apuñalado. Cayó hacia delante, sobre las manos; se quedó así, sollozando, con el rostro oscurecido por su sucia mata de pelo.

Eragon lo miró, traspuesto ante la reacción de Sloan. «¿Afectará a todo el mundo así el hecho de descubrir su nombre? ¿Me ocurrirá también a mí?»

Hizo de tripas corazón ante aquella imagen de desolación y se puso a hacer lo que le había anunciado. Repitió el nombre real de Sloan y, palabra por palabra, le fue enseñando al carnicero juramentos en el idioma antiguo que le aseguraran que Sloan no fuera al encuentro de Katrina nunca más. Sloan se resistió con sollozos y gemidos, y apretando los dientes, pero por mucho que se opusiera, no tenía otra opción más que la de obedecer cada vez que Eragon invocaba su nombre real. Y cuando acabaron con los juramentos, Eragon lanzó los cinco conjuros que llevarían a Sloan hacia Ellesméra, que le protegerían de cualquier violencia no provocada y que hechizarían a los pájaros, las bestias y los peces de los ríos y lagos para *que* le proporcionaran alimento. Eragon formuló los hechizos para que extrajeran la energía de Sloan y no de sí mismo.

Para cuando completó su último hechizo, la medianoche era ya un vago recuerdo. Derrotado por el cansancio, se apoyó en el bastón de espino. Sloan yacía, hecho un ovillo ante él.

—Ya está —dijo Eragon.

La figura que tenía a sus pies emitió un lamento confuso. Sonaba como si Sloan estuviera intentando decir algo. Con el ceño fruncido, Eragon se arrodilló a su lado. Sloan tenía las mejillas rojas y ensangrentadas de los arañazos que se había infligido con los dedos. La nariz le goteaba y por la comisura de la cuenca del ojo izquierdo, que era el menos mutilado de los dos, le asomaba alguna lágrima. La piedad y el sentido de culpa se apoderaron de Eragon; no le daba ningún placer ver a Sloan en aquel estado. Era un hombre destrozado, desprovisto de todo lo que valoraba en la vida, incluidas sus falsas ilusiones, y Eragon era el causante de su derrota. Al darse cuenta se sintió sucio, como si hubiera hecho algo vergonzoso. «Era necesario —pensó—, pero nadie tendría que verse obligado a hacer lo que he hecho yo.» Sloan emitió otro quejido y luego dijo:



—Sólo un trozo de cuerda. No quería... Ismira... No, no, por favor, no...

Los lamentos del carnicero cesaron, y en el silencio que se produjo Eragon posó la mano sobre el brazo de Sloan, que se quedó rígido ante el contacto.

—Eragon... —susurró—. Eragon... Estoy ciego, y tú me envías a caminar..., a caminar solo. No tengo nada ni a nadie. Me conozco y sé que no puedo soportarlo. Ayúdame: ¡mátame! ¡Libérame de esta agonía!

Impulsivamente, Eragon le colocó el bastón de espino en la mano derecha y le dijo:

—Toma mi bastón. Él te guiará en tu viaje.

—¡Mátame!

Un grito desgarrado surgió de la garganta de Sloan, que empezó a revolverse de un lado al otro, golpeando el suelo con los puños.

—¡Cruel, cruel es lo que eres! —gritó. Pero sus escasas fuerzas se agotaron, y se recogió en un ovillo aún más apretado, entre jadeos y gimoteos.

Agachándose a su lado, Eragon situó la boca junto al oído de Sloan y susurró:

—No soy tan despiadado, así que te doy un motivo de esperanza: si llegas a Ellesméra, encontrarás un hogar esperándote. Los elfos te cuidarán y te permitirán hacer lo que quieras el resto de tu vida, con una excepción: una vez entres en Du Weldenvarden, no podrás salir... Sloan, escúchame. Cuando estuve entre los elfos, aprendí que el nombre real de una persona muchas veces cambia a medida que envejece. ¿Entiendes lo que significa? No estás condenado a ser el mismo toda la eternidad. Un hombre puede forjarse una nueva identidad si lo desea.

Sloan no respondió.

Eragon dejó el bastón junto a Sloan y se fue al otro lado del campamento para tumbarse en el suelo. Con los ojos ya cerrados, murmuró un hechizo que lo despertara antes del amanecer y luego se sumió en el reconfortante abrazo de su reposo en vigilia.

El monte Gris estaba frío, oscuro e inhóspito. De pronto sonó un leve zumbido en el interior de la mente de Eragon.

—Letta —dijo, y el zumbido cesó.

Estiró los músculos con un bostezo, se puso en pie y estiró los brazos sobre la cabeza, sacudiéndolos para que la sangre le volviera a

circular. Sentía la espalda tan magullada que esperaba que pasara mucho tiempo antes de verse obligado a empuñar un arma de nuevo.

Bajó los brazos y buscó a Sloan con la mirada.

El carnicero se había ido.

Eragon sonrió cuando vio un rastro de pisadas, acompañadas de la huella redonda del bastón, que salían del campamento. El rastro era confuso y sinuoso, pero en definitiva la ruta que seguía conducía al norte, hacia el gran bosque de los elfos.

«Quiero que lo consiga —pensó Eragon, algo sorprendido—. Quiero que lo consiga, porque significará que todos tenemos una oportunidad de redimirnos de nuestros pecados. Y si Sloan puede corregir los defectos de su personalidad y reconocer el mal que ha infligido, su penitencia no le parecerá tan dura como cree.» Y es que Eragon no le había dicho a Sloan que, si el carnicero demostraba que se arrepentía realmente de sus delitos, se reformaba y se convertía en una persona mejor, la reina Islanzadí ordenaría a sus hechiceros que le devolvieran la vista. En cualquier caso, era una recompensa que Sloan debía ganarse sin saber que existía, ya que de otro modo intentaría engañar a los elfos para que se la concedieran antes de merecerla.

Eragon se quedó mirando las huellas un buen rato. Luego levantó la mirada hacia el horizonte y dijo:

—Buena suerte.

Cansado, pero también satisfecho, dio la espalda a las pisadas de Sloan y echó a correr por el monte Gris. Sabía que al sudoeste se encontraban las antiguas formaciones de arenisca donde yacía Brom en su tumba de diamante. Le habría gustado desviarse e ir a presentarle sus respetos, pero no se atrevió, puesto que si Galbatorix había descubierto el lugar, habría enviado a sus agentes en busca de Eragon.

—Volveré —dijo—. Te lo prometo, Brom: algún día volveré.

Y aceleró el paso.

